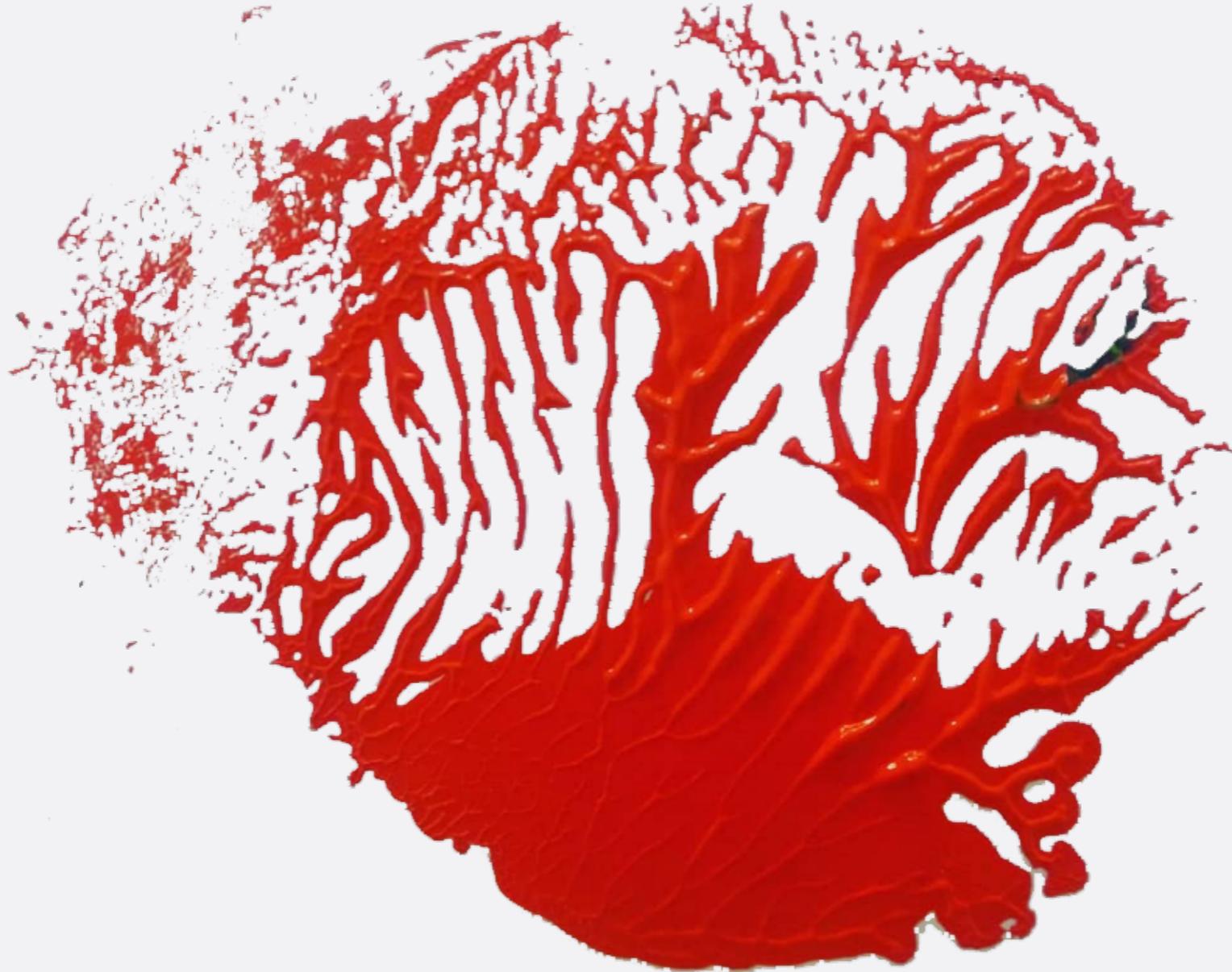


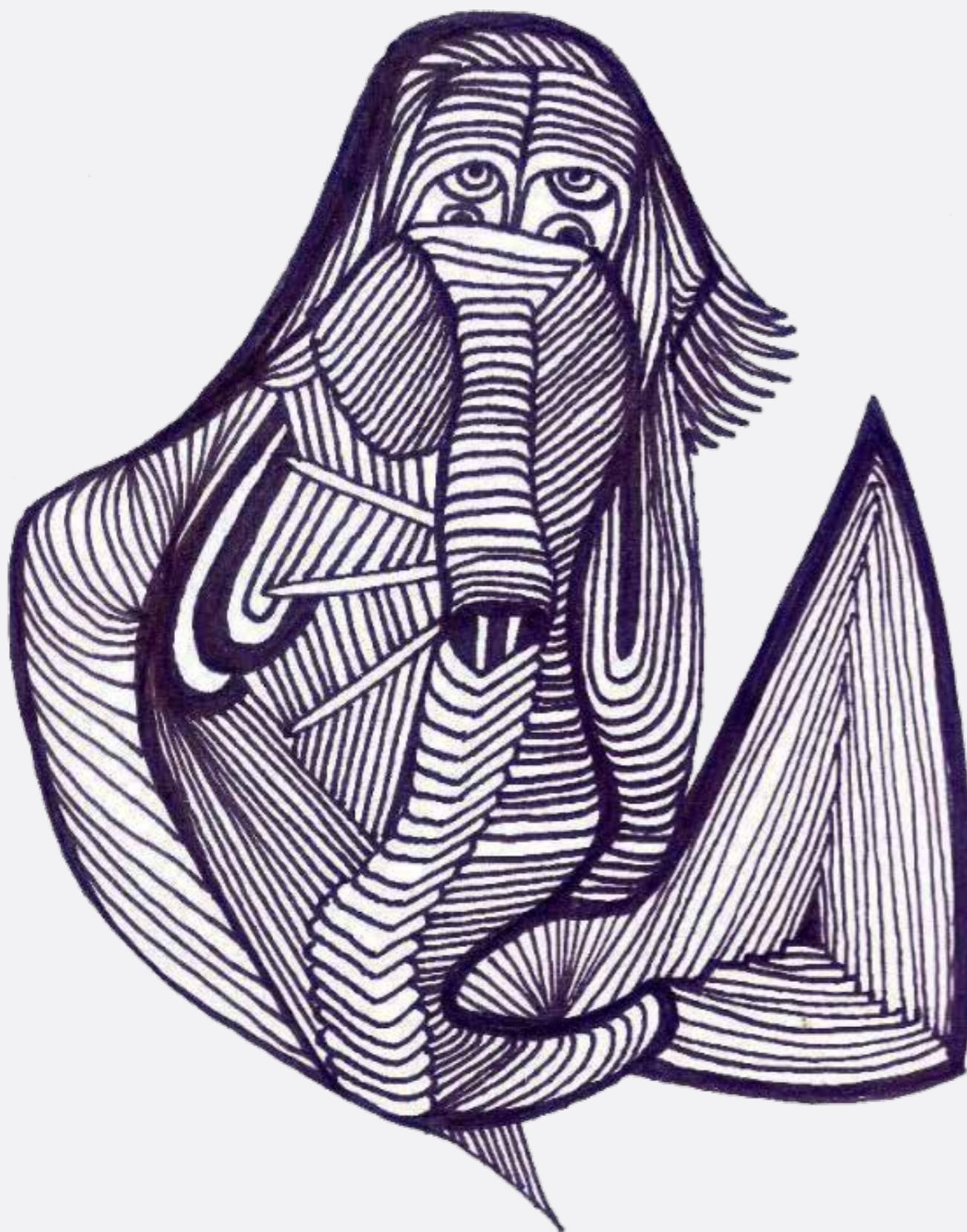


Barbárika

No. 2/3

Revista de literatura traducida





Barbárika

Revista de literatura traducida

N.º 2/3

Bogotá, Colombia

2022

ISSN: 2805-7155 (En línea)

Asociación Colombiana de Traductores, Terminólogos e Intérpretes

ACTTI

www.actti.org

Miembro de FIT y FIT LatAm

Presidente 2022: Pablo Ernesto Reyes.

Consejo directivo 2022: Ivanna Castaño, Sandra Clavijo, Nidia Díaz, Maritza García, Jeanine Legato, Constanza Malavert, Pablo E. Reyes, Alejandra Saavedra, Mateo Cardona Vallejo.

Comité editorial: Alfonso Conde, Nidia Díaz, Zaide Figueredo, Magdalena Holguín, Martha Mesa, Mariana Serrano, Violeta Villalba.

ACTTI Literaria/Barbárika

Miembro de altral, la Alianza Iberoamericana para la Promoción de la Traducción Literaria

Director y editor: Mateo Cardona Vallejo.

Corrección de textos: Alfonso Conde

Diseño y diagramación: César Fernando Garzón Paipilla

Colaboran en este número: Daniela Árias, Natasha Besoky, Mateo Cardona Vallejo, Yessica Chiquillo, Alfonso Conde, Nidia Díaz, Alba Escalón, Roberto Rueda Monreal, Rafael Segovia, Mariana Serrano, Violeta Villalba.

Este número de Barbárika se ilustró con obra gráfica de Alba Escalón.

Barbárika, revista de literatura traducida, es una publicación semestral sin ánimo de lucro destinada a la promoción de las literaturas del mundo, la formación de traductores literarios y editoriales, y a la difusión de su talento. Se prohíbe expresamente su comercialización por cualquier medio.

© Todos los derechos son propiedad de ACTTI Literaria y de los traductores cuyas obras publicamos. Se prohíbe su reproducción por cualquier medio.

Índice

Editorial

¡Persistimos!..... 6

La traducción: un antídoto contra el destierro

La encuesta

Alba Escalón..... 9

Rigurosa libertad: la traducción de poesía y el horizonte de las inteligencias

Rafael Segovia..... 17

Del “Jabberwocky” al “Escándrigo”: Una autocrítica de traducción literaria

Violeta Villalba..... 48

¿Por qué un colombiano se dedicaría a traducir libros?

Mateo Cardona..... 65

Niña

Jamaica Kincaid

Traducción del inglés de Yessica Chiquillo..... 78

Una pequeña hoguera <i>João Paulo Borges Coelho</i> Traducción del portugués de Mariana Serrano Zalamea.....	81
El prestamista y el Ferrari <i>Daniel Castillo Durante</i> Traducción del francés de Nidia María Díaz.....	99
La entrevista <i>Guy Bélizaire</i> Traducción del francés de Nidia María Díaz.....	103
Avenida Cyprus <i>Lucy Caldwell</i> Traducción del inglés de Natasha Besoky.....	108
Salomé era bailarina <i>Margaret Atwood</i> Traducción del inglés de Daniela Arias.....	119
La cena de Navidad <i>Hélène Rioux</i> Traducción del francés de Roberto Rueda Monreal.....	123

El huésped

Albert Camus

Traducción del francés de Alfonso Conde Rivera..... **134**

Editorial

¡Persistimos!

Hace un año nacía *Barbárika*, la primera revista colombiana dedicada a la literatura traducida, empeño de la sección editorial literaria de la Asociación Colombiana de Traductores, Terminólogos e Intérpretes - ACTTI, con claros objetivos alineados con el ideario de *Alitral*, la Alianza Iberoamericana para la Promoción de la Traducción Literaria.

En 2022 regresamos con renovado ardor, un número doble y una tabla de contenido enriquecida con ensayos sobre traducción literaria. Somos conscientes de que mostrar la obra y el pensamiento de nuestros colegas en Colombia y el mundo iberoamericano contribuye a visibilizar un oficio proverbialmente excluido y maltratado, especialmente por otros agentes de la cadena del libro que aún piensan que, meros proveedores de contenido, la nuestra es una tarea mecánica, o que podemos subsistir cada día a partir de prana y un par de gotículas de rocío matinal.

El panorama pospandémico parece haber empeorado nuestra situación: la crisis mundial de los contenedores, con el consiguiente aumento en los precios del papel y la logística; el feroz e irracional auge de la traducción automatizada, que relega a los colegas humanos a la condición de remendones; la voraz concentración del sector del libro y las aspiraciones monopólicas de los grandes grupos editoriales, que además pretenden dictar qué tipos de discurso no agreden la sensibilidad de los lectores-dictadores. Estas plagas de nuevo cuño corren de la mano con las acostumbradas tarifas de miseria y los términos abusivos de los contratos que nos proponen. Y si alzamos nuestra voz, como lo hacemos aquí en defensa de nuestro



gremio, se nos tacha de injustos y poco dispuestos a aportar nuestra cuota de sacrificio a un sector que sufre. Aspirar a una remuneración justa y una vida digna constituye una osadía que se nos cobra con vetos y anatemas. Como sea, siempre salimos a deber.

Desde estas páginas, cargadas con traducciones de elevada calidad debidas a las amorosas plumas de profesionales del oficio procedentes de rincones diversos de Iberoamérica, clamamos también por que el ministerio de Cultura de Colombia contemple por fin la protección de los traductores editoriales y literarios colombianos, ignorados tanto en el diseño de políticas sectoriales como en el Plan Nacional de Estímulos al arte y la cultura. En la Colombia del cambio, llegó la hora del diálogo.

Mateo Cardona Vallejo

Bogotá, agosto de 2022





La traducción: un antídoto contra el destierro

Alba Escalón



Mi vida ha sido un ir y venir entre dos idiomas, mi identidad es un coctel de culturas fragmentarias. Mi madre es francesa y mi padre nació en Venezuela, de madre hondureña y de padre salvadoreño. Yo nací en México, donde viví 6 años antes de irnos a Guatemala, y cuando cumplí 11 años, en plena guerra civil, nos mudamos a Francia. Después viví unos años en El Salvador, luego en España, en Bélgica, de nuevo en México, en Londres, en Eslovaquia y —bien o mal— ya llevo casi 10 años en Guatemala, mi mayor etapa de estabilidad.

Abandonar un país, dejar la casa, los amigos, la familia, y empezar de cero en otro lugar no siempre fue fácil, sobre todo en la infancia cuando una es más frágil. Pero, como los cambios se volvieron una constante en mi vida (según mis cálculos me mudé 22 veces), poco a poco la traducción se fue volviendo una especie de antídoto natural contra el destierro, una manera de vivir en varios mundos a la vez. Así fue como decidí especializarme en traducción literaria y hacer de esto un oficio.

Además del francés, del español, del inglés y del italiano, mi interés por otras culturas me llevó a estudiar idiomas más «exóticos». De adolescente, el cingalés —un idioma de Sri Lanka— me llamaba mucho la atención por sus letras hermosas, muy gráficas, como espirales, así que me inscribí en una escuela de la comunidad cingalesa de París. Como era prin-

cipiante, mis compañeros tenían 5 o 6 años. Aprendí palabras sueltas, números. No fue muy productivo, pero fue divertido. Más tarde intenté aprender lingala (un idioma de la República del Congo) y eslovaco. Tampoco fue muy productivo. Pero también fue divertido.

Empecé a traducir literatura guatemalteca para mi tesis de maestría. Fue un intento de traducir al francés *Los Días de la Selva* de Mario Payeras. Y digo intento porque resultó casi imposible trasladar al francés el ambiente de la selva que describía el autor. Los animales, las plantas, la guerrilla, la clandestinidad..., todo era tan guatemalteco que tuve que agregar un glosario al final de mi traducción.

Sin embargo, cuando leí «Síncopes», un largo poema en prosa de Alan Mills, fue como una revelación. Quise traducirlo inmediatamente para llevar al francés ese texto que describía perfectamente la Guatemala de la que habíamos huido cuando yo tenía 11 años: violenta, intensa, caótica y hermosa a la vez. Que esa primera traducción de poesía fuera publicada por una editorial francesa me llenó de entusiasmo y me animó a seguir por ese camino.

En 2012, ya con más experiencia, fui seleccionada para realizar una residencia de quince días en el Banff International Literary Translation Centre en Canadá. Allí trabajé sobre la traducción de *Otro Zoo*, una selección de cuentos del escritor guatemalteco Rodrigo Rey Rosa. Fue una experiencia hermosa la de compartir con traductores del mundo entero en un lugar increíble rodeado de montañas. Ese mismo año, la editorial francesa Gallimard me contrató para traducir *Los Sordos*, una novela de ese mismo autor, un texto mucho más urbano, sobre



la vida de un guardaespaldas en la ciudad de Guatemala. No fue fácil traducir al francés esa violencia y esa paranoia características del país, pero como yo vivía en la misma ciudad y las calles de la novela eran las mismas por las que yo transitaba en la vida real, como traductora me sentí afortunada.

Luego trabajé sobre la traducción de *La Otra Guerra* de Miquel Dewever-Plana, una investigación fotográfica sobre las maras en Guatemala. Era la primera vez que traducía testimonios, y eran tan crueles, tan crudos, que yo lloraba traduciendo. Involuntariamente, me había adentrado en la vida de estos mareros y de sus víctimas para poder sentir el dolor y traducir sus palabras de la forma más fiel posible. Recuerdo haber tenido muchas pesadillas mientras trabajaba en ese libro. Allí entendí que la realidad de Guatemala supera muchas veces la ficción.

También traduje *Las Flores*, de Denise Phé-Funchal, una novela que nos traslada a una pequeña ciudad latinoamericana de finales del siglo XIX alborotada por un escándalo que mezcla religión y lujuria. El estilo, barroco y repleto de palabras añejas, fue muy interesante en cuanto a traducción. Trabajé el texto durante una residencia en el prestigioso Centre International des Traducteurs Littéraires en Arles, y mi tutor fue Claude Bleton, uno de los traductores más reconocidos de Francia.

No solo traduzco novela. También traduzco artículos científicos, ensayos sobre arte contemporáneo, películas para Netflix, libros para niños..., pero lo que más me gusta traducir es poesía. Es el género con el que me identifico más, tal vez por mi afinidad con las artes visuales. El dibujo y la fotografía, mi otras dos pasiones, me han vuelto sensible a la estética de las imágenes, a la música de las palabras.





La Encuesta

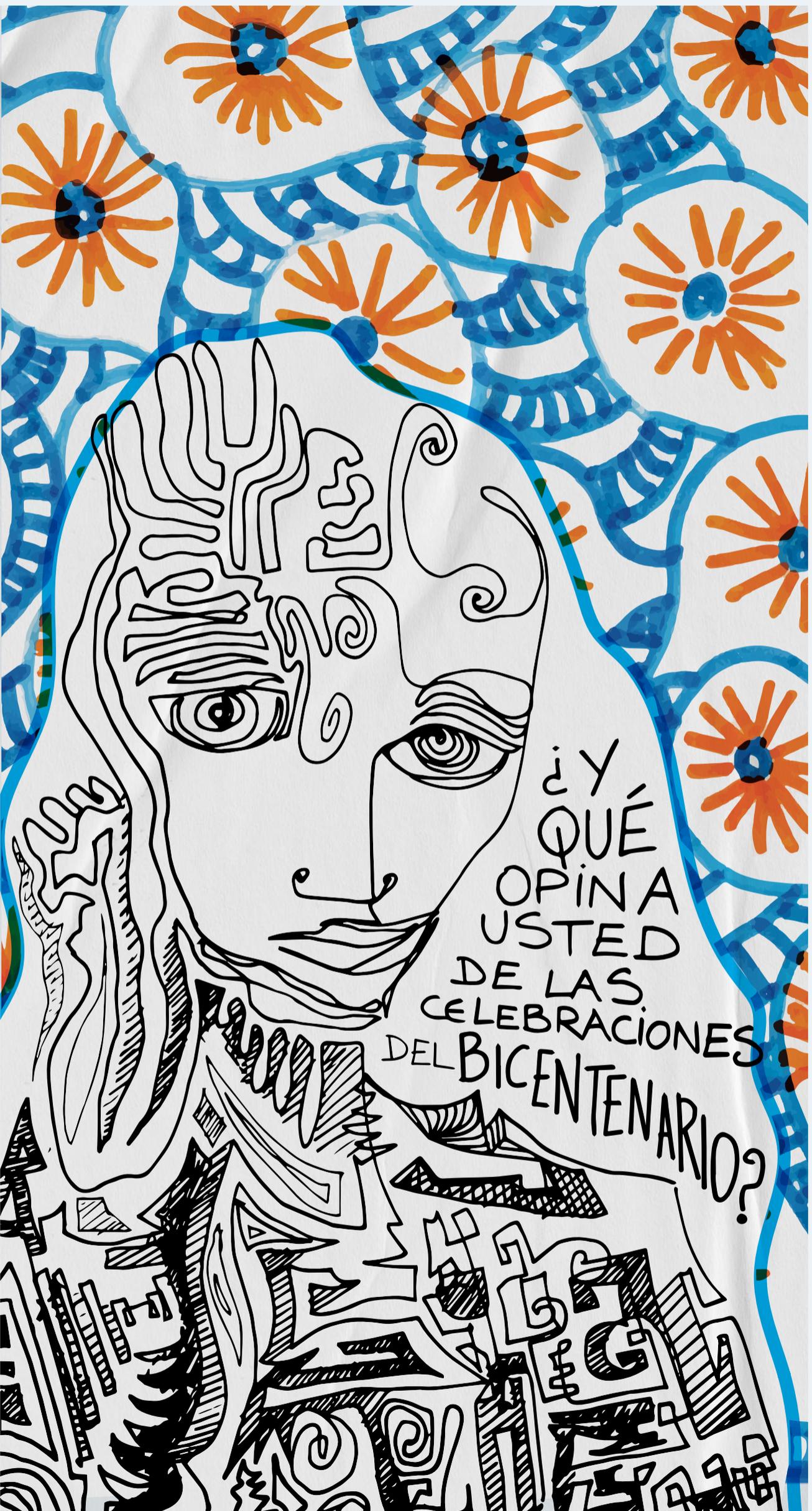
ALBA ESCALÓN



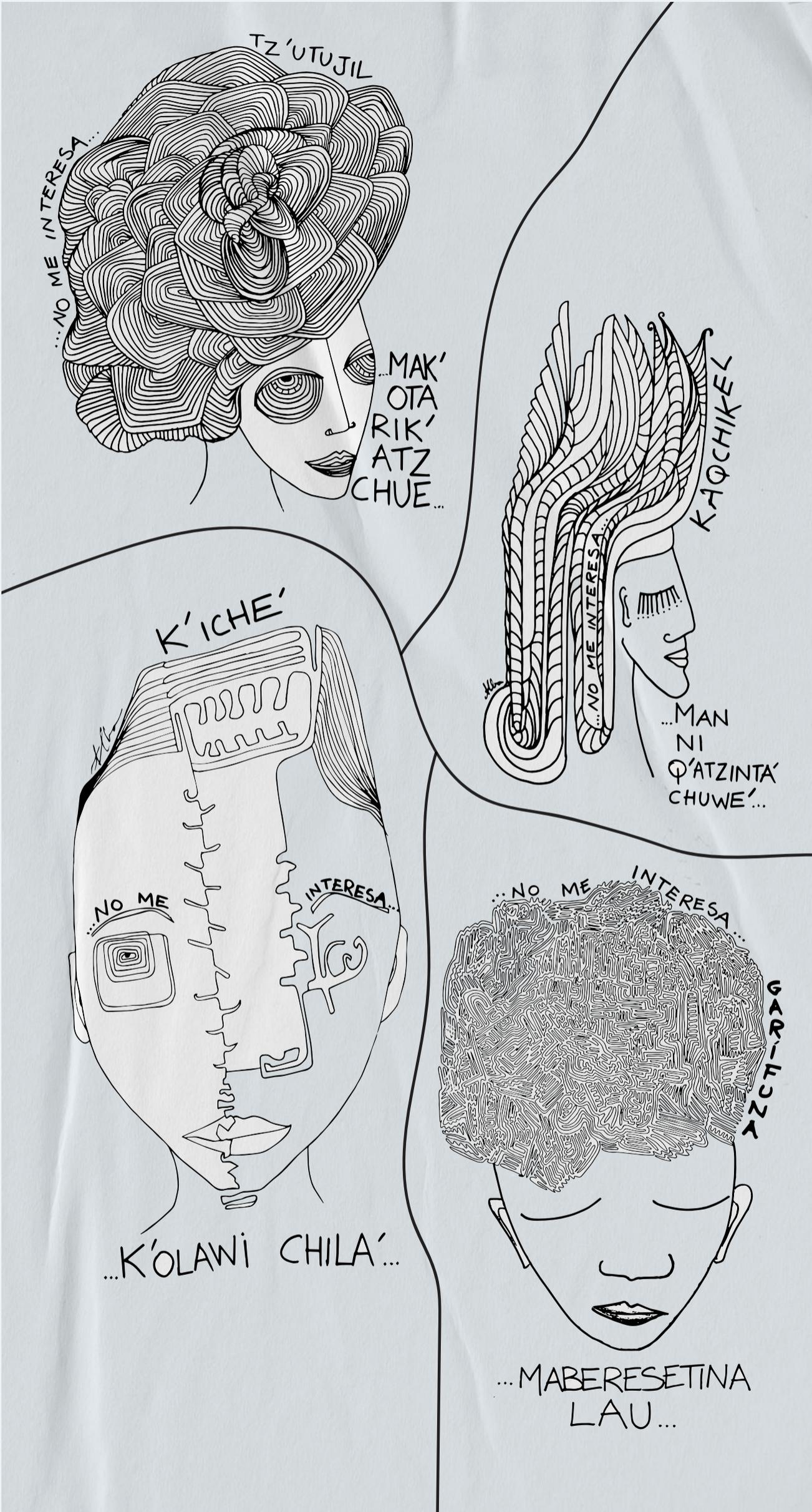
*Bicentenario de la
Independencia*

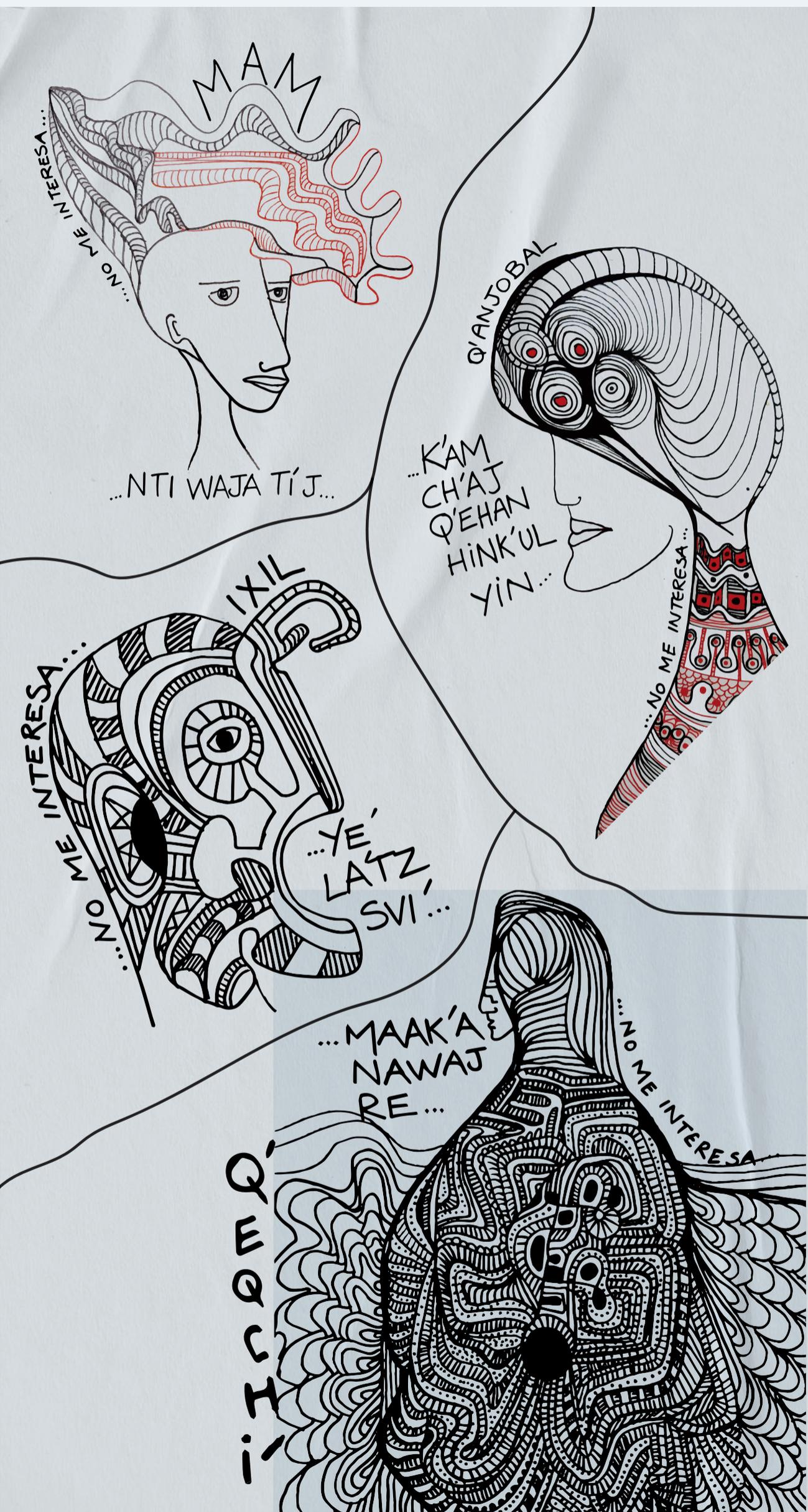
1821-2021

Guatemala



¿Y
QUÉ
OPINA
USTED
DE LAS
CELEBRACIONES
DEL BICENTENARIO?







¿Porqué no nos interesa festejarlo?

- Guatemala es una nación inconclusa.
- La oligarquía sigue dominando desde los tiempos de la Colonia.
- La pobreza y la desigualdad es lo único que hemos heredado.
- No se respeta la pluralidad cultural y lingüística.
- El Estado fue concebido desde una perspectiva racista y clasista, esto no ha cambiado.
- La corrupción impera en los tres poderes del Estado.
- No hay una verdadera democracia representativa.
- Los ciudadanos necesitan un gobierno que vele por todos sus derechos.

NADA QUE CELEBRAR

Ilustraciones y concepto/Alba Escalón/@alba.mandarina
Diagramación/Juan Veliz/@_pilo_y_

Rigurosa libertad: la traducción de poesía y el horizonte de las inteligencias

Rafael Segovia

Códigos y conjunciones

Hoy en día nos encontramos en un mundo regido prácticamente por los códigos. Sin el uso de códigos no existiría la informática, para empezar; pero, en otro plano, los códigos enmarcan, cuadriculan y jerarquizan todo lo que hacemos: hay códigos precisos que norman la calidad, los procesos industriales, la circulación de vehículos, la jurisprudencia transnacional, el uso de las ondas hertzianas, y no se diga la moral, los usos lingüísticos y la vestimenta. Este arsenal de información codificada que cada ser humano debe asimilar y practicar se multiplica y se consolida día a día a través de las relaciones interculturales, intertextuales, interlingüísticas. Es probablemente mucho más en ese plano que en el del comercio y la producción en el que se está llevando a cabo la mundialización (mal llamada globalización).

La traducción, que fue probablemente el primer impulso hacia la mundialización, y que se origina en tiempos tan remotos como el antiguo Egipto o Babilonia, fue el primer semillero de esta diseminación y multiplicación de los códigos, que no solo han contribuido a enriquecer las formas culturales a lo largo de la historia, sino que indudablemente han hecho del ser humano un animal más complejo, perceptivo, pacífico y sociable (por muy lejos que nos encon-



tremos aún de alcanzar la verdadera civilización, y sin olvidar que los códigos también tienen muchos efectos perversos).

Códigos y códices

La conjunción de la tecnología y la codificación permiten actualmente realizar traducciones automáticas que cada vez más parecen acercarse a la perfección. Curiosamente, se usaron para resolver los problemas de correspondencias sintácticas y lexicales los sistemas de descodificación de mensajes cifrados que han desarrollado los ejércitos a partir de las dos contiendas mundiales que marcaron el siglo XX. Y sí, a la fecha es posible alcanzar un grado relativamente alto de corrección en una traducción automática, lo cual podría hacer pensar que en un futuro próximo la intervención humana no será necesaria en ese campo.

¿Estaríamos llegando a una civilización de Babel en la que la comprensión se hará universal y sin intermediarios (al menos humanos)? En cierta medida, podemos al menos imaginar algo así, aunque falte un trecho de camino por recorrer. Algo que se nos antoja como de ciencia ficción es la reciente aparición del intérprete automático. Utilizando las funcionalidades de la teleconferencia y de la lectura de voz, este desarrollo tecnológico propuesto por Google amenazaría con desplazar a todos los intérpretes de conferencias en el mundo. (Pero...)

Pero todo este panorama de revoluciones tecnológicas y globalización de mercados en el que el traductor podría disolverse como en un hoyo negro depende de una concepción meca-



nicista del lenguaje que dista mucho de ser la buena. Y por ende es muy dudoso que una traducción no hecha por humanos llegue a ser plenamente confiable.

La mente reemplazada por el código

Si intentamos adentrarnos en la mente del traductor y entender, aunque sea parcialmente, cómo consigue este realizar una traducción correcta, veremos que la existencia del traductor auténtico no está aún próxima a la extinción. Y como parámetro para explorar los límites de la traducción automatizada, podremos ir al extremo y colocar como fiel de la balanza la traducción de poesía. El primer ejemplo que propongo para iniciar este análisis es el de una traducción realizada por un motor de traducción (elegí Trados, empleando la memoria colectiva SDL Global, que es supuestamente una de las más eficientes).



East Coker

T. S. Eliot

In my beginning is my end. In succession
Houses rise and fall, crumble, are extended,
Are removed, destroyed, restored, or in their place
Is an open field, or a factory, or a by-pass.

En mi comienzo está mi fin. En la sucesión
Casas suben y bajan, se desmoronan, se ha ampliado,
Se han eliminado, destruido, restaurar o en su lugar
Es un campo abierto, o de una fábrica, o un by-pass.

Old stone to new building, old timber to new fires,
Old fires to ashes, and ashes to the earth
Which is already flesh, fur, and faeces,
Bone of man and beast, cornstalk and leaf.
Houses live and die: there is a time for building
And a time for living and for generation
And a time for the wind to break the loosened pane
And to shake the wainscot where the field mouse trots
And to shake the tattered arras woven with a silent motto.

In my beginning is my end. Now the light falls
Across the open field, leaving the deep lane
Shuttered with branches, dark in the afternoon,
Where you lean against a bank while a van passes,
And the deep lane insists on the direction
Into the village, in the electric heat
Hypnotized. In a warm haze the sultry light

Antigua de piedra de nueva construcción, madera — a nuevos incendios,
Viejo los incendios a las cenizas, y las cenizas de la tierra
Que ya es carne, la piel, y en las heces,
Hueso de hombre y bestia, tallo — y hoja.
Casas vivir y morir: hay un tiempo para la construcción
Y un tiempo para vivir y para la generación
Y una vez que el viento rompa el panel aflojado
Y para agitar el arrimadero donde ha sacado el ratón de campo
Y a agitar la maltrecha arras tejidos con un silencio lema.

En mi comienzo está mi fin. Ahora la luz cae
En el campo abrir, dejando la profunda lane
Con cierre con ramas, oscuras por la tarde,
Cuando usted se inclina contra un banco mientras que una furgoneta pasa,
Y el profundo lane insiste en la dirección
En el municipio, en la calefacción eléctrica
Hipnotizados. En una cálida neblina la sofocante luz



Is absorbed, not reflected, by grey stone.

The dahlias sleep in the empty silence.

Wait for the early owl.

Es absorbido, no se refleja, de piedra gris.

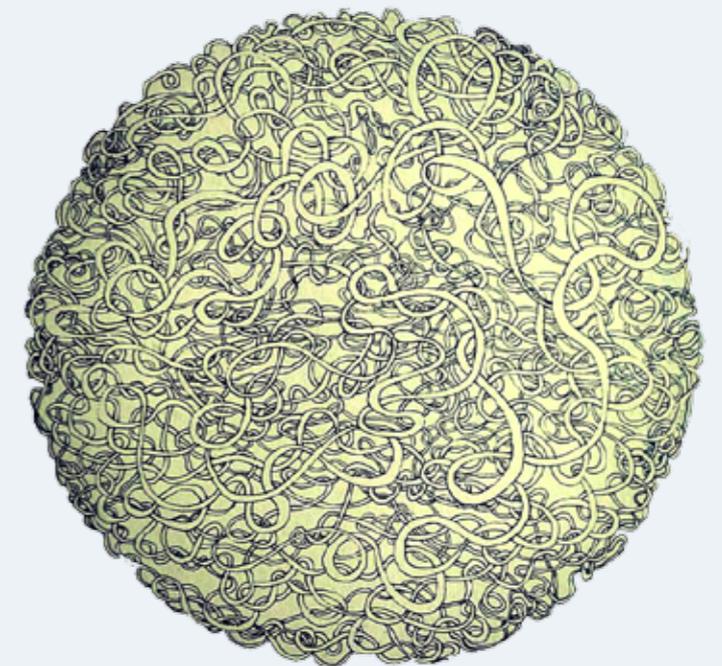
Las dalias dormir en el silencio vacío.

Esperar a que la primera lechuza.

(El único segmento más o menos largo que conserva su coherencia es el señalado en azul).

La cantidad de errores que resulta en la traducción de un texto relativamente simple demuestra sin demasiada dificultad que el motor de traducción no entiende muchos de los niveles significativos del original, muchos regidos por la sintaxis, pero también muchos otros determinados por la contextualización semántica. Resulta mucho más complicado y laborioso corregir esta traducción automática que hacerla uno mismo dejando al cerebro organizar el material sin demasiada reflexión. De esa manera, el cuidado del traductor puede concentrarse en la forma, la prosodia y otros elementos más, que obviamente ni siquiera tienen asignado un solo bit de información en el programa de traducción.

Para mostrar esta enorme distancia entre la dimensión mecánica y la humana, veamos ahora la traducción que hizo el poeta José Emilio Pacheco de este mismo poema.





En mi principio está mi fin. Una tras otra
Las casas se levantan y se derrumban, se desmoronan, se extienden,
Son arrancadas, destruidas, restauradas, o en su lugar
Queda un baldío, una fábrica o un paso a desnivel.
Viejas piedras para nuevos edificios,
Vieja leña para nuevas hogueras,
Viejas hogueras para las cenizas y cenizas para la tierra
Que ya es carne, pieles y heces,
Huesos humanos y animales, tallos y hojas de cereal. Las casas viven y mueren.
Hay un tiempo para la construcción,
Un tiempo para habitar y engendrar
Y un tiempo para que el viento rompa el cristal desprendido
Sacuda las maderas en que trota el ratón del campo
Y el tapiz en jirones donde se halla bordado
Un lema silencioso.

En mi principio está mi fin. Ahora cae la luz
A lo largo del campo abierto



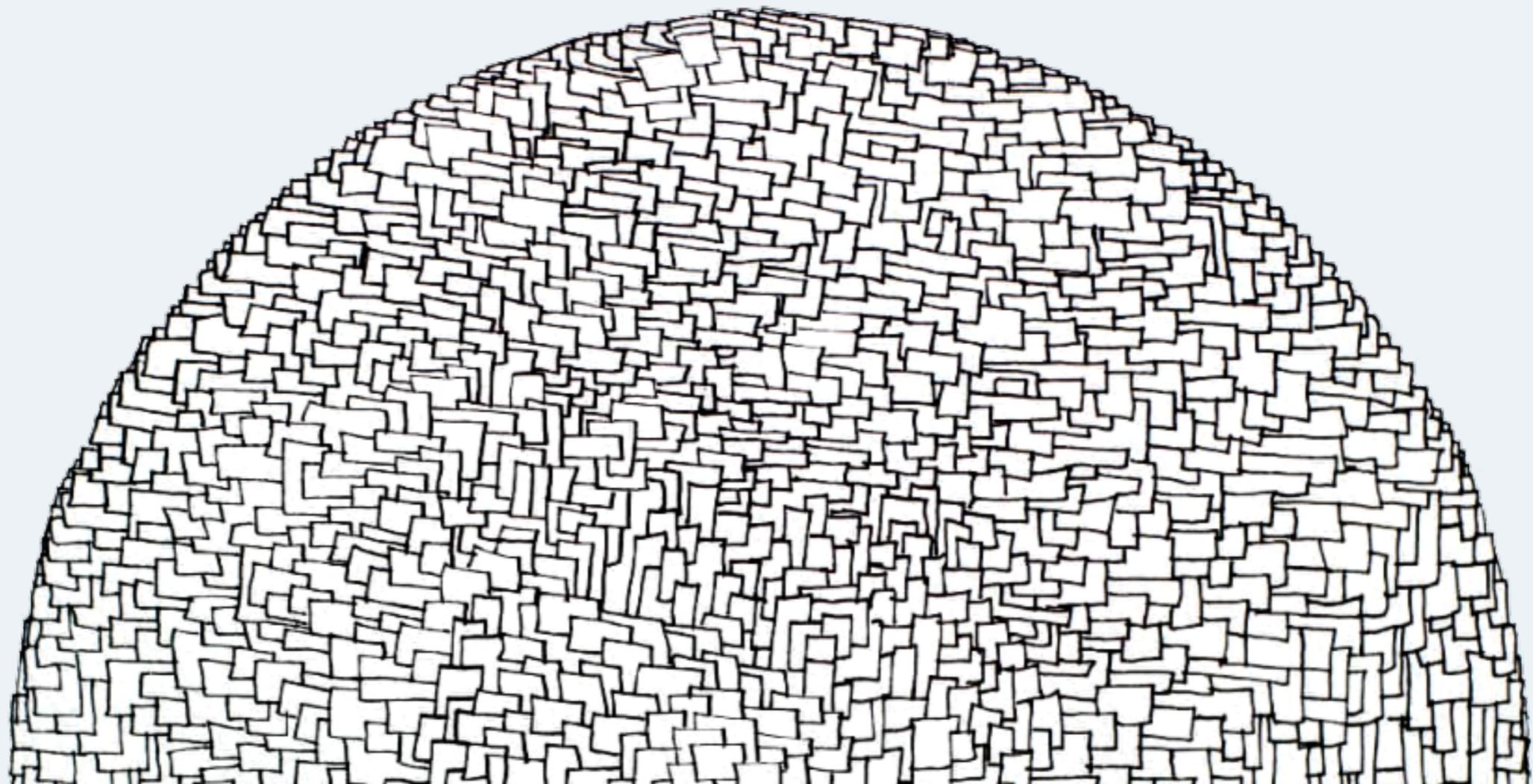
Y oculta con sus ramas la honda vereda,
Vereda oscura en el anochecer
Donde uno se protege contra el talud cuando pasa un vehículo,
Y la honda vereda insiste en continuar
Hasta la aldea hipnotizada en el calor eléctrico.
En la neblina cálida la luz sofocante
Es absorbida, no refractada, por la piedra gris.
Duermen las dalias en el silencio vacío.
Esperan al búho que llega temprano.

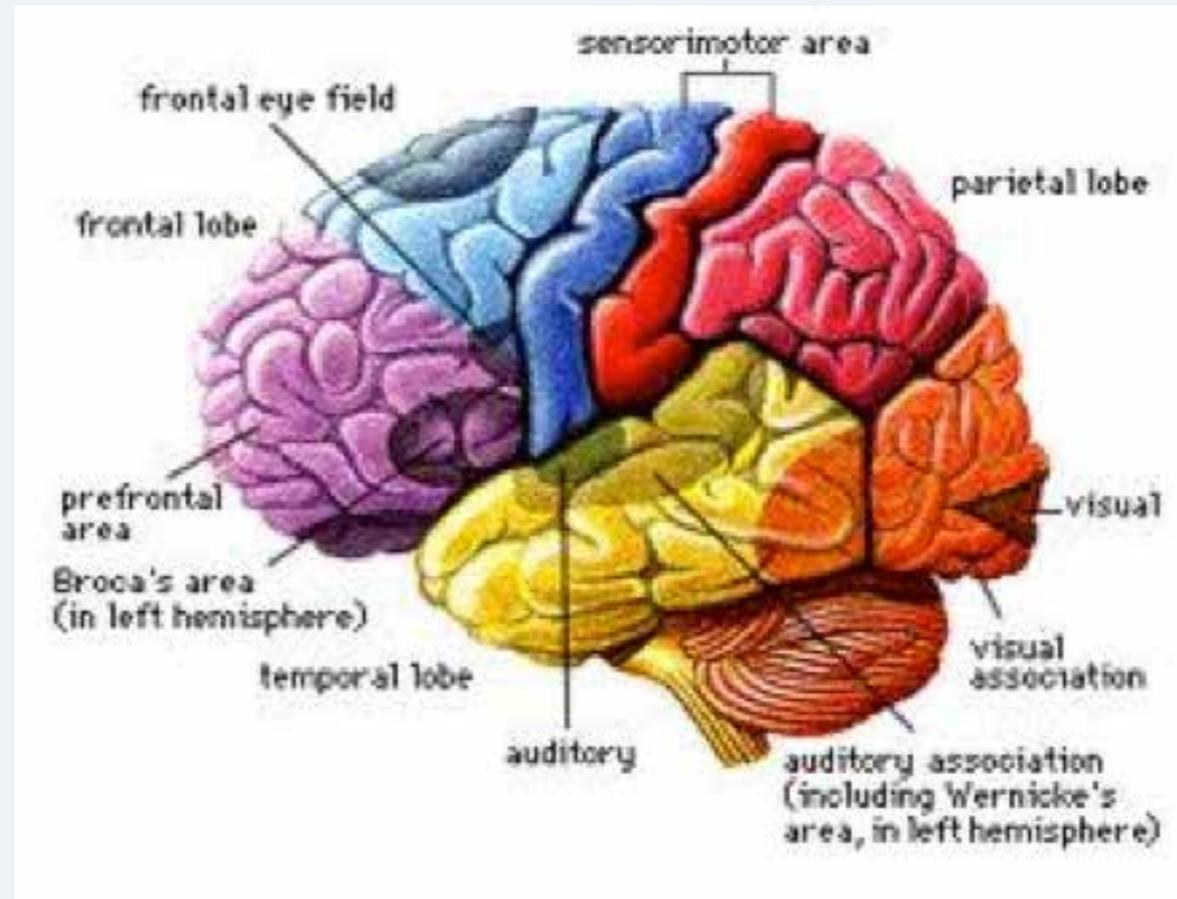
Queda claro aquí cómo el escritor, penetrando en el sentido sugerido y entendiendo claramente las metáforas y conexiones conceptuales, consigue “traer” al español no sólo el significado del poema, sino su intención, su “ambiente”, su “espíritu”. Y sobra mencionar además el ritmo prosódico que hace de la traducción un fino poema en lengua española. ¿Cómo sucede todo esto?

La inteligencia lingüística del ser humano es la clave, y esta dista mucho de poderse equiparar a una función de coincidencia entre pensamientos y palabras (un esquema concebido por Saussure como el de significante-significado). Dicha inteligencia apela a una gran variedad de niveles de la conciencia y la intuición, que aún hoy en día son difíciles de describir.

Códigos biológicos: Cerebro y lenguaje

La función generadora del lenguaje en el cerebro humano ha sido objeto de mucha investigación y especulación. Los fisiólogos y neurólogos han logrado en cierta medida definir las áreas del lenguaje gracias al electroencefalograma y otros medios como la resonancia magnética funcional. Esto permite saber, hasta el momento, que existe una actividad distribuida en diversas áreas del cerebro, que se ubican en los dos hemisferios. La cooperación entre estas áreas parece ser fundamental para generar el fenómeno lingüístico (comprensión y formulación son sus dos fases principales). El consenso actual permite puntualizar que las áreas y sus funciones son las siguientes:





- *Circunvolución temporal superior* (STG): procesamiento morfosintáctico (sección anterior), la integración de la información sintáctica y semántica (sección posterior).
- *Circunvolución frontal inferior* (IFG, área de Brodmann (BA) 45/47): el procesamiento sintáctico, memoria de trabajo.
- *Circunvolución frontal inferior* (IFG, BA 44): el procesamiento sintáctico, memoria de trabajo.
- *Circunvolución temporal media* (MTG): procesamiento léxico semántico.



Broca's area:

Fig 1

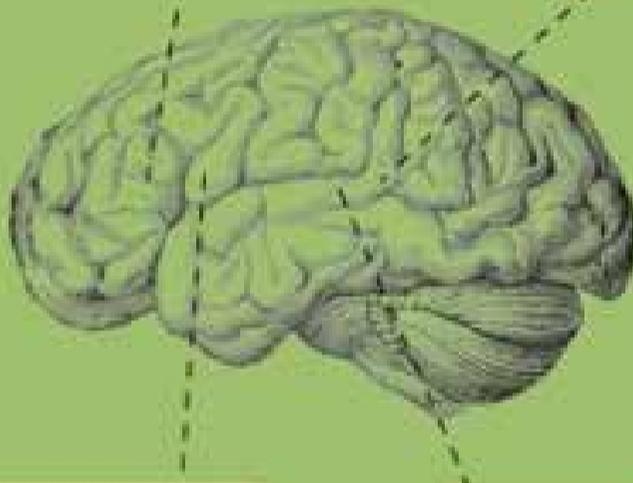
Associated with motor planning and speech production, Broca's area is believed to be responsible for lexical and phonological processing. Patients who suffer damage to this part of the brain – a disorder known as Broca's aphasia – have difficulty speaking but can still understand language.



Wernicke's area:

Fig 2

Considered the area of the brain critical for language comprehension, Wernicke's area is responsible for processing speech sounds. Patients with lesions to this part of the brain suffer speech comprehension problems and, although capable of producing sounds and word sequences at a normal rhythm, are unable to produce meaningful speech.



Motor Cortex:

Fig 3

The vocalization region of the motor cortex controls the mouth and lips, involved in the physical production of speech.



Auditory Cortex:

Fig 4

Receives signals from the auditory nerves in the inner ear, and transmits temporal and spatial frames of reference for the data it receives.

a·pha·sia
[uh-fey-zuh]
–noun

the loss of a previously held ability to speak or understand spoken or written language, due to disease or injury of the brain.

Example of a Broca's aphasic speech:

Cinderella...poor...um 'dopted her...scrubbed floor, um, tidy...poor, um...'dopted...Si-sisters and mother...ball. Ball, prince um, shoe...

Example of a Wernicke's aphasic speech:

Uh, well this is the ... the /dodu/ of this. This and this and this and this. These things going in there like that. This is /sen/ things here. This one here, these two things here. And the other one here, back in this one, this one /gesh/ look at this one.

En principio, esta información parece ser extremadamente precisa. Sin embargo, por ahora nadie sabe realmente cómo se genera y se comprende un mensaje lingüístico, ni tampoco su relación con el pensamiento (producción de conceptos). Lo único que parece quedar claro en la exploración del cerebro por diversos medios electrónicos es que no hay un centro exclusivo en el que se genere el lenguaje, y que cada actividad distinta implica un intercambio de flujos sinápticos entre diversas zonas del cerebro, algunas de las cuales no están necesariamente vinculadas directamente a la producción lingüística. Como muestra de ello podemos pensar en el hallazgo neurológico de que el acto de gatear es fundamental para la formación de varias habilidades motrices, pero también de habilidades lingüísticas y conceptuales.

Así pues, sigue siendo imposible por ahora intentar describir enteramente y mucho menos reproducir por medios cibernéticos el funcionamiento del cerebro relacionado con la función lingüística, es decir que todas las máquinas de generación de lenguaje o traducción operan a través de la comparatividad gramatical y sintáctica: una especie de diccionario ampliado a un número de estructuras sintácticas susceptibles de ser codificadas.

Sin embargo, aunque este procedimiento permite trasponer una proporción de ciertas lenguas a otras lenguas (sobre todo lenguas con afinidades familiares entre sí, por ejemplo, entre lenguas latinas, entre lenguas germánicas, entre lenguas indoeuropeas o entre lenguas de la familia sinítica), no consigue replicar la inteligencia lingüística del ser humano, que corresponde a estructuras muchísimo más complejas.



El código ausente: la Gramática universal

Para mí, una de las descripciones más acertadas de cómo funciona esta inteligencia se encuentra en la Gramática Universal de Chomsky,¹ y me voy a permitir dar un breve ejemplo que nos permitirá entender dónde se encuentra el quiebre entre el sistema de generación de lenguaje informático y el sistema natural.

La gramática universal no está basada en una supuesta estructura funcional de la sintaxis, en la que existirían categorías a priori de relaciones y jerarquías entre las palabras, sino que define a la sintaxis a partir de la capacidad de discriminar entre opciones significativas o desambiguar la significación, siendo esta capacidad la que genera entonces jerarquías sintácticas.

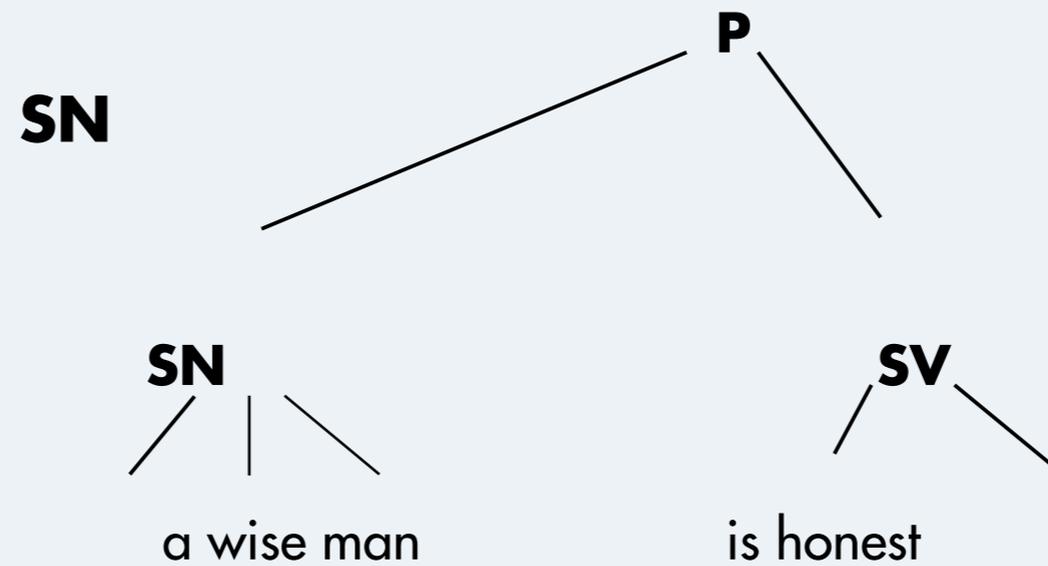
Veamos tan solo un ejemplo parcial, sin pretender adentrarnos en el sistema chomskiano, para entender en qué orden del pensamiento se sitúa esta gramática.

[Citaré el ejemplo en inglés, para apegarme enteramente al procedimiento de Chomsky.]

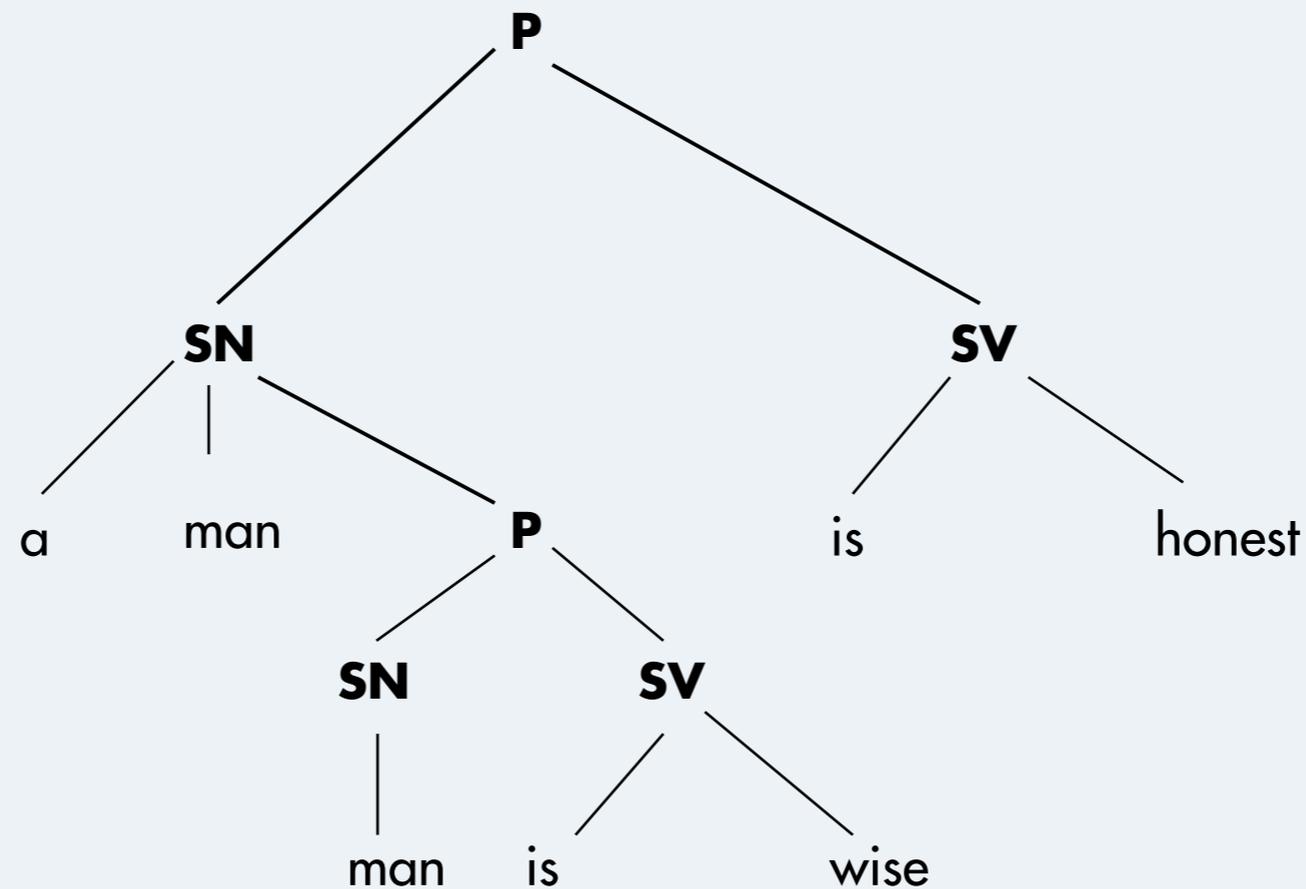
La frase: "A wise man is honest" está construida en un primer nivel (el nivel superficial) por un solo predicado compuesto de sintagma nominal (A wise man) y sintagma verbal (is honest).

¹ Chomsky en efecto describe el mecanismo cerebral de producción de sentido como quien describiera el interior de una casa a partir de lo que se percibe como proyección de la luz pasando por las persianas hacia el exterior. No usa ninguna referencia fisiológica, pero sí consigue describir mecanismos que son de un orden fisiológico profundo.





Pero en realidad existe una estructura profunda que “despliega” esta estructura superficial y la hace comprensible en un nivel semántico:



A nivel semántico, es necesario afirmar que el hombre – primero – es hombre – segundo – es sabio y que entonces ese hombre es honesto. Estas asunciones “previas” o profundas suceden en nuestra mente de manera instantánea en el momento de generar sentido y constituyen un substrato lingüístico-conceptual (en el que actúan tanto la estructura superficial como la profunda, es decir la fonética o escritura y la lógica) que contiene una gran parte del sentido, en forma de sobreentendidos o, si se quiere, elementos contextuales de comprensión común.

Si traducimos esta idea, podríamos decir que en la comunicación humana hay siempre un elemento dinámico que está estableciendo un puente significativo entre el emisor y el receptor y que contiene los elementos básicos del significado, pero que no aparece propiamente en el mensaje o significante. Estos elementos se pueden llamar lógicos, culturales, contextuales, situacionales; el caso es que ninguna máquina los podría “leer”, porque estos se basan en un supuesto fundamental de la comunicación que es “tú tienes el mismo cerebro que yo”. Entre otras cosas, ese puente se manifiesta en el contacto visual entre dos seres humanos, pero también existe en las formas más elaboradas de la comunicación, como la escrita o la visual y audiovisual, o hasta en la música.

Códigos subterráneos: la traducción holista

Otro modelo que podríamos agregar a esta línea de reflexión es el que emanó de la tesis doctoral de filosofía de la traducción escrita por una traductora ítalo-mexicana, Ana Lucia Coppa, tesis en la que me precio de haber colaborado como asesor en sus últimas etapas.



También aquí haré nada más una referencia muy parcial a las conclusiones de la tesis. Ana Lucia Coppa plantea un principio holístico de la traducción: basándose principalmente en la experiencia de la interpretación simultánea, diseña un esquema de elaboración del mensaje que consiste en diversas esferas lingüística funcionando al mismo tiempo (obviamente la lengua de llegada y la de salida, pero también la escucha-comprensión por un lado y la elaboración-enunciación por el otro). De esta manera se crea una tercera lengua (lengua 3 en el esquema), que es una lengua intermedia, en la que se mezclan categorías y estructuras de las dos lenguas, lo que solo puede suceder en la mente de un traductor.

Cito un fragmento de este texto:

...tratar de explicar el cómo llegamos a interpretar y comprender estos elementos es una operación que comporta instancias extra-lingüísticas y extra-semióticas. Por otro lado, las estructuras mismas de las lenguas a pesar de compartir modelos sintácticos, semánticos e inferenciales, son comprensibles por medio de las oposiciones y las diferencias específicas que rigen sus usos. La paradoja es que estas diferencias no alteran el producto traducido.

Este proceso de re-estructuración de instancias antagónicas sólo se puede explicar como un "todo", como un campo de acción multifactorial. Sin la participación de este conjunto de factores, no tendría cabida la traducción. **Estos factores tienen la característica de ser contingentes, en tanto que dependen no sólo de la lengua (o bien del lenguaje), sino del uso y del manejo de esta lengua (la forma) y de un agente (traductor/mediador) que decide según el caso cuál elemento conviene o es adecuado en su uso a la lengua de llegada.**



Y más adelante:

En lugar de identidad debemos hablar de comparabilidad, y en esta comparabilidad se resuelve el proceso “holista” de la traducción.

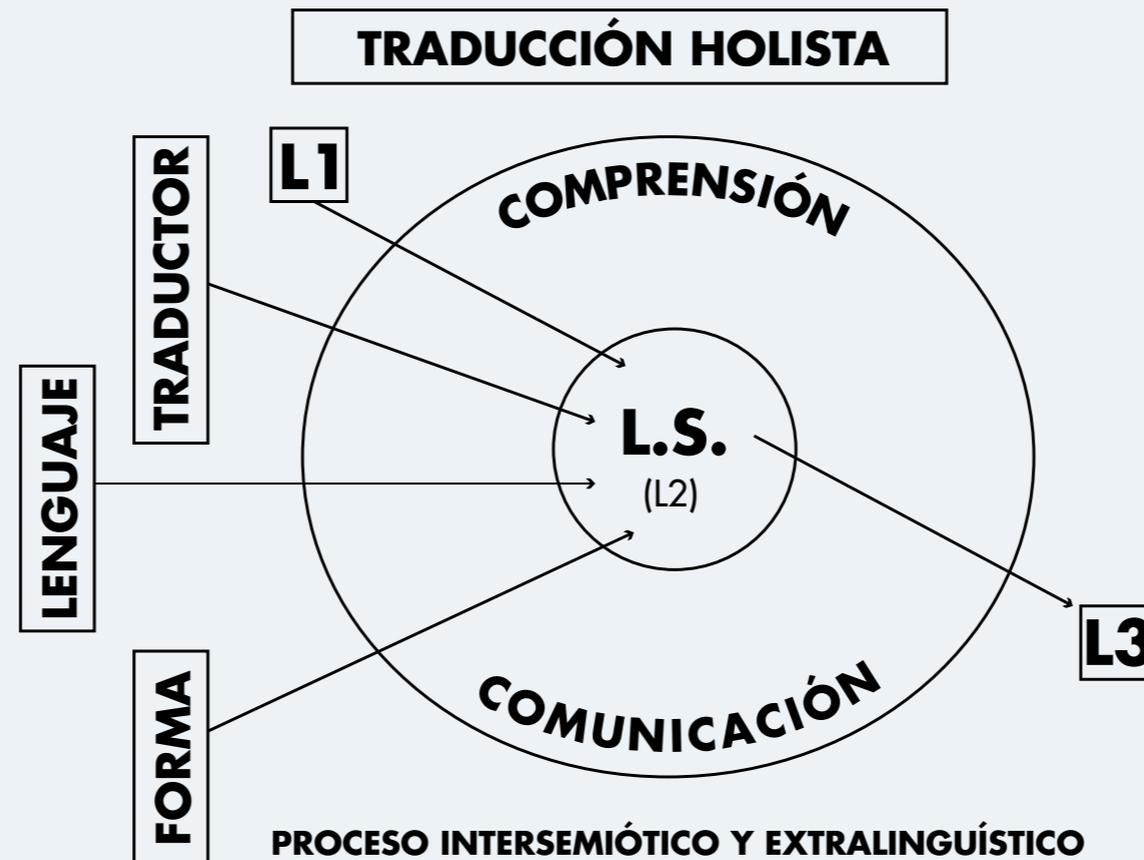
Por otro lado, este holismo en la traducción manifiesta la versatilidad del lenguaje y su incompatibilidad con las estructuras formales de las teorías científicas.

Algo fundamental en este proceso es el llevar a cabo el procedimiento del “como si”, ello implica que tenemos que regresar hipotéticamente al momento en que fueron emitidas (o escritas) las palabras originales, y esto es lo desconcertante en el proceso de traducción, ¿cómo poder regresar al punto en donde se encontraba el creador del texto en L1 y tratar de lograr transmitir el mismo efecto? Por supuesto lo único que podemos traducir es el conjunto de situaciones que nos permiten inferir el sentido a partir de la estructuración u organización de las partes (las palabras y los significados) y de la “abducción” o autopoiesis del “todo” (el sentido y el núcleo de la creación original).

Por otro lado, todos estos factores que intervienen en una traducción deben dejar claro cómo estas instancias participan en una relación de “semejanza”, como la describen los cognitivistas conexionistas [...]. No hay pues justificaciones empíricas que den cuenta de una única tendencia. No existe tal cosa como un fenómeno unificado que justifique $x = y$, en una forma estándar en el acto de traducción.



Si bien no tenemos más recursos que la lengua para expresar “lo ya dicho”, debemos actualizar el “como si”, volverlo asequible, inteligible para el lector. Sin embargo, los elementos que concurren a esta re-construcción no se presentan tan claramente como sucede con el producto finito, ya que el lenguaje re-producido manifiesta una linealidad que no da cuenta de la emotividad implícita en el “como si”. Tanto la estructura procesada como lo extra-lingüístico están en este “todo” que es en definitiva la “apuesta interpretativa” de la “traducción holista”.



Mi conclusión es que habrá siempre un nivel de comprensión que nunca podrá ser accesible para las máquinas, ya que es profundamente biológico. Y eso se percibe en los “errores”

que cometen las máquinas, y en la falta de “estilo”, en el sentido de que una máquina no podrá nunca hacernos un “guiño” o henchir su lenguaje con sus sentimientos o su conciencia mortal, como lo hacen desde un niño escribiendo una carta a su madre hasta un poeta en una oda a la existencia.

Traducción literaria

Y aquí llegamos al tema de la traducción literaria. Un traductor literario se enfrenta no a un mensaje sino a un complejísimo universo significativo, propio además de cada autor y que recurre a todos los niveles del lenguaje para transmitir ya no un mensaje sino toda una experiencia estética que contiene entre otros un nivel conceptual lingüístico, a diferencia de otras artes.

La traducción literaria, en el mundo complejo de la profesión, es considerada con opiniones contradictorias: algunos la colocan en el pedestal más alto de la escala profesional, mientras que para los demás no representa ni un reto ni una habilidad particulares.

En la traducción literaria, a pesar de lo que muchos piensan, el traductor encuentra sus más grandes retos. No solo encontrará una enorme riqueza terminológica, que puede abarcar cualquier campo —y que le exigirá convertirse momentáneamente en un “traductor especialista” en medicina, botánica, geología, economía o cibernética, demostrando la cortedad de quienes hoy en día dan prioridad a las especialidades antes que a la capacidad del traductor—, sino que además tendrá que hacer un constante análisis estilístico (o “caracteriza-



ción”) del texto que va traduciendo, para entender si, y en qué medida, debe respetar ciertas homofonías, formas prosódicas, connotaciones o campos semánticos que el autor usa como parte de su composición literaria. De esto vemos un claro ejemplo en la traducción de José Emilio Pacheco al poema de T. S. Eliot que presenté más atrás.

Para dar una primera perspectiva sobre esta cuestión, describiré brevemente una situación que se presenta con demasiada frecuencia:

Mientras que el traductor de textos no literarios pasará mucho tiempo recolectando terminología y verificando la exactitud de su traducción, al final podrá llegar a una certidumbre respecto a la adecuación de su texto a lo que decía el original. En cambio, el traductor literario, que tal vez solo tenga que buscar algún término extraño (eso sí, de las disciplinas más abstrusas), muy probablemente nunca quedará enteramente satisfecho con su trabajo y dudará que sus esfuerzos hayan logrado reconstituir la riqueza estilística y el contenido afectivo y expresivo del autor.

¿A qué se debe esta incertidumbre? Fundamentalmente, al destino que se le da al lenguaje en las dos vertientes de su uso: la literaria o la no literaria. El lenguaje de un conferencista o ensayista, por ejemplo, intenta expresar ideas claras y transmitir una realidad entendida por el autor como un hecho unívoco, de ser posible evitar de antemano la crítica o la controversia, afirmar con convicción para conseguir convencer, informar o normar.

Un autor literario entabla con el lenguaje una experiencia enteramente diferente: intenta “expresarse”, es decir, manifestar a través del pensamiento traducido en palabras la intimidad de su ser. Puede o no ser autobiográfico, poco importa: lo que busca es una experiencia, y no una afirmación. Su público acude a leer esa experiencia, no para informarse o admitir



una nueva forma de pensar, sino para “ver cómo se siente”. Y al sumergirse en la historia, la imagen o la música creadas por el autor literario, revive la experiencia del escritor, claro que desde su propia esfera personal. Hay entre escritor y lector una especie de convención previa de desnudez: lo que se escribe literariamente mostrará —en un nivel más o menos discreto o directo— la intimidad de quien lo escribe. Y en un diálogo silencioso con el lector, este podrá responder con sus propios recursos de intimidad: sensibilidad, entusiasmo, goce estético, placer intelectual.

En la poesía, esto es más manifiesto aun, ya que la “libertad poética” no es más que la herramienta para una búsqueda más profunda, más extrema, de esa experiencia.

En la poesía, la tarea del traductor se dificulta aun más, sin contar la mayor concentración de carga afectiva, por las características mismas del poema: no solo entran en juego los significados de las palabras, su articulación con carga expresiva, la búsqueda de imágenes para sugerir más que enunciar, y todos los recursos que ya utiliza el cuento o la novela, sino que además hay un ritmo, una prosodia que nos recuerda constantemente que la música del lenguaje está interviniendo en la significación, con sus características de estilo presentes o pasadas, rimado o no, medido o no, desafiante o no para la sintaxis, en fin... Y por añadidura, sobre todo en la poesía moderna y contemporánea, pero sin duda ya desde la más remota antigüedad, la poesía permite “torcer las palabras”, como decía Octavio Paz, y generar encuentros insólitos entre ellas, crear imágenes o tropos desde sugeridos o transparentes hasta crípticos o incomprensibles.

Y aquí quisiera tocar un punto que tal vez nos permita vislumbrar mejor lo que es, o intenta ser, la poesía: cuando hablamos del significado de las palabras en la literatura en general,



pero de manera muy marcada en la poesía, hay que tener en cuenta que siempre se trata de un sentido primigenio de los vocablos. ¿Qué quiere decir esto? En la escritura poética, las palabras se descontextualizan enteramente, y regresan a su sentido "natural" (es, de algún modo, otra de las convenciones del acto literario), pero entonces, al desligarse de los usos especializados, de las codificaciones gremiales, científicas, académicas, oficiales, y de cualquier tipo, el lenguaje se encuentra como quien dice desnudo, vuelto a su primer sentido "sin más" (por mucho que este "sin más" nos parece ser mucho más rico y cálido que todos los usos instrumentales de las palabras).

El escritor, en última instancia, tenga o no consciencia de ello, está buscando recuperar el lenguaje en sus fuentes, reinventarlo, no como lengua privada, sino todo lo contrario, como la lengua más común, como el lazo de unión que nos hace humanos y que funda, por lo tanto, la comunicación. Es por ello que debe darles "vida propia" a las palabras, hacerlas brillar en su singularidad..., redescubrir lo que quiere decir "regazo" o "marisma", u "horizonte", o "silencio", de tal manera que el lector, su cómplice en la aventura literaria, vuelva a descubrir esa palabra, su sentido profundo, o "verdadero" sentido.

Visto así, el reto de una traducción que "entienda" y respete esta actitud esencial del poeta se vuelve un compromiso más allá del profesional. Y es por esa razón, tal vez, que en poesía hay con mucha frecuencia tan buenos traductores. Es porque, aunque tal vez no son traductores en su vida cotidiana, han querido entablar con un autor, o con un texto, una relación de iguales, verterlos a su propia lengua como quien invita a alguien a conocer su tierra natal.



Poetas traducidos por poetas, ¿el mejor de los mundos?

De hecho, hay que reconocer que no siempre han sido los poetas los mejores traductores para otros poetas. No pongo en duda su compromiso vital con la poesía, pero en cambio, como en todas las facetas de la vida, un poeta, como cualquier otra persona, desarrolla manías, caminos trillados, mitos personales, y una serie de actitudes inconscientes que en un momento dado le impedirán estar lo suficientemente abierto a la escucha del otro, y que lo inducirán a errores, o hasta traiciones. Sin olvidar que la “voluntad creativa” del poeta lo llevará ineluctablemente a querer hacer de una traducción una creación propia, lo que por lo tanto redundará en una cierta *apropiación* del poema original, y una consecuente falta de fidelidad incondicional.

Para concluir, e ilustrar este pensamiento, citaré un ejemplo de traducción poética que se ha vuelto relativamente famoso, tanto por la importancia del mismo texto traducido, como por la de sus traductores.

Se trata de la traducción de “El Desdichado”, de Gérard de Nerval. Este poema ha sido traducido gran número de veces, debido a su fuerza poética y a su misterio, que resultan de los símbolos privados y el lenguaje ocultista del autor, pero también de su franqueza trágica, que parece ser una premonición a su desarreglo mental y su suicidio, tiempo después. En los años 1970, el escritor hispano-mexicano José de la Colina publicó un pequeño volumen con seis traducciones de ese texto por varios de los escritores mexicanos más en vista de ese momento: Octavio Paz, Xavier Villaurrutia, Salvador Elizondo, Juan José Arreola, el propio José de la Colina y Tomás Segovia. Este “reto de traductores”, comentado por De la Colina, mues-



tra las diferencias de criterio, de principios y de recursos de estos seis traductores, y resulta muy interesante para considerar las infinitas posibilidades de aproximación que puede ejercer una mente humana, informada y sensible, al ejercicio de la traducción.

He aquí el poema original:

El Desdichado

Je suis le Ténébreux, le Veuf, - l'Inconsolé,
Le Prince d'Aquitaine à la Tour abolie :
Ma seule Étoile est morte, - et mon luth constellé
Porte le Soleil noir de la *Mélancolie*.
Dans la nuit du Tombeau, Toi qui m'as consolé,
Rends-moi le Pausilippe et la mer d'Italie,
La fleur qui plaisait tant à mon cœur désolé,
Et la treille où le Pampre à la Rose s'allie.
Suis-je Amour ou Phoebus?... Lusignan ou Biron ?
Mon front est rouge encor du baiser de la Reine ;
J'ai rêvé dans la Grotte où nage la Syrène...



Et j'ai deux fois vainqueur traversé l'Achéron :
Modulant tour à tour sur la lyre d'Orphée
Les soupirs de la Sainte et les cris de la Fée.

Y aquí las sucesivas traducciones:

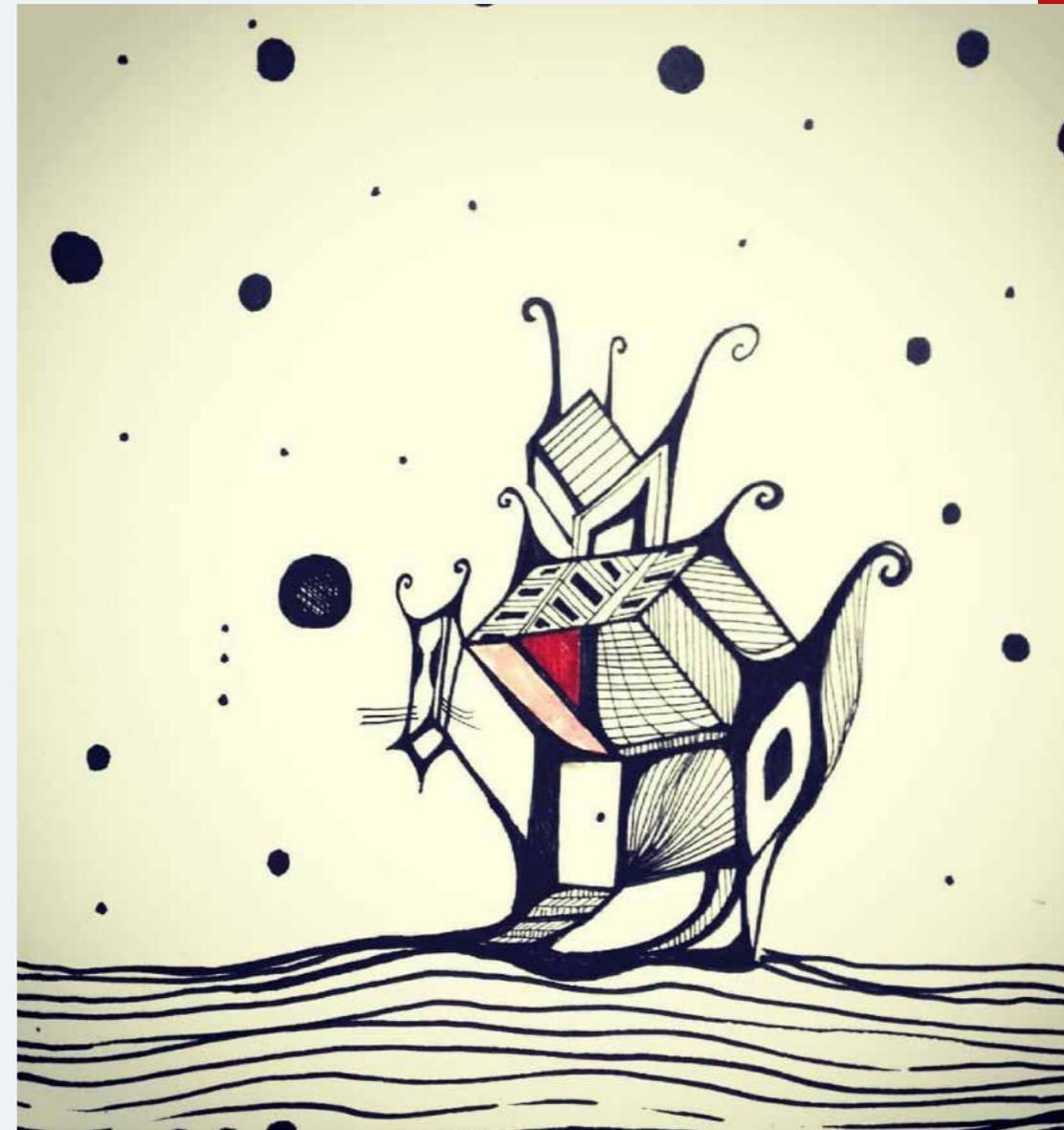
Yo soy el tenebroso —el viudo—, inconsolado,
Príncipe de Aquitania de la torre abolida;
mi sola estrella ha muerto —mi laúd constelado
sostiene el negro sol de la Melancolía.
En la noche del túmulo, tú que me has consolado,
vuélveme el Posilipo, vuélveme el mar de Italia,
la flor amada por mi corazón desolado,
y el emparrado en que la vid se une a la rosa.
¿Soy amor o Febo?... ¿Lusignan o Birón?
Sonroja aún mi frente el beso de la reina;
soñé en la gruta donde nadaba la sirena...



Y vencedor dos veces yo crucé el Aqueronte;
Pulsando uno tras otro en la lira de Orfeo
las quejas de la santa y los gritos del hada.

—**Xavier Villaurrutia**

Yo soy el tenebroso —el viudo— el sin consuelo,
Príncipe de Aquitania de la torre abolida,
Murió mi sola estrella —mi laúd constelado
Ostenta el negro Sol de la Melancolía.
Tú que me has consolado de la tumba y su noche
El Pausílipo dame, la mar de Italia vuélveme,
La flor que amaba tanto mi desolado espíritu,
La parra donde el pámpano a la rosa se alía.
¿Soy el Amor o Febo?, ¿Lusignan o Birón?;
Roja mi frente está del beso de la reina;
Soñé en la gruta donde nadaba la sirena;
Traspasé el Aqueronte, vencedor por dos veces,



Y la lira de Orfeo he pulsado alternando
Suspiros de la santa con los gritos del hada.

—**Octavio Paz (primera de dos versiones existentes)**

Yo soy el tenebroso, el viudo, el desconsolado
príncipe de Aquitania en su torre baldía.

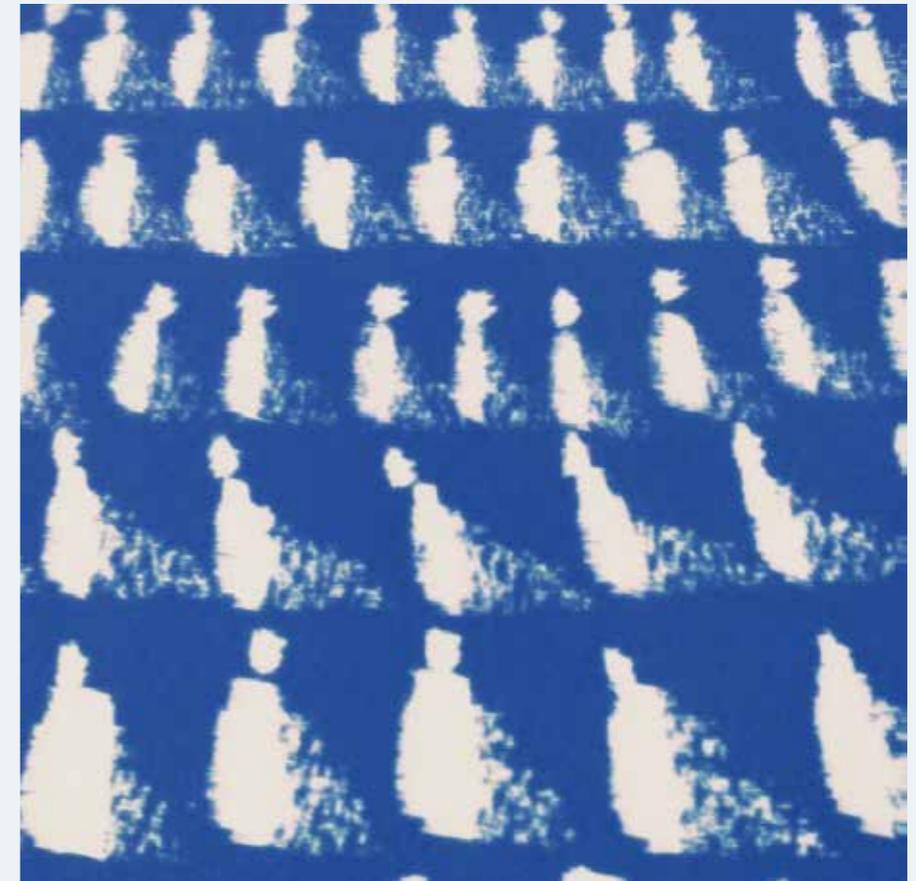
Mi sola estrella ha muerto, mi laúd constelado
el negro sol ostenta de la melancolía.

En la fúnebre noche, tú que me has consolado
vuélveme el Posilipo y la mar que fue mía,
la flor más placentera al pecho desolado,
la viña en que el pámpano a la rosa se alía.

¿Lusiñán o Birón? ¿Amor o Febo me creo?

El beso de la reina empurpura mi frente,
nadar a la sirena vi en la gruta soñada.

De Aqueronte dos veces ya vencí la corriente,
modulando a intervalos en la lira de Orfeo



de la santa el suspiro con los gritos del hada.

—**Juan José Arreola**

Yo soy el tenebroso, el viudo, el desdichado,
Príncipe de Aquitania de la Torre Abatida,
mi estrella ya está muerta; mi laúd se constela
con el Sol tenebroso de la Melancolía.

En la noche del féretro, tú que me has consolado,
devuélveme el Pausílipo y los mares de Italia;
la flor que tanto amaba mi pecho desolado
y el jardín en que el pámpano con la rosa se liaba.

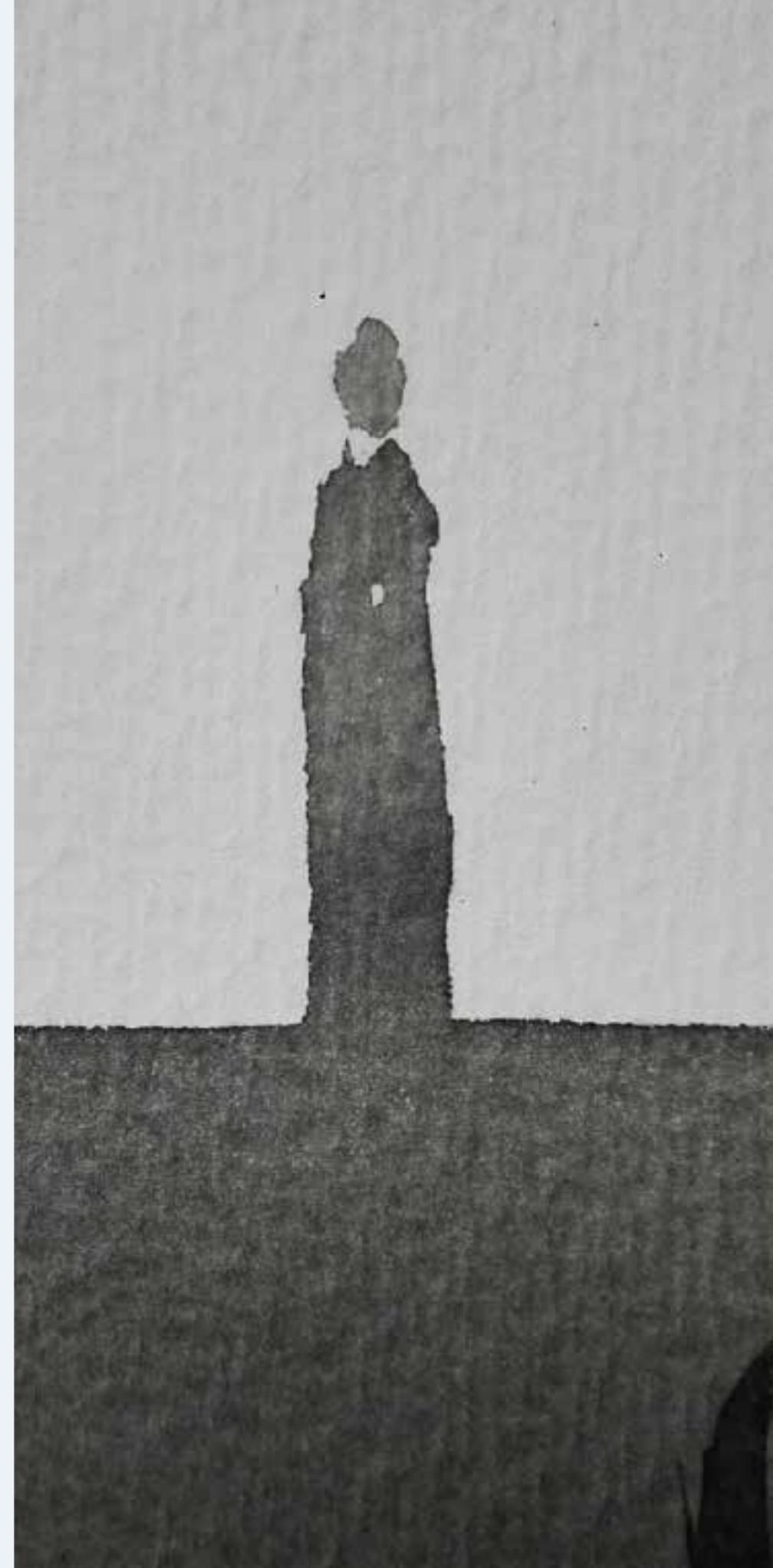
¿Soy Amor o soy Febo? ¿Lusiñán o Birón?
Mi frente está ofuscada del beso de la Reina
y he soñado con grutas en que nadan sirenas.
Dos veces victorioso atravesé el Aqueronte
y he modulado a veces en la lira de Orfeo
los suspiros del mártir y el grito de las hadas.



—Salvador Elizondo

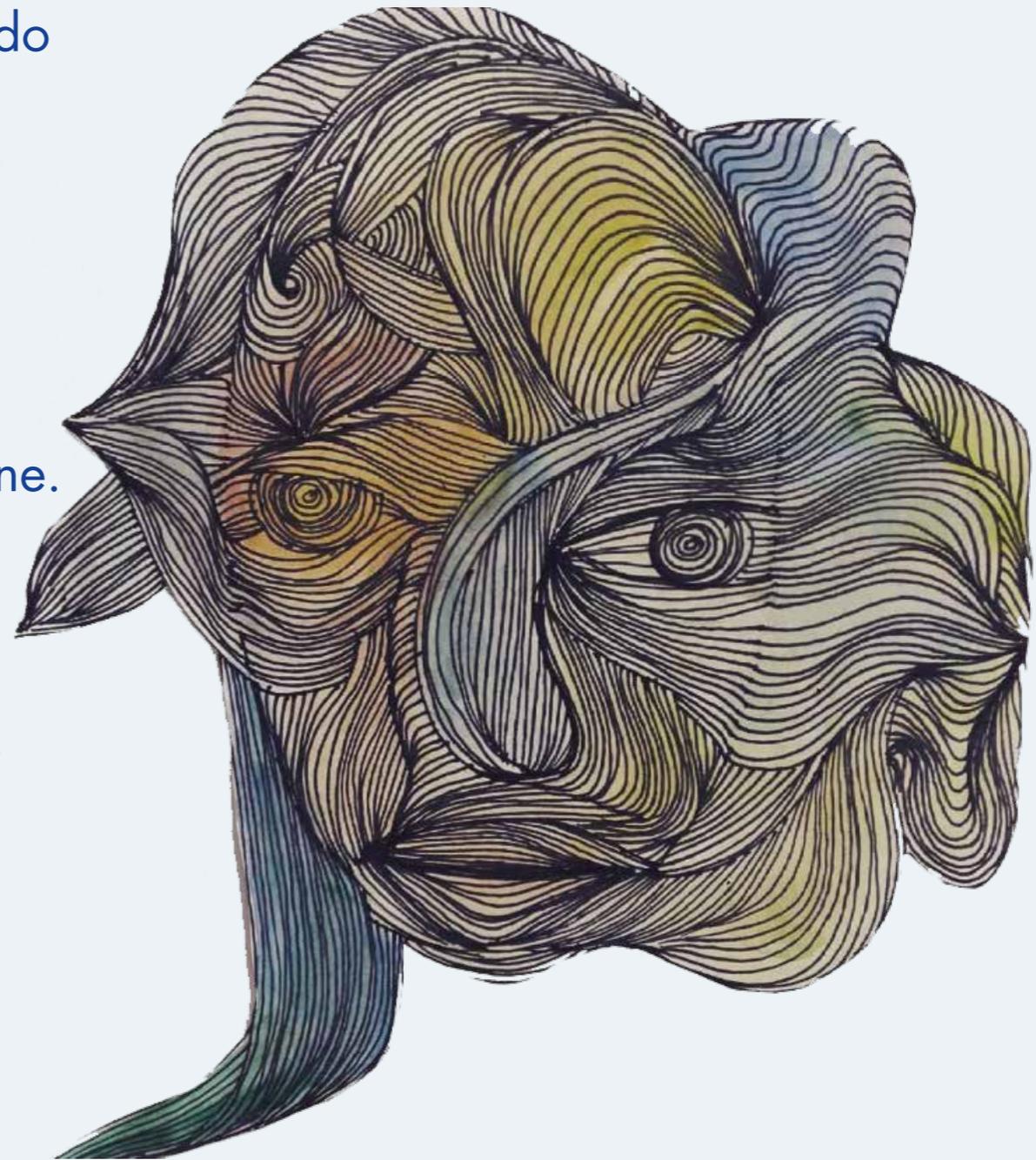
Yo soy el tenebroso, el viudo, el desterrado
Príncipe de Aquitania de la torre caída:
Mi única estrella ha muerto —mi laúd constelado
Irradia el sol oscuro de la Melancolía.
En la fúnebre noche, tú que me has consolado
Devuélveme el Pausílipo y la mar italiana.
La flor de que gustó mi pecho desolado,
La reja en que la rosa y el pámpano se abrazan.
¿Quién soy? ¿Amor o Febo? ¿Lusiñán o Birón?
Mi frente está signada del beso de la reina;
He soñado en la gruta en que nadan sirenas
Y pasé el Aqueronte, dos veces vencedor.
En la lira de Orfeo mi mano modulaba
El gemir de la santa con los gritos del hada.

—José de la Colina



Yo soy el Tenebroso, —el Viudo, —el Sin Consuelo,
Príncipe de Aquitania de la Torre abolida:
Mi única *Estrella* ha muerto, —mi laúd constelado
También lleva el *Sol negro* de la *Melancolía*.
En la nocturna Tumba, Tú que me consolaste
Devuélveme el Pausílopo y la mar italiana,
La *flor* que prefería mi pecho desolado,
Y la parra en que el Pámpano con la Rosa se une.
¿Soy Amor o soy Febo...? ¿Lusignan o Birón?
Mi frente aún está roja del beso de la Reina;
En la Gruta en que nada la Sirena he soñado...
Y vencedor dos veces traspuse el Aqueronte:
Modulando tan pronto en la lira de Orfeo
Suspiros de la Santa, —como gritos del Hada.

—Tomás Segovia



Las pequeñas o grandes diferencias de interpretación de estos poetas escritores podrían ser objeto de un análisis detallado, que no es el objeto de este artículo. Queda más bien una



invitación al lector para comparar y analizar dicha variedad. Solo es preciso reafirmar que, sin duda, esas variantes se deben siempre a criterios expresivos que implican una vasta complejidad de decisiones y criterios —muchos de ellos inconscientes— que desbancan toda posibilidad de que un programa informático o una inteligencia artificial hubiera podido entender el porqué de esas diferencias, o resolverlas, es decir, suplir aquí a la mente humana.

(continuará...)





Rafael Segovia

Es un escritor y traductor mexicano, que cuenta además con una amplia experiencia en la docencia, la gestión cultural, la práctica de las artes, el activismo social y en todos los campos de la cultura, incluyendo la escritura y la dirección escénica como ámbitos de desarrollo personal. Ha trabajado además en la producción de televisión, la edición de revistas, la traducción literaria y científica, la crítica periodística (de teatro, artes visuales, literatura), y la organización de grupos civiles para la defensa de los derechos culturales. En este último campo, ha destacado como Coordinador General del *Consejo Ciudadano de Cultura de Morelos*, y como miembro del Consejo Directivo de la *Red Internacional para la Diversidad Cultural*.

En su trabajo de gestión cultural destacan la dirección de la *Casa del Lago* de la UNAM, la comisión de representar a México como agregado cultural en Montreal, Canadá, la dirección del *Teatro Ocampo* de Cuernavaca y la *Coordinación Estatal de Artes Escénicas* en el Estado de Morelos.

Ha sido además un activo docente en una variedad de especialidades, como: literatura hispanoamericana, francesa e inglesa, lenguas (francés, español e inglés), historia de las ideas, teoría e historia de la comunicación, cine y audiovisual, fotografía, y actuación y dirección teatrales, en diversas universidades e instituciones de difusión cultural.

Del “Jabberwocky” al “Escándrigo”: Una autocrítica de traducción literaria¹

Violeta Villalba



El presente artículo se deriva de mi traducción al español de la novela de Lewis Carroll *Through the Looking-Glass and What Alice Found There (A través del espejo y lo que Alicia encontró allí)*, que se publicó en el año 2021 en Colombia. Se centra en el trabajo que realicé para traducir el poema “Jabberwocky”, con base en el artículo “Doce versiones del ‘Jabberwocky’ de Lewis Carroll: una propuesta de valoración poética”, escrito por Juan Gabriel López Guix y publicado en la revista *Estudios de Traducción* de la Universidad Complutense de Madrid en 2017.

En 2020 traduje la novela de Lewis Carroll *Through the Looking-Glass and What Alice Found There (A través del espejo y lo que Alicia encontró allí)*, publicada en Inglaterra en 1871, seis años después de *Alice’s Adventures in Wonderland (Las aventuras de Alicia en el País de las maravillas)*. En este proyecto me divertí como nunca, y a la vez surgieron frente a mí todos los retos que una traductora pueda imaginar. Ya que este era uno de los primeros encargos al español en Colombia, suponía para mí una gran responsabilidad: sentía que debía estar a la altura de colegas que habían asumido esta tarea en países como Argentina,

¹ Este artículo apareció publicado originalmente en la revista *Vasos Comunicantes* N.º 60 - invierno 2022, de ACE traductores, miembro de Alitral.

España y México desde mediados del siglo XX. Entre otras cuestiones, me inquietaba cómo abordaría los poemas y canciones que Carroll había inventado de una forma tan única. Sobre todo, me espantaba el “Jabberwocky”, esa criatura sin sentido que aparecía ya en las primeras páginas.

Al atravesar el espejo, Alicia intenta leer este poema que encuentra en un libro, solo que al ser un libro del espejo, es ilegible para ella. Luego de unos instantes, se le ocurre algo genial: ponerlo frente al espejo para que las palabras se vean al derecho. Y comienza a leer. Le parece bello, pero no alcanza a comprenderlo del todo; en sus palabras: *“Siento como si me llenara la cabeza de ideas, ¡solo que no logro precisar cuáles son! Aunque sé que alguien mató algo, eso está claro, al menos...”* (Carroll, 1871/2021). En mi caso, la experiencia que tuve al leer y releer el poema —al derecho y al revés— definitivamente se equipara con la de Alicia.

En este y muchos otros momentos redescubría la magnitud de mi oficio, de la capacidad investigativa y creadora que conlleva. Además, estos puntos críticos me mostraban sin piedad mis límites como traductora. Era evidente que necesitaba otras herramientas más allá del conocimiento de la lengua extranjera, la afinidad por la poesía y la escritura, los diccionarios, los tesauros y el sentido común. De hecho, aprendí en el camino a dejarme llevar por el sentido poco común.

Me dispuse entonces a investigar cómo otros traductores habían resuelto los problemas que contenía este poema. Y cuanto más indagaba, mayor era mi admiración por aquellos colegas que a inicios del siglo pasado habían creado sus versiones sin toda esa cantidad de información que hay disponible en la actualidad. Los imaginé días y noches enteras en las biblio-



tecas de sus ciudades; o en sus escritorios, rodeados de enormes tomos y diccionarios... En contraste, y para mi fortuna, hoy en día existen incontables textos sobre el poema del sinsentido (*nonsense*) más famoso de la literatura inglesa. Y no solo eso: tenemos un sinnúmero de biografías de Lewis Carroll, análisis y, por supuesto, traducciones de las dos *Alicias*.

Durante mi investigación, hallé el artículo "Doce versiones del 'Jabberwocky' de Lewis Carroll: una propuesta de valoración poética", escrito por Juan Gabriel López Guix y publicado en la revista *Estudios de Traducción* de la Universidad Complutense de Madrid en 2017. Me pareció notable cómo un traductor y académico había emprendido la faena de buscar, leer y comparar bajo una serie de criterios de forma y contenido doce propuestas en español de este poema tan complejo. De hecho, en 2019 él mismo coordinó un taller de traducción literaria en torno a este poema, organizado por el Centro Internacional Antonio Machado (CIAM), cuya reseña se puede leer en esta misma revista.

Uno de los criterios de contenido se refiere a la coherencia y naturalidad con la que los distintos traductores resolvieron las dificultades relacionadas con veintiocho palabras "oscuras", que López Guix (2017) clasifica en cuatro tipos: "1) existentes en época de Carroll; 2) creadas por derivación a partir de una raíz real o ficticia; 3) creadas por combinación, las llamadas palabras-maleta; y 4) creadas de modo arbitrario" (p. 51). Así pues, procuré, en la medida de lo posible, basarme en esta clasificación para inventar o usar términos equivalentes en mi lengua materna, que resultaran imaginativos y cómicos, de la mano de un patrón de rima. Con todo, debo decir que en algunos casos no logré hallar la solución léxica o semántica óptima y que actualmente replantearía algunas de las decisiones que tomé en aquel entonces.





Con respecto a la forma, conservé las siete estrofas (con el mismo número de versos) del “Jabberwocky”. Allí el primer verso rima con el tercero y el segundo con el cuarto en las estrofas 1, 2, 4 y 7. En mi propuesta, resolví utilizar este esquema de rima en todas las estrofas (menos en la sexta para mantener la rima interna). En las estrofas 3, 5 y 6 del texto fuente solo riman el segundo y el cuarto (rasgo que igualé), y el tercer verso tiene rima interna (logré conservar este rasgo en las estrofas 5 y 6). Decidí modificar el número de sílabas por verso, ya que nuestras palabras en español son más largas, así que usé entre diez y quince sílabas; en el poema en inglés los versos tienen entre seis y ocho sílabas. Por otro lado, como lo menciona López Guix (2017), “los tres primeros versos de cada cuarteto son tetrámetros y el último es un trímetro. Todos siguen un patrón yámbico” (p. 50); y pese a que no tuve en cuenta estos parámetros de la métrica clásica y el patrón silábico que elegí no es lo suficientemente regular, le di un valor fundamental a la naturalidad para solucionar los distintos retos de traducción. Además, el ritmo marcado por mi subjetividad y sensibilidad relacionada con la escritura de poesía fue un elemento esencial a la hora de compensar mis puntos menos fuertes. Me empeñé en que el “Escándrigo” replicara el tono juguetón y chispeante del “Jabberwocky”. Quise recrear este y los demás poemas, canciones y juegos de palabras de la novela teniendo siempre en mente a los pequeños lectores (y a los grandes con alma de niño).

A continuación, incluyo ambos poemas y luego de estos encontrarán un *Diccionario sinsentido*, que reúne, en orden de aparición en el poema, las palabras que creé o utilicé según la tipología de López Guix, donde presenta una exégesis de cada vocablo en inglés; algunos de estos fueron explicados por el mismo Carroll en vida; otros los aclara Humpty Dumpty (quien, dicho sea de paso, no siempre coincide con Carroll) en el capítulo 6 de *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*; y otros fueron interpretados por

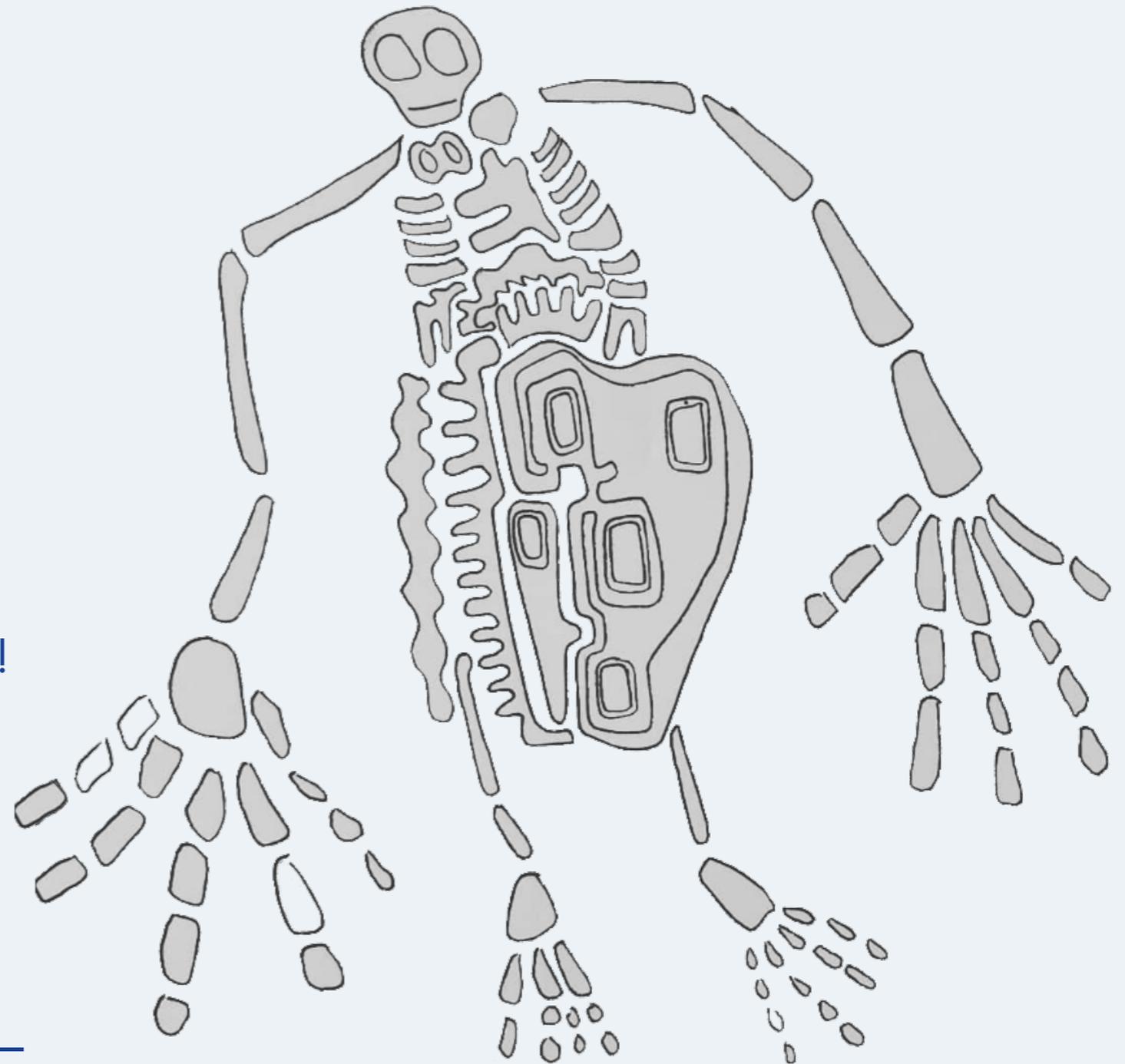
el lexicógrafo inglés Eric Partridge (1894 - 1979), un estudioso de Carroll. En las acepciones del diccionario menciono de forma breve cómo llegué a cada término. Finalmente, expongo una conclusión con respecto a esta crítica y análisis en retrospectiva de mi versión del “Jabberwocky”.

Jabberwocky

‘Twas brillig, and the slithy toves
Did gyre and gimble in the wabe;
All mimsy were the borogoves,
And the mome raths outgrabe.

‘Beware the Jabberwock, my son!
The jaws that bite, the claws that catch!
Beware the Jubjub bird, and shun
The frumious Bandersnatch!’

He took his vorpal sword in hand:
Long time the manxome foe he sought—



So rested he by the Tumtum tree,
And stood awhile in thought.

And as in uffish thought he stood,
The Jabberwock, with eyes of flame,
Came whiffling through the tulgey wood,
And burbled as it came!

One, two! One, two! And through and through
The vorpal blade went snicker-snack!
He left it dead, and with its head
He went galumphing back.

'And hast thou slain the Jabberwock?
Come to my arms, my beamish boy!
O frabjous day! Callooh! Callay!'
He chortled in his joy.



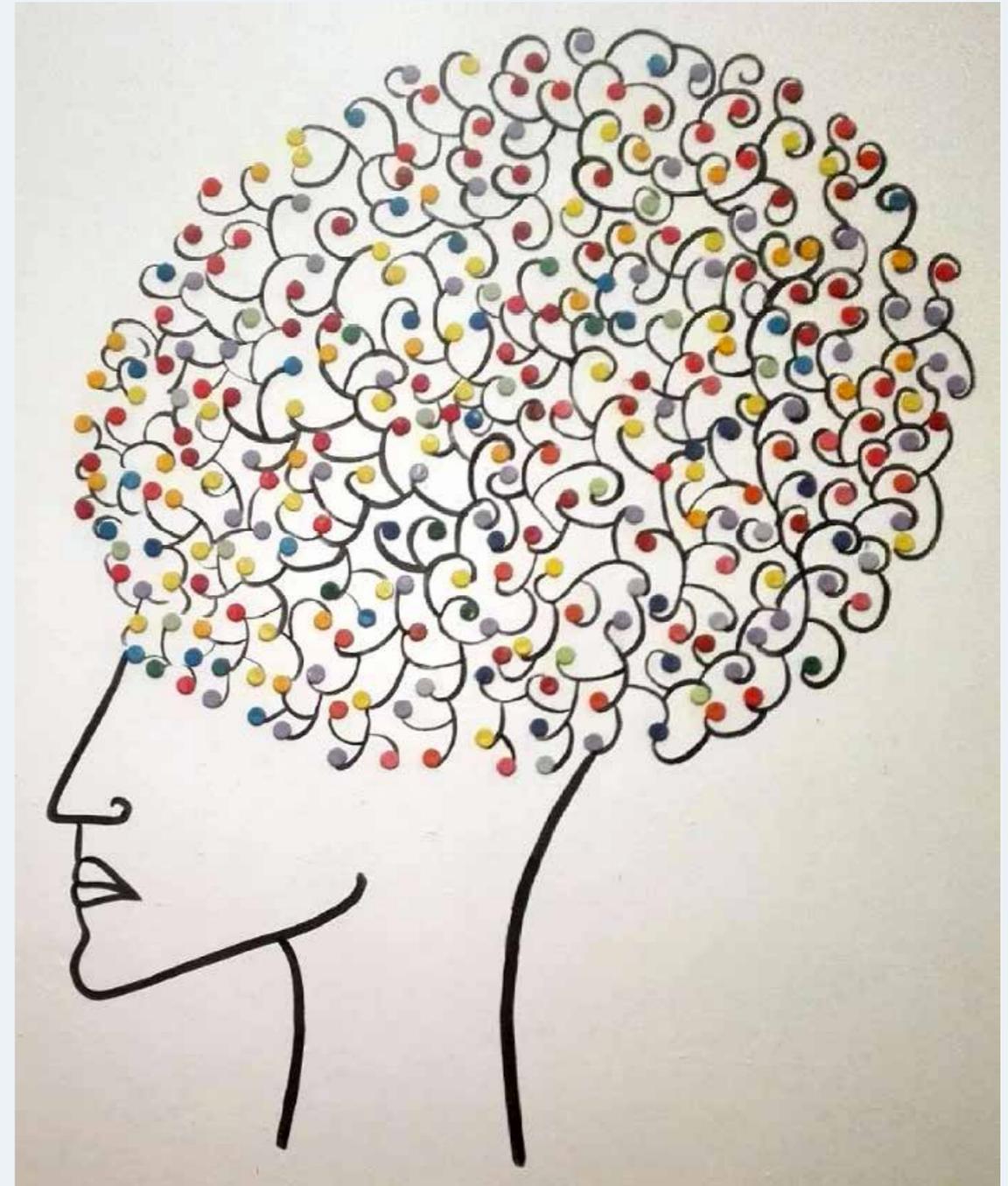
'Twas brillig, and the slithy toves
Did gyre and gimble in the wabe;
All mimsy were the borogoves,
And the mome raths outgrabe.

Escándrago

Fogonaba la tarde y los trompones ligeros
por la Vhacia iban escarifando, rotarando;
los papatorros se veían tan azuosos
y los tartos andaban solúfugos griflando.

Cuídate del Escándrago, ¡hijo mío!
¡Te atacará a dentelladas y te agarrará!
Huye del pájaro Trip Trip y evita todo lío
¡con el bulloso y frumioso Tarascán!

Empuñó entonces su espada puntífera

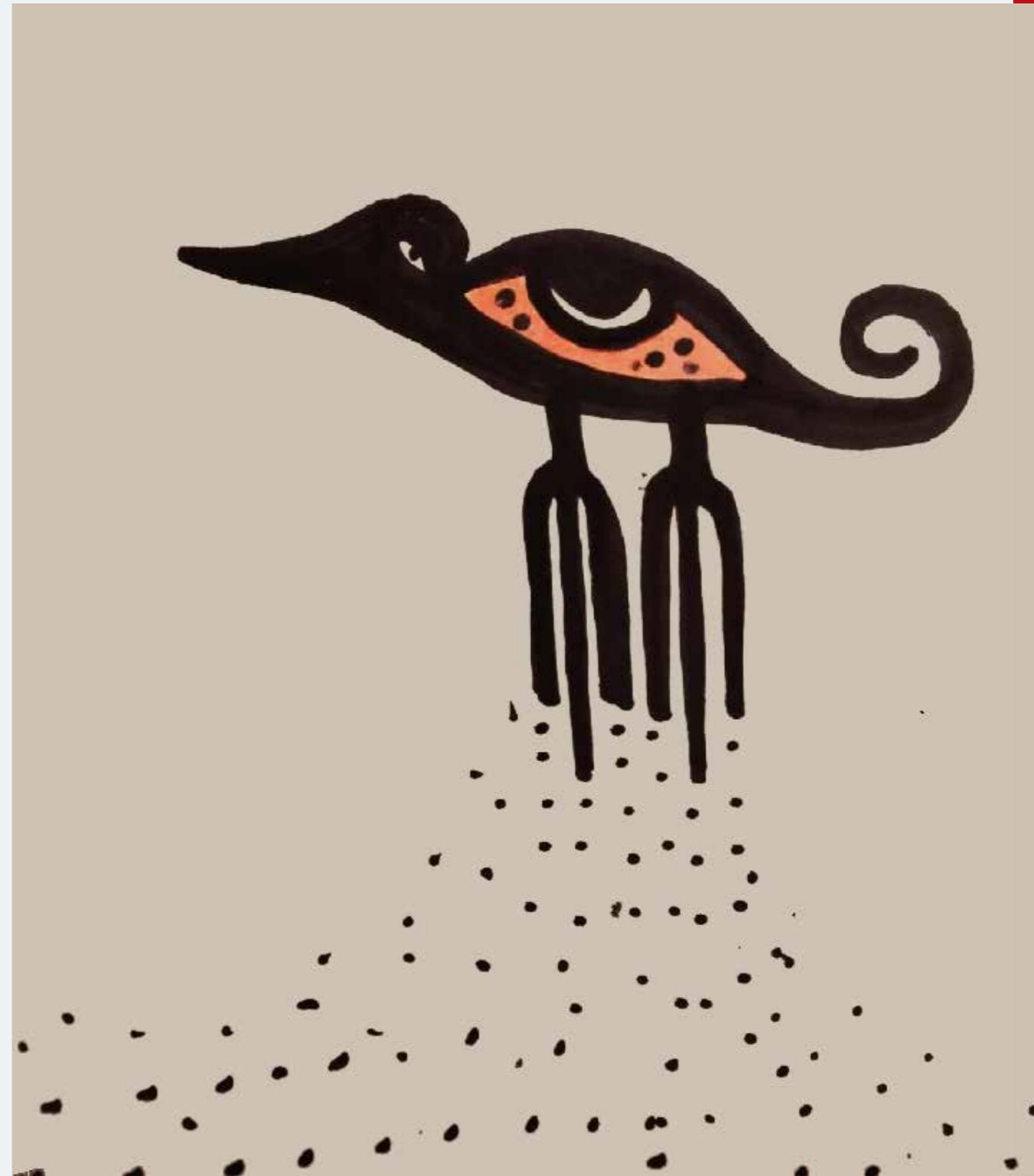


y por largo tiempo buscó a su oponente;
bajo el árbol Tum Tum, y su rama somnífera,
hizo una pausa para aclarar su mente.

Al sumirse en pensamientos gruñibundos,
el Escándrigo, con la mirada en llamas,
cruzó zumbando aquel bosque umbrifundo
¡y sin dejar de farfullar se aproximaba!

Un, dos, un, dos, ¡por todos los costados!
Tristrás, tristrás, ¡la espada aguijonante!
Así cayó el engendro... y el hijo, sereno,
a casa volvió, cabeza en mano, galofante.

¿Y el Escándrigo? ¿Lo has derrotado?
¡Ven a mis brazos, niño tan lúcido!
¡Oh, frabuloso día! ¡Viva, viva!



Festejaba el hijo con risoplidos de júbilo.

Fogonaba la tarde y los trompones ligerozos por la Vhacia iban escarifando, rotarando; los papatorros se veían tan azurosos y los tartos andaban solúfugos griflando.



Diccionario sinsentido

Escándrago: aunque, según la tipología, *Jabberwocky* es un sustantivo por derivación, yo opté por crear uno a partir de una combinación: *escándalo* + *dragón*. Consideré un verbo cercano a *jabber* (farfullar, parlotear), la naturaleza monstruosa de la criatura y su aspecto físico.

fogonear: por derivación de *fogón*. Poner la comida al fuego; se relaciona también con la apariencia del cielo al atardecer, según las explicaciones de Carroll y Humpty Dumpty.

trompones: palabra ficticia; tienen una cara semejante a un trombón; también tomé en cuenta que, según Humpty Dumpty, son un poco como tejones y lagartos.



ligerosos: por combinación: *ligero* + *pegajoso* o *resbaloso*, según las explicaciones de Carroll y Humpty Dumpty.

Vhacia: palabra ficticia; según Humpty Dumpty y Alicia, se trata de un área de césped que va hacia delante y hacia atrás, y hacia cada lado.

escarifar: por derivación del latín *scarifare*, que significa rascar o escarbar; para Carroll, es escarbar como un perro.

rotarar: por derivación del latín *rotare*, que significa dar vueltas; según Humpty Dumpty, dar vueltas como un giroscopio.

papatorros: palabra ficticia; se asemejan a los papagayos o las cotorras y parece que siempre tienen catarro. Me basé en el aspecto físico descrito por Carroll y Humpty Dumpty.

azuerosos: por combinación: *azul* + *pesaroso*; me apoyé en las explicaciones de Carroll y Humpty Dumpty.

tartos: palabra ficticia; se parecen algo a las tortugas, a los cerdos y caminan de rodillas pero con la cabeza en alto, según Carroll y Humpty Dumpty.



solúfugos: por combinación: *solos* + *prófugos*; según mi versión de la explicación de Humpty Dumpty.

griflar: palabra ficticia también derivada del latín *flare* (soplar, hinchar); según la explicación de Humpty Dumpty, sonar como una “mezcla entre un bramido y un silbido, con una clase de estornudo en medio”.

Trip Trip: palabra ficticia que semeja el sonido de este pájaro; la creé a partir del criterio de Partridge.

frumioso: por combinación: *furioso* + *humoso* o *vaporoso*; la inventé a partir de la explicación de Carroll.

Tarascán: palabra ficticia que se refiere a un ser que da terribles tarascazos; me basé en un comentario de Carroll.

puntífera: por combinación: *puntiaguda* + *mortífera*; creada a partir del criterio de Partridge. Vuelve a aparecer en la quinta estrofa del poema en inglés; allí creé *aguijonante*, un sinónimo ficticio para cumplir con la rima.



oponente: en el poema aparece *manxsome*, una palabra ficticia. Sin embargo, en mi versión, elegí *oponente* para cumplir con la rima.

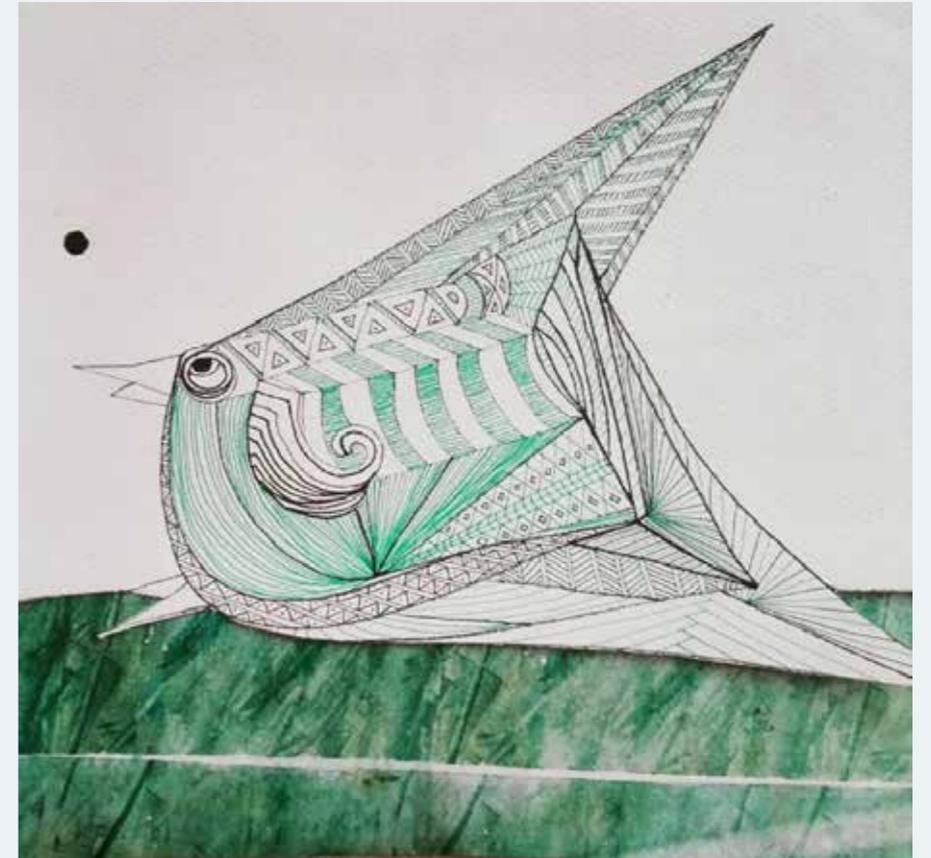
Tum Tum: existente en la época; conservé este vocablo por su transparencia, pero como una onomatopeya repetida, no una sola palabra.

gruñibundo: por combinación: *gruñón* + *furibundo*. En palabras de Carroll, este vocablo alude a “un estado de ánimo que combinaba voz bronca, modales bruscos y mal genio”.

zumbar: en el poema aparece *whiffing*, una palabra existente en la época. Pese a que resolví usar también un término existente en nuestro tiempo, podría haber utilizado un verbo ficticio más preciso, como *rafagar*.

umbrifundo: si bien el vocablo en inglés es ficticio, decidí crearlo por combinación: *umbrío* + *profundo*, a partir del comentario de Partridge.

farfullar: en el poema aparece *burble*, una palabra existente en la época. Usé solo una de sus acepciones.



tristrás: si bien el vocablo en inglés es por derivación, decidí crearlo a partir de la onomatopeya *tras* y la expresión *en un tris tras*.

galofante: por combinación: galopar + triunfante, tal como se usó en el poema en inglés.

lúcido: en el poema aparece *beamish* (radiante, luciente), una palabra existente en la época. Opté por un sinónimo de *luciente*.

frabuloso: por combinación: fragante + fabuloso; a partir del comentario de Partridge y el *Oxford English Dictionary*.

Viva, viva: si bien en el poema aparece una expresión por derivación, utilicé una frase actual que consideré que tenía el mismo sentido de celebración y júbilo.

risoplidos: por combinación: risa + resoplido; aunque en el poema la palabra es un verbo, resolví crearla como sustantivo.

Mientras traducía el "Jabberwocky" guardé registro de los laberintos y nudos que emergían; prácticamente me explicaba a mí misma, en una especie de soliloquio, las salidas que





tomaba. Sabía que luego me agradecería por las migajas de pan que había dejado para desandar el camino; un desandar que se convirtió en este ejercicio de autocrítica, del cual me llegan varias conclusiones. Para empezar, creo que es esencial volver sobre el propio trabajo para reflexionar acerca de las decisiones tomadas y aprender de ellas, sean acertadas o no. El traductor no se puede separar de la persona vital, y por tanto evoluciona. Como lo mencioné antes, hay ciertos desafíos que hoy en día habría resuelto de otra manera, y darme cuenta de esto, más allá de avergonzarme, me llena de alegría: si no lo hubiera notado, significaría que sigo en el mismo lugar como traductora.

Otro punto es que al leer las doce versiones en español que analizó López Guix, me sorprendió la manera en que cada traductor en su momento, con los recursos que tenía disponibles, resolvió los diversos retos del poema. Según el análisis, unas son más fuertes en la forma, métrica, ritmo y patrón silábico; otras en el uso de las figuras literarias, la literalidad y la recursividad y audacia en la traducción de los vocablos oscuros; otras tienen mayor equilibrio entre los diferentes parámetros que estableció. Dejando a un lado aciertos y desaciertos, considero muy valiosos los aportes que cada uno —me incluyo— ha hecho en pro de una comprensión más profunda del poema y de la genialidad de Lewis Carroll. Cada versión guarda su riqueza y originalidad; precisamente la diversidad de perspectivas y habilidades hace que nuestro campo continúe avanzando.

Y esto se conecta con mi tercera conclusión. Es vital seguir traduciendo clásicos. Si el mismo traductor evoluciona, y por ende, el campo, imaginemos cómo se transforman las lenguas, cómo cada generación construye y a la vez derriba conceptos y formas de hacer las cosas. Cómo se crean palabras o caen en desuso; traspasan las fronteras y riñen entre ellas.

Cómo la tecnología nos tiende la mano para ir con ella hacia el porvenir —e indudablemente seguiremos ingeniándolas para que nos asista y no nos reemplace—. Necesitamos seguir creando versiones nuevas porque cada traductor lo hace desde su rincón del mundo, unos ven lo que otros no, unos despliegan su libertad creadora, mientras que otros toman caminos más conservadores; sea como sea, celebro la diferencia, la pluralidad y sobre todo, el valor de las creaciones de colegas, críticos, académicos y lectores a través del tiempo, desde distintas regiones, como fuente de un aprendizaje que nunca acaba.



BIBLIOGRAFÍA

Carrol L. (2021). *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí* (Violeta Villalba, trad.). Bogotá: Panamericana Editorial. (Obra original publicada en 1871).

Diccionario Etimológico Castellano en Línea. <http://etimologias.dechile.net>

López Guix, J. G. (1). "Doce versiones del 'Jabberwocky' de Lewis Carroll: una propuesta de valoración poética". *Estudios de Traducción*, 7, 49-75. <https://doi.org/10.5209/ESTR.57448>



Fuente

Villalba, V. (2022, febrero). Del "Jabberwocky" al "Escándrigo": Una autocrítica de traducción literaria. *Vasos Comunicantes*. Revista de ACE Traductores. <https://vasoscomunicantes.ace-traductores.org/2022/02/18/del-jabberwocky-al-escandrigo-una-autocritica-de-traducion-literaria-violeta-villalba/>



Violeta Villalba

Nací en Bogotá, Colombia. Traduzco, escribo y trabajo en el sector editorial. Entre mis traducciones más queridas está *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*, una de las primeras versiones colombianas de este clásico de Lewis Carroll, que se publicó en 2021. Ese año también quedé en segundo lugar en la beca de traducción literaria que realiza el Instituto Distrital de las Artes en Bogotá. He publicado dos poemarios: *Fragmentaria* (La Jaula Publicaciones, 2016) y *Prisión voluntaria* (Buenos Aires Poetry, 2018). Algunos de mis poemas y traducciones aparecen en revistas como *Vasos comunicantes*, *Raíz Invertida*, *Literariedad*, *Sombralarga*, *Otro Páramo*, *Águilas y moscas*, *Poesía*, *Taller Igitur*, *Oculto Lit* y *Buenos Aires Poetry*.

¿Por qué un colombiano se dedicaría a traducir libros?

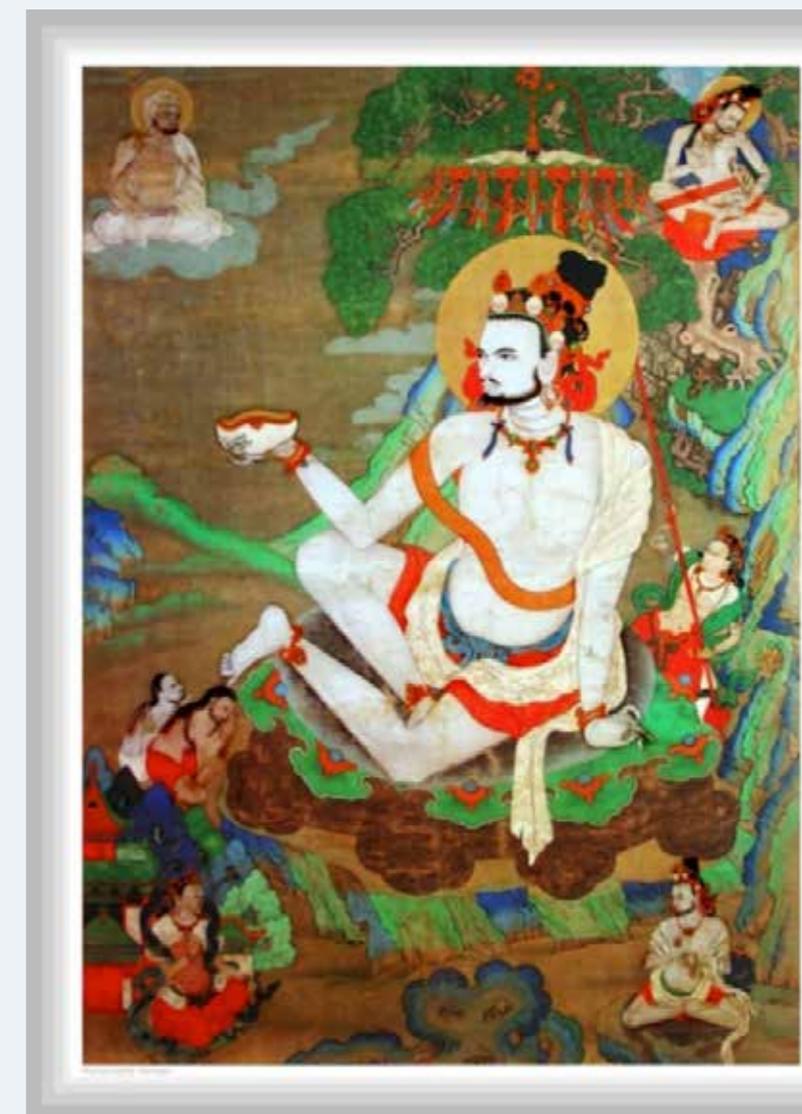
Mateo Cardona

En su ámbito, el traductor está poseído por el sentido de fidelidad y de exactitud. Allí está su pasión, y es una pasión ética, no literaria ni estética.

Antoine Berman

Cuenta la leyenda que Naropa (1016-1100), sustentador del linaje Kagyu del budismo tántrico y por cuyo nombre se conocen los seis yogas secretos del Mahamudra o “Gran Sello” — que permiten alcanzar la iluminación incluso en una sola vida—, decidió desde muy joven dejar los asuntos mundanos y dedicarse al estudio de los Sutras y el Tantra, para lo cual ingresó a la universidad de Nalanda, famosa escuela del dharma que viviera su esplendor entre los siglos IX y XII. Naropa alcanzó pronto gran reputación como erudito y campeón de debates. Por aquellos tiempos existía la tradición de que los estudiosos de otras doctrinas y comarcas retaran en debate a los doctores de Nalanda,

¹ Berman, A. (2014) *La traducción y la letra o el albergue de lo lejano* (trad. Ignacio Rodríguez). Buenos Aires: Dedalus, p. 81.



mas quien ganara la lid debía convertirse en maestro del perdedor y de sus estudiantes. En consecuencia, era esencial que los contendientes conocieran muy bien los tópicos a debatir. En toda la India se obraba de esta manera por lo que, si un estudioso no estaba cualificado, su buen nombre corría enormes riesgos. En razón de esta costumbre, se seleccionaba a los cuatro mejores eruditos de la universidad para los debates. Cada uno de ellos era responsable, además, de guardar una de las cuatro puertas del claustro, que se abrían hacia los cuatro puntos cardinales. A Naropa le fue encomendada la puerta del Norte pues, imbatible en las controversias, se rodeó de un aura de prestigio que atraía tantos discípulos como rivales, y llegó a convencerse a sí mismo de su gran erudición.

Un día, mientras estaba sentado leyendo un sesudo tratado a la sombra de la puerta norte de la universidad, una sombra cayó repentinamente sobre su libro. Naropa alzó el rostro, sorprendido, y vio frente a él a una mujer de increíble fealdad, decrepita más que vieja, quien le preguntó: "¿Qué haces? ¿Qué lectura es ésa?" Él le respondió: "Estudio el Tantra de Guhyasamaya". Ella le dijo: "¿Puedes leerme las palabras?" A lo que Naropa contestó: "Sí, puedo leértelas", y empezó a leer en voz alta. Al oír el texto, la horrenda aparición, de tan feliz que se puso, se transformó en una hermosísima dakini en la flor de la edad, que comenzó a saltar y bailar alrededor de Naropa quien, halagado en su amor propio, no pudo contenerse y se jactó: "También entiendo lo que significan". En ese momento la mujer recobró su infame aspecto y se echó a llorar con amargura. "¿Por qué te entristeces?", le preguntó Naropa. Ella replicó entre sollozos: "Me entristece que un gran erudito como tú mienta, eso es terrible. Hoy en día, en todo el mundo no existe nadie, excepto mi hermano Tilopa, que entienda el significado de esas palabras". Dicho lo cual, la entidad se esfumó.



Después de este extraordinario encuentro, Naropa regresó a la universidad y pidió permiso para irse a conocer a Tilopa, el yogui que habría de convertirse en su maestro. Todos los doctores, sus colegas, le suplicaron que no se fuera y por tres meses lo retuvieron. Pero en sueños se le aparecieron muchas señales que le decían que debía irse y, finalmente, dijo que lo sentía pero que partiría sin atender ningún ruego. Y se marchó en pos de una sabiduría mucho más valiosa que los conocimientos meramente intelectuales, teóricos, a los que era posible acceder desde la cátedra y la cómoda vida académica. Naropa habría de pasar doce años al devoto servicio de Tilopa, y a su vez sería el maestro del primer yogui tibetano en la Guirnalda Dorada del linaje Kagyu; es decir, de Marpa, el Traductor.

Lo que la gente del común conoce como “traducción” cubre una gama de oficios sumamente amplia y, según se quiera experimentar con la elasticidad del vocablo, puede abarcarlo todo, incluso la verbalización del pensamiento. Para evitar equívocos innecesarios, aclaro que hablaré a partir de mi experiencia en la traducción de textos literarios, llamada de modo bastante impropio “traducción literaria”, y de algunas reflexiones que la práctica de este tipo de escritura y la frecuen-





tación de la literatura traducida han suscitado en mí. Me apartaré, por tanto, del tema de la traducción de mensajes, de la traducción al servicio de las diferentes formas de eso que se conoce de manera pragmática como “comunicación” o, en dos palabras, de la traducción utilitaria, por lo demás muy útil y necesaria pero radicalmente distinta. Hablaré, como corresponde al título de estas líneas, sobre lo que hace que alguien en este país persevere en cultivar el arte de traducir obras de literatura extranjera. Alguien que, para tejer un paralelismo con Naropa, descubrió a tiempo que la primera tarea del estudiante consiste en aprender a leer bien y, en segundo término, a ser capaz, llegado el momento, de dejar atrás la dependencia de la traductología, la lingüística y la crítica literaria para pensar, junto con otros traductores de literatura —ya que no existen programas de profesionalización en este oficio—, en la especificidad de nuestra labor desde la madurez de un gremio que se reconoce de autores y reclama con serena firmeza la visibilidad y los derechos que le corresponden.

Aunque lo que llamamos literatura universal circula por el mundo de forma cotidiana gracias al trabajo de los escritores-traductores, el oficio de la traducción de literatura extranjera —y el caso colombiano no es la excepción— no pasa por su mejor momento frente a los imperativos de una economía inclemente y la convergencia mediática en un puñado de empresas transnacionales. Este fenómeno ha sido bien documentado ya en 1999 por André Schiffrin (hijo del fundador de la Bibliothèque de La Pléiade de Gallimard y editor a su vez de Pantheon Books y luego de The New Press) en su clásico volumen de *La edición sin editores*, indispensable para comprender el impacto empobrecedor de las grandes corporaciones editoriales sobre la cultura y el libro.² En Colombia hemos vivido en carne propia esta circunstancia mundial

2 Schiffrin, A. (2001) *La edición sin editores. Las grandes corporaciones y la cultura*. (Trad. Eduardo Gonzalo) México: Era.

con el cierre de algunas casas que encargaban y publicaban traducciones, y con la proliferación en nuestras librerías de literatura traducida en Madrid por peninsulares. Así, mientras el mercado local se contrae, el internacional nos inunda con literatura *pop* de dudosa calidad como las novelitas de Haruki Murakami, E. L. James o Suzanne Collins, y ensayos políticamente alineados en su aplastante mayoría hacia la derecha del espectro ideológico. Frente al espanto del capital, hasta los gobiernos mejor intencionados lucen impotentes. Y aunque quedan algunas editoriales que compran derechos en las ferias de Frankfurt, Guadalajara y Bolonia para traducir aquí en Colombia, no son los grandes nombres de la literatura del mundo ni los talentos jóvenes lo que traen sino, sobre todo, títulos de autoayuda, *coaching* o esoterismo: la clase de libros que encuentra uno en el supermercado entre los paquetes de frituras y el desodorante en promoción. Así, una primera respuesta a la pregunta inicial es:

—No, no traducimos porque sea buen negocio, ni porque abunde el trabajo.

De hecho, el colombiano que se dedique a traducir libros sabe perfectamente que su trabajo se paga a menor valor que el del traductor oficial o utilitario, con un agravante: a pesar de que contamos con un marco legal que reconoce nuestra condición de autores,³ en la práctica todos los contratos que suscribimos con editoriales incluyen unilateralmente una cláusula

3 La Ley 23 de 1982 sobre derechos de autor, reza en su artículo 5º: "Son protegidos como obras independientes, sin perjuicio de los derechos de autor sobre las obras originales y en cuanto representen una creación original: Las traducciones, adaptaciones, arreglos musicales y demás transformaciones realizadas sobre una obra del dominio privado, con autorización expresa del titular de la obra original. En este caso será considerado como titular del derecho sobre la adaptación, traducción, transporte, etc., el que la ha realizado, *salvo convenio en contrario*" (la cursiva es nuestra). El artículo 13º, por su parte, dice: "El traductor de obra científica, literaria o artística protegida, debidamente autorizado por el autor o sus causahabientes, adquiere el derecho de autor sobre su traducción. Pero al darle publicidad, deberá citar el autor y el título de la obra originaria".



la donde renunciamos a nuestros derechos patrimoniales, con lo cual nuestra autoría queda reducida a una simple prestación de servicios profesionales. Por cierto, de ahí surge en mi concepto la enorme inconveniencia de referirnos al trabajo del escritor-traductor a través de metáforas obreras que hablan de tejeduría, de tapicería mirada por el revés o de carpintería, porque al hacerlo aceptamos tácitamente que se nos dé el mismo trato que al carpintero que nos remienda un mueble cojo o al plomero que nos destapa la cañería obstruida, al margen de que éstas sean ocupaciones dignísimas y socialmente encomiables.



Sin sudor, aserrín ni martillazos, si fuera obligatoria la metáfora obrera del arte del traductor, preferiría mil veces sobre la del carpintero de marras —y sobre la otra, tan llevada y traída, del barquero que te pasa entre dos orillas— la del relojero, cuya labor se rige por la paciencia, el rigor, el detalle y la exactitud. El relojero que se fatiga los ojos en su gabinete; que puede desentrañar hasta el último secreto de un mecanismo conformado a veces por miles de elementos diminutos, y que es capaz de desarmarlo y volverlo a armar sin que le falte ni le sobre una sola pieza. El relojero, como el de la pintura de Remedios Varo,⁴ maestro del tiempo, cuyo trabajo no vale nada si, al terminarlo, el artefacto —la joya— no funciona a la perfección. La fidelidad y la exactitud son nuestra

⁴ Remedios Varo: *La revelación, o el relojero* (1955). Óleo sobre lienzo.

pasión. Es lo que como aprendiz de traductor me transmitieron mis maestros y lo que repito a mis estudiantes en los talleres que doy.

Como se sospechará, tampoco es por la visibilidad que traducimos. Porque si bien de dientes hacia afuera se reconoce la importancia del escritor-traductor como agente cultural, sabemos de sobra que es raro el libro donde su nombre aparezca en la portada y con demasiada frecuencia figura de último en los créditos. ¿Y qué decir de las pequeñas críticas y reseñas literarias en revistas y periódicos? Ya he contado en otra parte cómo el reseñador y crítico oficial de la revista "seria" de mayor circulación en Colombia me respondió cuando le pregunté si mencionaba al traductor en sus notas: "Sólo cuando la traducción es sobresaliente. ¿Está mal?" Desde luego, está muy mal eso, pero qué le vamos a hacer. Nos corresponde a nosotros insistir en ello una y otra vez hasta que se cumpla. Me queda la curiosidad de saber qué es lo que nuestro crítico llama "una traducción sobresaliente", y albergo el temor de que tenga todo que ver con su "impecable castellano", cuando la obra parece "originalmente escrita en español". Porque entre nosotros se confunde todavía una buena traducción con el ejercicio de la anexión etnocéntrica, que tiende a negar en la obra traducida todo cuanto tiene de extranjera, de *extraña* y *ajena*, para introducirla al público cuya ignorancia de la lengua original le impide apreciarla. El escritor-traductor, el traductor-relojero no debe escribir para un público, pues cuando procede de este modo se obliga a sí mismo a hacerle concesiones a esa fantasmagoría, como si fuera un divulgador científico o un prosificador de poemas. Desde luego que el traductor debe *pensar* en el lector, pero sin menospreciarlo: en vez de "bajar" hasta su supuesta inferioridad debería, en cambio, "invitarlo a subir", a salir de la familiaridad del entorno doméstico y entrar a ese albergue de forasteros del mundo entero donde existen las buenas traducciones, fieles y exactas. Al respecto dice Berman:



[...] La traducción, debido a su intención de fidelidad, pertenece originariamente a la dimensión ética. Está, en su esencia misma, animada por el deseo de abrir lo Extranjero en tanto que Extranjero a su propio espacio de lengua. (...) Abrir es más que comunicar: es revelar, manifestar. (...) El acto ético consiste en reconocer y en recibir al Otro en tanto Otro. (...) Esta elección ética [...] es la más difícil que puede haber. Pero una cultura (en el sentido antropológico) sólo se transforma verdaderamente en una cultura (en el sentido del humanismo de un Goethe, de la *Bildung*) cuando está regida —al menos en parte— por esa elección.⁵



Evidentemente, entre nosotros un acto ético no deja de ser una forma de resistencia. Cuando la inversión de los valores se vuelve la norma, corresponde al carnaval con sus gesticulaciones y muecas restaurar el orden perdido. Traducir al Otro sin convertirlo, respetando su alteridad y diferencia sin buscar su sometimiento, su anexión, constituye una amenaza para el discurso hegemónico, para el discurso oficial que quiere hacer de la cultura y del libro papillas de fácil deglución para multitudes desdentadas. Salir de casa con los ojos bien abiertos en busca de nuevos paisajes y de otras perspectivas, ver lo que hay al otro lado de estos muros de la patria mía para luego regresar cargado de historias inéditas, de relatos increíbles, se convierte en un reto y una transgresión. Y como en el cuento de H. G. Wells, *The Country of the Blind*,⁶ en el país de los ciegos no lo harán rey, sino que tratarán de sacarle los ojos al

5 Berman, A. *Op. cit.*, pp. 82-83.

6 Wells, H. G. (1911) *The Country of the Blind and Other Stories*. Londres: Thomas Nelson & Sons. [Disponible en <http://www.gutenberg.org/ebooks/11870>.]

que algo ve. Pero en este punto, justo es retomar la historia que dejamos inconclusa.

* * *

Conocemos la historia de Marpa Lotsawa, o Marpa el Traductor (1012-1097), gracias a Tsang Nyön Heruka (1452-1507), el “yogi loco de Tsang”. El título de su biografía o *namthar* (vocablo que significa literalmente “completa liberación”) de Marpa es *Una realización, todo comprendido*, lo que quiere decir que la intención de la obra era servir de ejemplo a los lectores para que a su vez alcanzaran la liberación. Nacido en Lhodrak, en el sur del Tíbet, Marpa era un niño agresivo e impaciente por lo que sus padres, temiendo lo peor, lo enviaron al valle occidental de Nyugu para que estudiara el dharma con un conocido traductor llamado Drogmi. Luego de tres años de intensa aplicación, Marpa dominaba el sánscrito y numerosas lenguas indias pero se daba cuenta de que necesitaba considerable instrucción adicional si esperaba que sus aspiraciones espirituales dieran algún fruto. Buscó en India las enseñanzas que pudieran darle una experiencia directa, más allá de una filosofía meramente intelectual. Pidió al padre su herencia, la convirtió toda en oro y provisiones y, luego de ago-





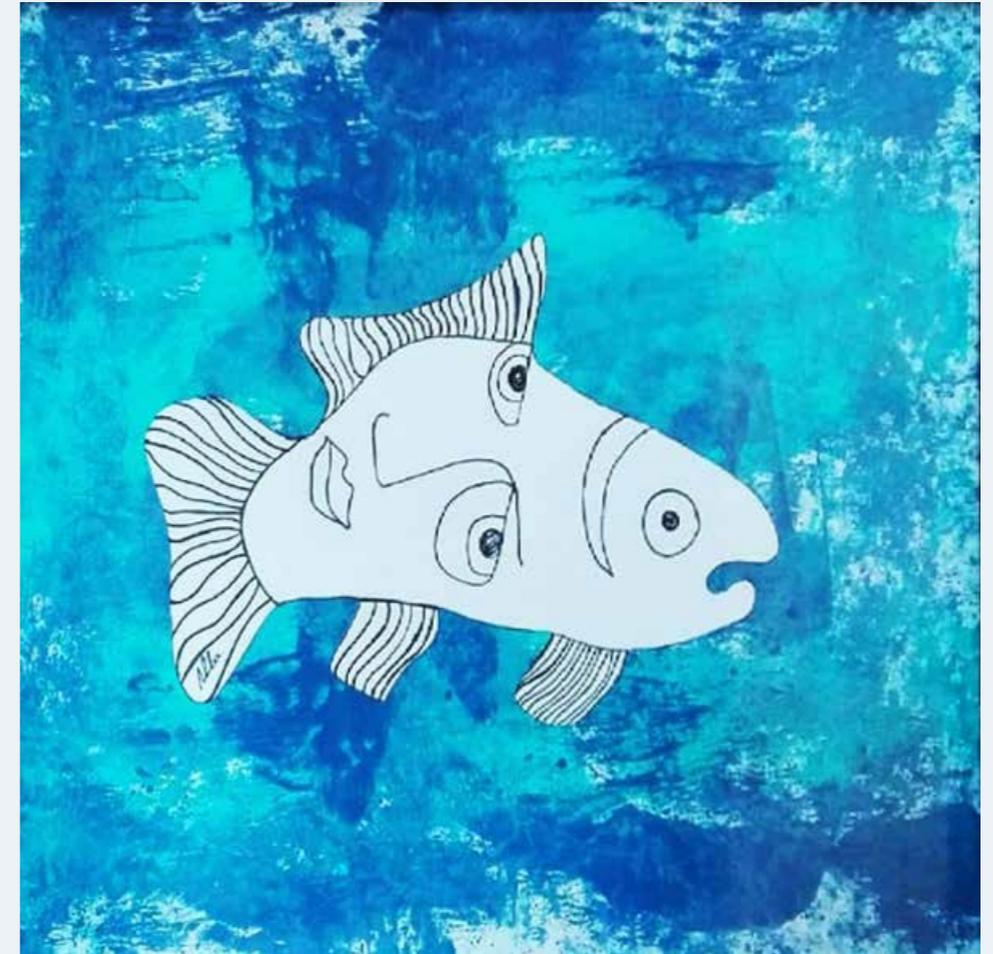
tadoras jornadas a través de los altos pasos montañosos, planicies y ríos del Himalaya, llegó al actual Nepal. Por el camino había hecho amistad con un tal Nyö quien, como él, viajaba al sur en plan de estudios. En Katmandú hicieron una pausa para descansar. Allí Marpa se hizo amigo de Chitherpa y Paindapa, dos lamas locales estudiantes del gurú indio Naropa. Tras oír sobre Naropa, profundos recuerdos brotaron en Marpa y su excitación se hizo tan intensa que, según nos cuenta Tsang Nyön, “el vello que cubría su cuerpo se erizó”. Chitherpa y Paindapa lo exhortaron a que visitara personalmente a Naropa, a quien se referían como un segundo Buda. Fue así como, luego de tres años en Katmandú, Marpa partió a India para buscar él mismo a Naropa. Llevaba consigo una carta introductoria de sus amigos nepaleses. Entretanto Nyö, quien despreciaba las prácticas ascéticas de Naropa, se marchó en otra dirección para encontrarse con los panditas⁷ más famosos de la India.

En los doce años que siguieron, Marpa recibió múltiples enseñanzas de Naropa. Progresó muchísimo y, a instancias de su maestro, estudió también el Tantra de Guhyasamaya con el gurú Jñanagarbha y otros maestros cualificados que habían alcanzado los *siddhis* de la realización. Fue a buscar al famoso *mahasiddha* Kukkuripa, quien le transmitió las enseñanzas del Tantra de Mahamaya, y a quien encontró con el cuerpo cubierto de plumas de ave y rodeado de perros furiosos; visitó a Maitripa en la Montaña de las Llamadas de Fuego, y recibió de él la transmisión oral del Mahamudra y la iniciación en los *dohas*, canciones poéticas espontáneas por las que Marpa y su futuro estudiante, Milarepa, se harían famosos. Y así, Naropa envió a Marpa una y otra vez a que recibiera enseñanzas de diferentes yoguis. Luego de sus extensos viajes, Marpa se estableció para practicar meditación inten-

⁷ Maestros versados en las cinco ciencias: lengua, lógica, medicina, artes y oficios, y espiritualidad.

siva y traducir todo lo aprendido al tibetano. Experiencias y realizaciones portentosas se afianzaron en su mente.

Como suele acontecerles a los traductores cuando viajan, el oro de Marpa finalmente se agotó y decidió volver al Tíbet. Al emprender el camino al hogar se encontró con su antiguo compañero de viaje, Nyö. En India Marpa se lo había topado varias veces (en qué semejante rasca, como habría dicho Ramón Antigua), y habían comparado enseñanzas y resultados. Decidieron regresar a Tíbet juntos. Mientras cruzaban el Ganges Nyö, enredado en una de las muchas trampas que nos tiende el ego, lanzó todas las traducciones de Marpa por la borda, pues tal era la envidia que había desarrollado por el éxito espiritual de nuestro traductor, quien se preguntaba cuál era el sentido de esas discordias entre colegas que además eran paisanos. Perplejo, Marpa se separó de su ambicioso compañero y pensó en regresar a India por los textos. Pero no fue necesario: pronto se percató de que su esencia, letra y significado estaban sólidamente guardados en su memoria. La fidelidad y la exactitud, su inquebrantable compromiso ético, habían rendido su precioso fruto. Fue así como finalmente regresó a Lhodrak, donde habría de casarse y fundar una familia, alternando la enseñanza del dharma con el trabajo de granjero y bebiendo cantidades ingentes de cerveza, según consta en su biografía. Del docto Nyö no se sabe nada: la posteridad le obsequió el olvido.

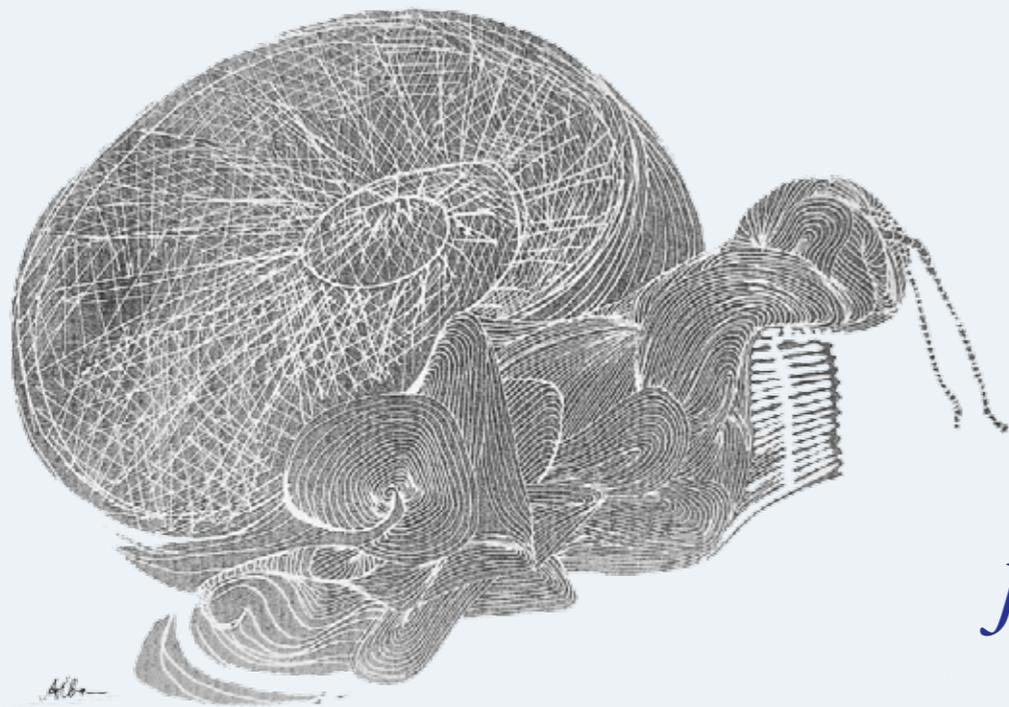




Mateo Cardona Vallejo

Traductor literario y editorial colombiano, del francés y el inglés al español. Vicepresidente de la Asociación Colombiana de Traductores, Terminólogos e Intérpretes (ACTTI). Fundador y director de ACTTI Literaria. Cofundador de *alital*, la Alianza Iberoamericana para la Promoción de la Traducción Literaria (Argentina, Colombia, España y México). Formador de traductores literarios. Mención de honor 2022, Premio Aurora Borealis por la traducción excepcional de una obra de no ficción, Federación Internacional de Traductores. Beca Looren América Latina de Traducción 2019; Beca Nacional de Traducción Literaria Idartes 2016; y Beca de traducción literaria del Instituto Caro y Cuervo 2011.





Niña

Jamaica Kincaid

Traducción del inglés de Yessica Chiquillo

Lave la ropa blanca los lunes y tiéndala sobre el montón de piedras; lave la ropa de color los martes y póngala a secar en cuerdas; no salga sin taparse la cabeza cuando haga sol; ponga a freír los buñuelos de calabaza en aceite bien caliente; remoje la ropa interior apenas se la quite; cuando compre algodón para hacerse una blusa decente, fíjese que no tenga pegotes, para que dure después de una lavada; remoje el pescado salado toda una noche antes de cocinarlo; ¿es cierto que ahora se la pasa cantando *benna* en la escuela dominical?; siempre mastique su comida sin revolverle el estómago a los demás; los domingos camine como una dama y no como la sinvergüenza que quiere ser; ni se le ocurra cantar *benna* en la escuela dominical; no le hable a esos malandros del muelle; ni para darles la hora; no coma frutas en la calle; las moscas la seguirán —*pero yo por nada del mundo canto benna los domingos y menos en la escuela dominical*—; así se pega un botón; así se abre un ojal para el botón que acaba de pegar; así se cose el ruedo de un vestido para que no se le suelte y no





vean lo sinvergüenza que se está volviendo; así se plancha la camisa caqui de su papá para que no tenga ni una arruga; así se planchan los pantalones caqui de su papá para no tengan ni una arruga; así se siembra *okra*, lejos de casa porque los palos de *okra* atraen hormigas rojas; cuando siembre *dasheen*, más le vale echarle mucha agua o sino cuando coma le picará la garganta; así se barre un rincón; así se barre la casa entera; así se barre el patio; así se le sonrío a alguien que no le cae bien; así se le sonrío a alguien que no le cae para nada bien; así se le sonrío a alguien que sí le cae bien; así se pone la mesa para el té, así se pone la mesa para la cena; así se pone la mesa para visitas importantes; así se pone la mesa para el almuerzo; así se pone la mesa para el desayuno; así se debe comportar en presencia de hombres desconocidos, ni se darán cuenta de lo sinvergüenza que se está volviendo; más le vale asearse todos los días, así tenga que usar su propia saliva; no se agache para jugar a las maras, usted no es un niño; no arranque flores ajenas, se le puede pegar algo; no les tire piedras a las mirlas, porque pueda que no sean mirlas; así se hace una torta de pan; así se hacen las *doukona*; así se hace *pepper pot*; así se hace un remedio bueno para los resfriados; así se hace un remedio bueno para deshacerse de un bebé antes de que sea un bebé; así se atrapa un pez; así se devuelve al agua un pez que no necesite, para que nada malo le pase; así se somete a un hombre, así un hombre la somete, así se seduce a un hombre, y si no funciona, hay otras maneras de conseguirlo, y si ninguna de ellas funciona, no se sienta mal por tirar la toalla; así se escupe para arriba si se le da la gana y así se quita rápido para que no le caiga encima; así se llega a fin de mes; así se toca el pan para saber si está fresco; ¿pero qué hago si el panadero no me deja tocar el pan?; después de todo, ¿me está diciendo que usted será ese tipo de mujer a la que el panadero no la dejará tocarle el pan?



Jamaica Kincaid

Nació en 1949 en Saint John, Antigua y Barbuda. Se rebautizó a sí misma, pues nació con el nombre de Elaine Cynthia Potter Richardson; esto porque su familia no aprobaba su opción de ser escritora. Trabajó durante casi veinte años en el *New Yorker*, primero como articulista y luego como editora. Ha cultivado la narrativa de ficción, las memorias y el ensayo. Con *At the Bottom of the River*, su primera colección de cuentos (1983), ganó el Premio Morton Dauwen Zabel. Entre sus varias novelas está *La autobiografía de mi madre* (1997), con la que obtuvo el Premio Anisfield – Wolf Book Award y *See Now Then* (2013), ganadora del American Book Award. Fue nominada al Premio Nobel de Literatura en 2020. Es profesora de estudios africanos y afroamericanos en la Universidad de Harvard.

Yessica Chiquillo

Es autora del diario *Libro de hallazgos* (Animal Extinto, 2019). Tiene una maestría en estudios literarios de la UNAL, de donde se graduó con tesis meritoria por su investigación sobre los cuentos de Hebe Uhart. Se desempeña como promotora de lectura, tallerista de escrituras creativas y docente de literatura.

Una pequeña hoguera

João Paulo Borges Coelho

Traducción del portugués de Mariana Serrano Zalamea



La oscuridad se apodera de los patios de la calle 513.2 en estos días de luna nueva. En el número 7, ese que un día el secretario Filimone quiso ocupar sin lograrlo, es escasa la franja de luz que se podría aprovechar de los vecinos: del lado izquierdo, la casa del señor Costa, casi siempre vacía desde que la esposa del susodicho partió; del lado derecho —antes un terreno baldío donde crecían matorrales, hoy exproyecto de refugio, hueco profundo y anegado que alimenta las pesadillas del secretario Filimone— más oscuridad. De esta manera, allí dependen por entero de la luz que esparce la pequeña hoguera de la parte de atrás. Y solo es una claridad puntual la que ilumina la barbilla, el labio superior, las fosas nasales y las cejas de Judite, dándole un aire fantasmagórico a su silencio. A su casi inmovilidad.

Está agachada, de rodillas en el suelo, las chancletas de caucho allí cerca, cada una a un lado, y revuelve con un palo la olla de la *uswa*¹ con gestos lentos y mecánicos. ¿En qué piensa Judite mientras hace uno más de esos movimientos circulares que ayudan a cocinar la masa? Lo que quiera que sea, no parece definitivo porque tan pronto termina uno inicia el movimiento siguiente, igual en todo, en un silencio solo perturbado por el graznido ocasio-

¹ Del glosario del autor, papa gruesa de harina de maíz.

nal de un búho, por el paso invisible de los murciélagos que parten hacia sus deambulaciones nocturnas, por el burbujeo profundo de la masa que hierve en la olla. De vez en cuando, ¡plop!, se revienta otra burbuja que suelta al aire el olor que guardaba y deja en la superficie de la masa agujeros circulares, como si fueran parte de la piel de la luna que hoy se ausenta. El olor que se desprende de esta manera es fuerte y acre, atrayente para quien ya se habituó y se encariñó con él, desagradable para la pareja Pestana que observa la escena desde la oscuridad del balcón, ahí arriba.

Pero estamos hablando de los primeros, de la familia para quienes están destinados los trabajos de Judite.

—Maninho, llama al papá, y a la Cindinha. Vamos a comer —dice la mujer.

Maninho, hambriento, desaparece en su carrera hecha de pasitos cortos y penetra en los oscuros laberintos de los escombros de adentro. El padre y la hermana no pueden estar lejos. Hay una oscuridad leve que aprendemos a conocer porque penetramos en ella con frecuencia, y la oscuridad más profunda que no exploramos, por miedo o cualquier otra razón. Maninho entra sin dudar en la primera, apoyándose en las manos para descubrir parte del camino que los ojos no logran ver. Lo hace con la seguridad que le confiere la repetición.

La casa, enorme, sobre todo para ellos que vienen de donde vienen, al final es pequeña por también ser pequeños los caminos frecuentados, los espacios que utilizan. No les interesan los otros, son caprichos de quien la construyó y habitó antes, y ni siquiera se les ocurre hacer conje-



turas sobre ellos. Además, son caprichos destruidos por la ira de un doctor Pestana al que no llegaron a conocer.

Cindinha sale pronto de la oscuridad y responde al llamado de Maninho para que los cuatro se reúnan en torno de la olla. Tito Nharreluga llega más despacio, mientras que la mujer y los hijos esperan, pacientes, que la comida pueda comenzar. Llega con gestos lánguidos, casi de un adolescente, tanto así que Judite, en las sombras movilizadas de ese diálogo entre la hoguera y la noche oscura, pasaría más fácilmente por ser su madre que por la esposa que es en realidad. Mientras evita mirarlo a los ojos, Judite abre un espacio para el andar contoneante de su marido; lo hace porque sabe de la enemistad entre Tito y la hoguera. La hoguera que Judite sopla todos los días, inclinada, en la que procura avivar las pequeñas ramas que se retuercen debajo de la olla abollada y tiznada, y solo le da tregua a ese afán cuando el fuego irrumpe en pequeñísimas lenguas laboriosas.

Nharreluga evita esos momentos porque lo incomoda la omnipresente hoguera. Lo persiguió durante toda la vida, estuvo siempre en su centro. «¡Tito, ve a buscar leña!», le dijo la madre desde que aprendió a andar y a entender. Y siempre siguió diciéndolo, durante todos los días de su infancia. «¡Tito, ve a buscar leña!», y las veces que ya estaba de salida, ella también se aprestaba a decírselo. Cuando dejó la casa de los padres, camino a la ciudad,



creyó que además de liberarse del resto también se liberaría de esa frase, de esa maldita hoguera —incluso tal vez esa haya sido la razón de su urgencia en partir—. Y, sin embargo, ella está aquí de nuevo, todos los días, forzando los mismos gestos. Insaciable. ¡Cuántos árboles, cuántos matorrales consume la pequeña hoguera de cada uno en el transcurso de nuestra existencia! Cuántas sombras deshace ella, sombras concretas y frescas que transforma en ceniza fina y fría. Pasar la noche en una suspensión tibia de su voracidad para avivarse en la mañana, soltar una espiral de humo, levantarse y recomenzar el pequeño ciclo de todos los días. ¡Pequeño animal maldito, voraz y disimulado! Pequeño animal maldito que le atormenta la existencia, le hace ver que su vida no sale del mismo lugar. ¡Prometer tanto para después transformarse en el vacío de aquella ceniza!

Judite sabe de esa aversión del marido desde la época en que todavía sonreían por las pequeñas impresiones de cada uno, y por eso nunca le pide que traiga leña para la hoguera. A veces ella la busca, pero sobre todo le pide a Maninho que lo haga por ella. Y el niño sale a correr por la playa, todavía sin edad para enfadarse por las repeticiones. Escarba debajo de las casuarinas, aleja los cuervos con gestos agitados, riéndose de la indignación ronca de las aves. Junta los palitos que sus pequeñísimas manos pueden transportar y, cuando el minúsculo fardo está amontonado, gigantesco para su cuerpo que apenas acaba de comenzar a crecer, lo arrastra diligente por la calle, dejando allí un rastro que es el registro de todo ese esfuerzo hecho de curvas e indecisiones que muestran cuánto le costó encontrar el norte de su casa. Un registro que va desapareciendo cuando la brisa ligera de la tarde comienza a borrarlo para que, en la página tendida que es la calle 513.2, puedan ser escritos otros registros, desde las huellas de los pies de los trabajadores que regresan de sus quehaceres hasta los surcos de las ruedas de los automóviles que pasan.



* * *

Apoyado en el parapeto del balcón, el doctor Pestana contiene la indignación con esfuerzo. Al ver esa familia en el patio que fuera suyo —aunque sea allí y no en la sala— se estremece y una ira fina se le sube a la cabeza.

—¡Usurpadores! —masculla.

Doña Aurora, la esposa, se contiene más. También se impresiona con la escena, ciertamente, pero entremezcla esa impresión con cierta pena, sobre todo por los niños que sabe que están hambrientos hace horas sin emitir ni una queja. Solo tienen ese aire serio, esos ojos bien abiertos de quien vigila los preparativos culinarios con toda atención. Esa disposición de correr adentro en busca de un puñadito de sal, cuando les piden, de regresar corriendo con cuidado para no derramar ningún grano por el camino. Todo eso la entristece, pero sabe que no se lo puede decir al marido abruptamente: hace treinta y tantos años que conoce su temperamento. Por eso intenta apaciguarlo, distrayendo su atención hacia otras direcciones.

—¡Mira el patio! ¡Ahí donde yo tenía los rosales ahora solo se ve el pasto y la tierra desnuda! Al menos las buganvillas de los Costas están vigorosas.

—Sí —dice Pestana, al recordar un pasado onírico en que pasaba las noches encarcelado en una prisión de buganvillas—, aunque necesiten una fuerte poda.

Y después, volviendo a lo suyo:

—¡Me importan un carajo las rosas y las buganvillas, mujer! Mira más bien hacia la sala, allá donde yo tenía los estantes con libros (si es que logras ver alguna cosa en esta oscuridad). ¡Todo desapareció!



—Pero no los puedes culpar a ellos —transige con sigilo doña Aurora—. Bien sabes que cuando llegaron aquí ya quedaba poco de lo que dejamos. ¡En gran parte por culpa tuya, por culpa de esa locura que te dio!

Nuevamente los recuerdos castigan al doctor Pestana. Esta vez, son los recuerdos de un día en que se desvaneció toda la racionalidad que venía construyendo desde hacía años, perturbada por una momentánea locura cuya mención, aún hoy, lo ruborizaría si no fuera porque esta noche es de luna nueva.

Se ve obligado a callarse, mientras rumia algo de culpa. El remordimiento que siente no es un remordimiento general; es más concreto, vinculado a esas víctimas nuevas y particulares que aún no lo eran cuando cometió la locura. Como si hubiera debido prevenirlas. Ahora que puso cierta distancia, casi se avergüenza de lo que hizo. Es cierto que cuando piensa en Filimone todavía siente una justificación plausible, se sonroja, se indigna. Pero cada vez más le parece sin sentido ese crimen del pasado. Así se calla y le pide a la mujer que también se calle para que se diluya la incomodidad que siente.

—Ya vienes tú otra vez con eso. ¡Ya pasó! —dice.

Mientras tanto, doña Aurora casi se entromete, casi interviene cuando Judite le sirve el primer plato a Nharreluga y él comienza a comer con gestos lentos, en silencio; y los niños a la espera. A ella no le parece justo dar prioridad a los adultos y dejar a los niños para el final. No es correcta esa paciencia en los niños. Pero se calma un poco cuando Nharreluga retira un pedazo de pescado del plato, con las manos, y lo pone en la boca de Maninho con un fugaz gesto de ternura. Y desiste por completo de intervenir cuando siente la mano del doctor que se posa en su hombro para que se tranquilice.



La tranquilidad con que Nharreluga mastica la comida no es obra del azar ni fruto de su temperamento. Por el contrario, la elabora todas las tardes, sentado en la duna de la playa, a la sombra de una casuarina. Llega allí casi siempre hirviendo por dentro, sin saber por qué.

Tal vez por la grande y complicada distancia que hay entre sí mismo y sus proyectos. Tal vez porque en vez de lograr vencerla, su desmedida imaginación siempre está urdiendo nuevos detalles de sus sueños, aumentando así esa distancia. Nharreluga se impacienta con las metas cada vez más apartadas y lejanas. Y es aquí, en este lugar, que se distrae. Mira a los cuervos que se deslizan por las laderas del viento, y oye los graznidos roncros que emiten en sus disputas furiosas.

Cuando el sol estaba alto, en otra playa más distante, una inmensa tranquilidad flotaba en el aire. No había sombras, no había sonidos y el mundo parecía inmóvil debido a tal inmensidad del espacio circundante. Algunos bultos dispersos escarbaban aquí y allá con gestos recatados, interesados en la actividad laboriosa de un minúsculo bicho marino, una pequeña almeja que, fatigada, sacaba la lengua amarilla para escavar con ella un agujero en donde esconderse. Atento, el pequeño Tito Nharreluga observaba la burbuja de aire que quedaba atrás, metía el dedo y retiraba del inútil escondrijo esa presa que se uniría a las otras, sacudiéndose en el pequeño saco que llevaba en la cintura. Después, llegaba la ola ancha ya en su final, casi como una espuma inmaterial y muy blanca, y se explayaba como un amplio bo-



rrador que hacía desaparecer los trazos que toda esa actividad había dejado en la arena. Esta quedaba impecablemente lisa para que, sobre su superficie, todo pudiera reescribirse.

¡Un incansable vaivén entre el acontecer y el recomenzar!

En medio de esta cadencia previsible de mareas llenas y vacías, de días que se sucedían —tan previsible que generaba una tranquilidad suprema— fue que el pequeño Tito creció y maduró, y permaneció feliz mientras fue indisociable el vínculo entre los deberes filiales, los juegos curiosos y el sueño. Ir a buscar leña para la hoguera aún era un trabajo que se confundía con el descubrimiento de los nidos aéreos de las aves o de los refugios subterráneos de los cangrejos, con la mecánica del funcionamiento de las cosas y el espanto nuevo que suscitaba cada vez. Obsequiarle a la madre un par de peces variopintos era una tarea que no se dissociaba del placer de verlos cortar la ola transparente, de seguirles el rastro, de adelantarse un pequeño paso, paso que era suficiente para sorprenderlos.

Pero Tito creció y la voz comenzó a cambiar en su garganta, como si otro Tito coexistiera dentro de su pecho y, por momentos, se aprovechara de los descuidos para también emitir sonidos y opiniones. Varias veces, cuando iniciaba una frase que le salía diferente, el muchacho se veía obligado a clarear la garganta para borrar lo dicho, y después recomenzar desde el principio. «Está creciendo, la voz ya no es la misma», decía la madre con cierta tristeza, y llenaba de orgullo al viejo Nharreluga. Pero esa segunda y nueva voz expresaba un pensamiento intruso. Cuando esta prevalecía, Tito ya no se interesaba tanto por esa playa, por esos seres pequeñitos que todos los días lo llamaban hacia juegos silenciosos. Todo le parecía ahora menos inmenso, más condensado, y fue entonces cuando dentro de él comenzó a cocinarse la idea de partir. Tanto, que la distancia entre lo que quería y lo que te-





nía comenzó a crecer de tal forma que hoy son dos estados que ya no se reconocen. Partió. Caminó hacia la ciudad grande en el mismo momento en que la Independencia caminaba también hacia el Sur. Venció las distancias con ella porque la Independencia, a medida que avanzaba, iba derrumbando las barreras de soldados uniformados apostados en la carretera para impedirle el paso. No tropezó, pues, con las varas fálicas de los hombres de uniformes negros que exigían identificaciones minuciosas, como diccionarios enteros, no vio sus perros peludos de ojos brillantes como reflectores y dientes que herían como navajas. Pasó por Xai-Xai y por Manhiça, llegó a los suburbios de Maputo en donde se encontró con Judite como si ella estuviera hacía mucho en su espera. Mujer bastante más vieja, con dos hijos, Cindinha y Maninho, y que le enseñó los secretos de la gran ciudad. Nharreluga, rural e ingenuo, venía en busca de perderse en Lourenço Marques. Judite le enseñó que acá quedaba Maputo y que era necesario que él se encontrara antes a sí mismo. Nharreluga aprendió, y por eso se amaron y se unieron. Pero aquello que tenía y aquello que quería continuaban siendo dos estados enemigos, distantes el uno del otro. De ahí que hoy busque, en esta nueva playa, el secreto de la antigua coexistencia que, en la otra, le traía paz a su alma. Nunca la encuentra del todo, es cierto, pero los atisbos que le permiten estos atardeceres son suficiente motivo para hacerlo regresar todos los días. Son ellos la razón de que su masticación nocturna sea más tranquila.

Al fin los niños también pueden comer. Apartan las espinas con los dedos, se chupan la salsa con avidez mesurada. Todo en silencio, como si fueran unos habitantes clandestinos de esa casa.

* * *

Y casi lo son. Tiempos atrás, Judite escogió esta calle para vender sus *bagias*² al notar que pasaban por ella los trabajadores del barrio de alrededor. Llegaba allí a horas exactas con un cuenco en la cadera, un pequeño paño por encima, que servía, al mismo tiempo, para esconder esas delicias de la curiosidad de las moscas y para aumentar la curiosidad de los hombres.

—¡*Bagias!* ¿Quién quiere *bagias*? ¡*Bagias!*

Se sentaba a la sombra de la acacia de doña Aurora, en frente de la casa abandonada del doctor Pestana, y las vendía una por una, a medida que los hombres pasaban.

—¡*Bagias!* ¿Quién quiere *bagias*? ¡*Bagias!*

Así se volvió popular.

Al principio, no le gustó a Filimone. Al secretario le parecía malo el desorden que las vendedoras le traían a la calle. Quería todo limpio y organizado, que las personas compraran en la tienda como se debía, que la calle sirviera solo como un camino de paso. Pero las *bagias* de Judite eran únicas, crocantes por fuera y tiernas por dentro, coloreadas sabiamente por el verde intenso de la salsa y dejaban en la boca, después de disolverse, el deseo de comerse una más, y otra más. «Pruebe una que esa va por cuenta mía, camarada secretario», le dijo en ese momento, segura de que detrás de la oferta estaba escondida la inversión: nadie que hubiera probado la primera se resistía a comprar la segunda, la tercera, y a llevarse un par más para la casa. Y esa simpatía de la mujer, más el arte demostrado, fueron ablandan-

2 Del glosario del autor, pastel frito, salado, hecho a base de harina de garbanzo u otras harinas.



do al secretario a tal punto que comenzó a extrañar si por algún motivo Judite se ausentaba con su producto.

Mientras masticaba y conversaba, Filimone supo de las dificultades por las que pasaban los Nharrelugas, sin casa en donde vivir, viviendo provisionalmente un poco por todas partes. Y concluyó que eran una buena familia, dispuesta a colaborar, solo que no habían logrado librarse de las dificultades que les había dejado el pasado colonial. Al ver a Judite, veía el retrato de una competente cocinera en el escenario de la casa de los Pestanas. Una cocinera que alegraba esos escombros por cuyas paredes escurría el agua, cuando la había en la tubería; escombros que se oscurecían cuando llegaba la noche.

—¿Quieres esta casa para ti, Judite? —le preguntó un día abruptamente, mientras masticaba.

Elisa, su mujer, había intentado regar la noticia de que era una casa sin solución, poblada por la ira absurda, pero perenne de los antiguos propietarios. («Elisa, ese oscurantismo tuyo aún nos tiene arruinados», le dijo Filimone en ese momento, mientras temía que el racionalismo revolucionario fuera a descubrir allí, en su casa, una señal de la antigua y peligrosa tradición). Y de repente, el secretario le encontraba ahora una utilidad a esa enorme mancha de su currículum. ¿Por qué no?

Y antes de que Judite supiera qué pensar, tomada por sorpresa, prosiguió:

—Llama a tu familia, salten el muro hacia adentro y luego veremos hasta cuándo se pueden quedar.

Claro que era un favor provisional el que les hacía, sin papeles que lo volvieran irrevoca-



ble. De cualquier manera, daba para resolver el problema de los Nharrelugas por un tiempo. Y concluyó bromeando:

—¡La única recompensa que quiero por este favor que te hago es que estés en la puerta todos los días con la bandeja de las *bagias*, para que yo pueda comer cuantas quiera!

Judite, sin caber en sí de lo contenta que estaba, le dijo de inmediato que sí. Pero en seguida lo dudó, al pasarle la idea de que el secretario podría cobrarle más tarde el favor de otras y más viles maneras. Se había habituado a esperar de los otros solo exigencias difíciles de cumplir.

Se lo imaginó llegando un día como de costumbre, probando detenidamente una *bagia* y mirando a su alrededor para ver quién estaba y podría notarlo. Y como no habría nadie a esa hora, masticaría con la boca abierta y diría al mismo tiempo un «¿sabías que eres muy bonita?». Después, le pondría la manota en su muslo, engrasada por el aceite de la *bagia*, haciéndolo relucir aún más. Judite, parada en medio de la bifurcación, no sabría cuál de los dos caminos escoger. Si optaba por el primero, le tiraría a la cara la bandeja con las *bagias* generando algún movimiento en la tranquilidad de la calle y de la tarde. Los residentes se asomarían por la ventana para ver qué era eso, susurrarían juicios negativos, y Judite correría exhausta. Filimone, turbado mientras se arreglaba la ropa, aplazaría para más tarde la respuesta sobre su atrevimiento.

El segundo camino era diferente. Judite sentiría aún esa mano deslizándose por su muslo como una cucaracha grasosa. Dejaría que la recorriera libremente, como si su propio cuerpo ya no fuera solo suyo. Después, acalorado, Filimone le ordenaría que lo siguiera hacia la parte trasera de los escombros de los Pestanas, que ya no serían de los Tembes y que ya casi





eran de los Nharrelugas, en caso de que ella colaborara. El secretario, jadeante por una bronquitis crónica que obtuvo en las minas, rumiaría ruidos sordos como si dentro de él habitaran otros y desconocidos Filimones. Judite se entregaría a las urgencias de él sin participar, deseando tan solo verlas terminadas. Pero de repente, Tito Nharreluga irrumpiría de la nada en los alrededores de la acacia de doña Aurora, oliendo curioso la bandeja abandonada, mirando a sus lados y se estremecería, asaltado por una dolorosa duda. Peligrosa duda. Saltaría el muro con una urgencia diferente, como un silencioso gato, y sorprendería a la pareja clandestina en pleno y miserable acto detrás de las buganvillas de la esposa del señor Costa. Tito Nharreluga perdería el juicio, le aparecería una navaja en la mano y golpearía con ella a uno y al otro alternadamente, de manera irreparable. Filimone, con los

pantalones en las rodillas, la sangre oscura y espesa escurriéndole por la barriga, abriría la boca grasosa espumando una sorpresa que también era una disculpa y una despedida. Y ensayaría una danza grotesca antes de caer de bruces y para siempre. Judite, a su lado, también estaría espantada y herida, los ojos desorbitados y las manos en la boca abierta, sin lograr hacer un gesto ni dar una explicación.

—¿Qué dices, mujer? ¿Quieres o no quieres la casa? —preguntó Filimone, todavía masti-
cando. Intrigado con la expresión de la vendedora de las *bagias*.

—Gracias, camarada secretario —terminó por responder, con más reserva—. Me voy ya a conversar con mi marido.

—Vete, vete. Pero déjame otra *bagia*.

—Puede quedarse con todas —dijo, y envuelve las que sobraban en un pedazo de periódico, antes de coger sus cosas y de partir con prisa por la calle.

* * *

En algún lugar, en la oscuridad, un grillo profiere arengas monótonamente. La comida terminó y Maninho, acurrucado, ya duerme. Nharreluga, quien se vuelve más expansivo con la digestión, resume los esfuerzos del día. Hoy intentó ser chofer de bus (siempre le gustaron los uniformes), pero le dijeron que era necesaria la licencia de conducción, que tomaba mucho tiempo sacarla y costaba mucho.

—¿Por qué no cobrador? —dijo Judite.

Busca ayudar. Los cobradores también visten uniformes.

—Tal vez —Nharreluga no se había acordado de preguntar.

Judite quiere que el diálogo continúe. Y le sugiere temas diferentes que ha venido pensando y madurando. Ella tiene el secreto de las *bagias* y sabe que entre más sea el trabajo (y va a ser mucho, para poder concluir la revolución), los trabajadores tendrán más hambre, hambre de *bagias*. Judite ya se ve a sí misma obligada a aumentar la producción y a transformar la casa que era de Pestana en una fábrica, con algunas ayudantes que cocinen bajo su orientación para poder dar abasto. Y además de producir, también es necesario vender. No solo





a la sombra de la acacia de doña Aurora —que ella nunca abandonará, pues fue allí que encontró la suerte— sino también en muchos otros lugares. Entre ellos, un puesto de ventas en frente de la Presidencia de la República Popular de Mozambique. Ya se imagina allí sentada, y los Mercedes y Volvos pasando veloces con sus sirenas aullando. De repente, el Mercedes más largo se detiene, con un rechinar de neumáticos, frente a su bandeja. En el aire, un olor acre de caucho y gasolina que pierde en el combate con el aroma incomparable de las *bagias*. El camarada presidente sintió una opresión súbita en el estómago: toda esa trabajadera de poner el país en marcha hizo que se olvidara de almorzar. «¿Qué tienes ahí, mujer?», «son *bagias*, camarada presidente». «¡Dame una para probar!». Rápidamente, Judite le ofrece una *bagia* con una enigmática sonrisa en los labios, y sabe con seguridad que él le pedirá otra y otra más, sin poderse contener. Después de haber calmado el estómago y levantando el índice, el camarada presidente retoma su deseo de dar discursos y dice: «¡vean este ejemplo, camaradas ministros!, ¡mozambiqueñas y mozambiqueños, vean este ejemplo! ¡Aquí, en esta bandeja sencilla, es que está nuestra creatividad, la garantía del éxito de la revolución mozambiqueña! ¡Abajo la dependencia de los productos importados! ¡Contemos con nuestras propias fuerzas! ¡Viva la revolución mozambiqueña!», y todos: «¡Viva! ¡Viva!». En seguida, el presidente le ordena al ministro de las Finanzas que arregle las cuentas de las *bagias* que se comió, que la República Popular de Mozambique nunca le queda debiendo nada a nadie. Y Judite, satisfecha, sujeta las ganancias en la punta de la *capulana*.

—Todo eso es muy bonito —rezonga Nharreluga, pues se siente dividido. Mientras es más bonito, mayor es su humillación—. ¿Y yo? ¿Cuál sería mi papel? Tito sería el superintendente de ventas, prosiguió ella, que era sabia en apaciguarlo. Un superintendente con un uniforme todo nuevo, mandado a hacer en la cooperativa de las costureras del barrio. Tito Nharreluga

rumia esa posibilidad durante un momento, en silencio. Sabemos que a nadie le gusta soñar más que a él. Incluso hace poco, cuando Judite hablaba con el camarada presidente, mientras este masticaba las *bagias*, Tito ya iba más adelante y se imaginaba el resto de la conversación.

«¿Tienen hijos?», preguntaba el presidente. «Tenemos dos, Maninho y Cindinha», respondería él. «¡Ministra de Educación, cuadernos y lápices para esos niños!». Y Tito agradecería, por los padres y por los niños.

¡No! Nharreluga no se siente bien con esta perspectiva. Le parece mal que sea la mujer quien abra los horizontes y el hombre detrás quien le siga los pasos. Debería ser al contrario.

—Sueñas demasiado, mujer —dice—. Nada de eso puede salir bien. Mañana voy a continuar buscando empleo.

Judite se queda en silencio. Abdica de su sueño para no indisponer al marido: para ella son más preciados esos momentos de serenidad que el resto, por más de que también aprecie ese resto. Se levanta, empuja a Cindinha con la voz y carga a Maninho hacia adentro. Después de un rato, vuelve a ocupar su lugar cerca de la hoguera, atenta a lo que el marido pueda necesitar. Agita las brasas con un palo y, así, dispersa lo que quedó del sueño.

Y se quedan callados los dos, con los ojos perdidos en el fuego, enrojecidos por su reflejo. Judite está disponible para cualquier rumbo que tome la conversación, si es que vuelve a darse; a Tito lo carcome un vago remordimiento por el silencio que suscitó.

—Mujer, ven y te sientas al pie mío que quiero acariciarte —acaba por decirle.

Judite, obediente, se levanta y se le acerca.



Tito pasea sus manos sobre ella, mientras la hoguera se va apagando.

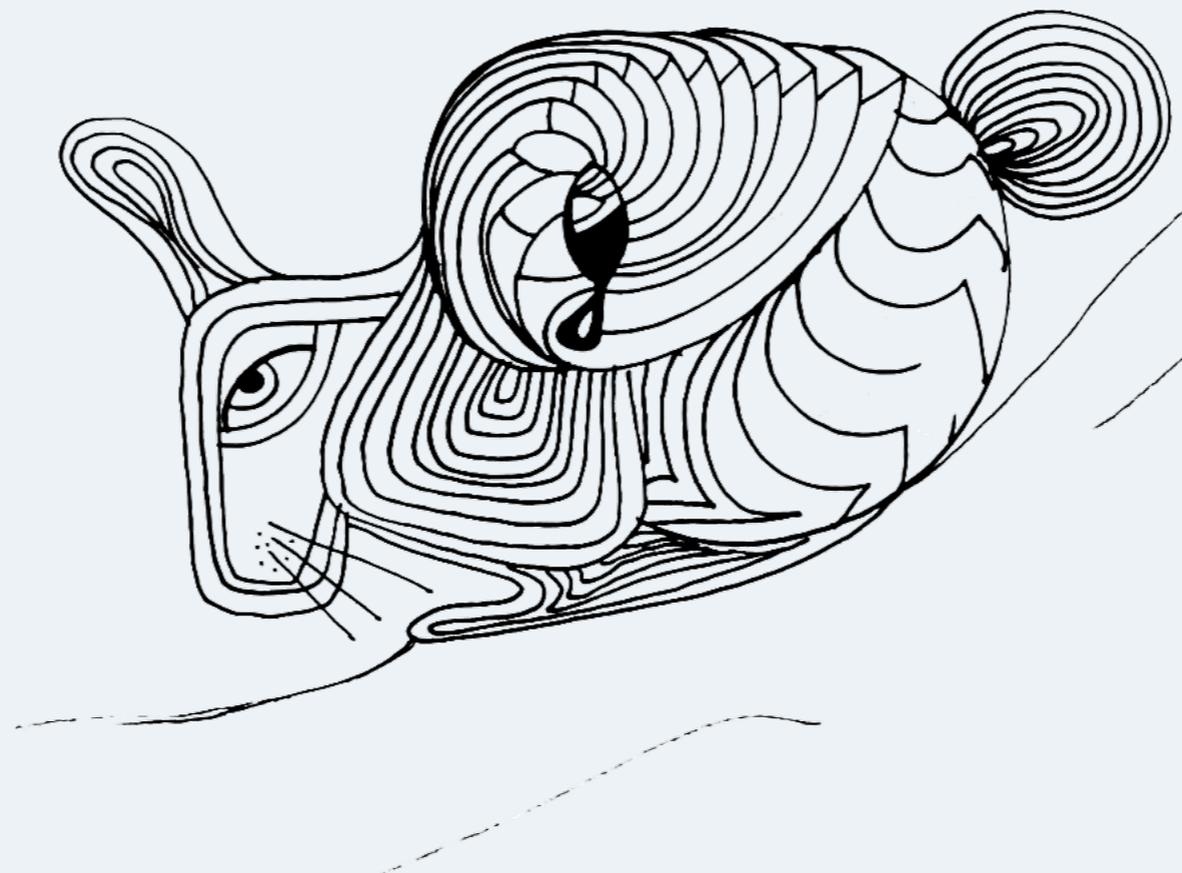
—Aurora, vamos para adentro que se hace tarde —es el doctor Pestana, avergonzado, que menciona que se retiren del balcón. Ahí afuera, los dos se aman sobre la estera, en silencio. El fuego de Nharreluga proviene de las dudas que le ocuparon el día, de las frustraciones.

La mujer le obedece, pero está distante. Tal vez todavía esté prendida del sueño como un globo al que Nharreluga le cortó la pita con su impaciencia, dejándolo suelto en el aire.

Al notarlo, Tito intenta un último gesto para apaciguarla:

—Ahora, para dormir bien, solo me hace falta una de tus *bagias*. ¿Será que sobró alguna?

Judite, calmada, se levanta y va hacia adentro a buscar la *bagia* a la bandeja.



João Paulo Borges Coelho

Nació en Porto en 1955, es nacional de Mozambique y una de las figuras más destacadas del campo intelectual de ese país. Es doctor en historia económica y social de la Universidad de Bradford (Reino Unido). Se desempeña como profesor de historia contemporánea y de África Austral en la Universidad Eduardo Mondlane (Maputo, Mozambique). Sus investigaciones e intereses académicos han gravitado en torno de las guerras y conflictos sociales mozambiqueños del siglo pasado, y los lazos entre poder y memoria en la contemporaneidad. Ha recibido algunos de los más importantes premios literarios de Mozambique y Portugal: el Premio José Craveirinha (2005 y 2006) con *As visitas do Dr. Valdez* y *Crônica da Rua 513.2*; el Premio Leya (2009), con *O olho de Hertzog* y el Premio BCI de Literatura (2018) con *Ponta Gea*.

Mariana Serrano Zalamea

Bogotana. Traductora académica y literaria de portugués e inglés, docente en la Pontificia Universidad Javeriana (Periodismo y literatura y Periodismo de opinión) y de portugués (clases particulares), editora, investigadora independiente y escritora. Dentro de sus publicaciones recientes están *Ulises en un mar de tinta. Obra periodística de Eduardo Zalamea Borda* (Uniandes, 2015), *Quienes también han dejado huella. 29 perfiles* (Uniandes, 2018). Algunas de sus traducciones son: João Paulo Borges Coelho, *Crónica de la calle 513.2*. (Uniandes, Colección Labirinto, 2019). Monteiro Lobato, *Naricita impertinente y la finca del pájaro carpintero amarillo* (Idartes, Libro al Viento, 2019). Angélica Durán Martínez, *Criminales, policías y políticos. Drogas, política y violencia en Colombia y México*, (Uniandes, 2022). Joshua Rosenthal, *La sal y el Estado colombiano. Sociedad local y monopolio regional en Boyacá (1822-1900)* (Editorial Javeriana, 2020). Es politóloga de la Universidad de los Andes, especialista en Creación Narrativa de la Universidad Central de Bogotá, maestra en Historia de la Educación de la Universidad de Campinas, Brasil, y candidata a doctora en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México.



El prestamista y el Ferrari

Daniel Castillo Durante

Traducción del francés de Nidia María Díaz

Pablo de Bold fue a encontrarse con el prestamista en el quinto piso del edificio *art déco* en la esquina de Alcalde Morales y Benito Paz en el distrito de negocios de México. Lo había conocido durante una presentación de la nueva colección de relojes *Ballon Bleu* de Cartier en el hotel Azteca de la capital mexicana. Acompañado de su mujer, Catalina de Avellaneda, simpatizó de inmediato con el usurero.

Era una de esas bromas de la vida que solo el azar podía explicar, pues en principio nada unía a los dos hombres. Mientras que el primero, un aristócrata derrochador, aborrecía cualquier forma de economía, el otro creía ciegamente en el dinero, cuyos efectos de apalancamiento buscaba por todos los medios. Las reglas de las tasas de interés compuestas no tenían ningún secreto para este prestamista privado. Con el paso de los años, el gusto inmoderado de sus contemporáneos por una vida por encima de sus medios le había reportado mucho. Sobrio, escéptico y poco dado a las confianzas, sacaba provecho de una clientela de hombres y mujeres capaces de arruinarse con tal de satisfacer sus necesidades de lujo en una sociedad donde el trampantojo sustituía a la realidad. Difícil, en efecto, para alguien —aun con un excelente salario— presentarse ante su banquero para pedirle un crédito de 350 000 dólares para conseguir un nuevo Ferrari rojo. Pablo de Bold codiciaba ese 458 Spider alimentado por un motor V8 de 4.5 litros de inyección directa y atmosférica desde que estaba a la



cabeza de la lista de una herencia inminente. Su padre sufría de un cáncer de próstata en fase terminal. Su agonía, según el diagnóstico del oncólogo tratante, no debería superar las seis semanas. El tiempo necesario, calculaba, para meterle mano al botín del viejo.

—¿Por qué no esperas al menos a la muerte de tu padre?
—preguntó Catalina con el tono ligero que usaba cuando hablaba de temas serios.

—Por eso mismo, porque necesito un auto extremadamente rápido para hacer el duelo de papá —respondió con una voz suave y apenas irónica que ocultaba bien su apetito exacerbado por el vértigo.



Por otra parte, era ese aire relajado con el que se comunicaban lo que servía de fachada para las numerosas infidelidades de la pareja.

El prestamista lo escuchó en silencio sin dejar de acariciar sus bigotes cuidadosamente encerados a lo Hércules Poirot. Luego le dijo:

—Mira, querido Pablo, una vez no es costumbre, haré una excepción contigo. No te pediré tu residencia principal como garantía de mi préstamo. Mucho menos tu casa de campo en Cuernavaca. Me conformaré con Catalina, tu esposa, en caso de que, cosa poco probable, ¿verdad?, no estés en capacidad de pagarme.



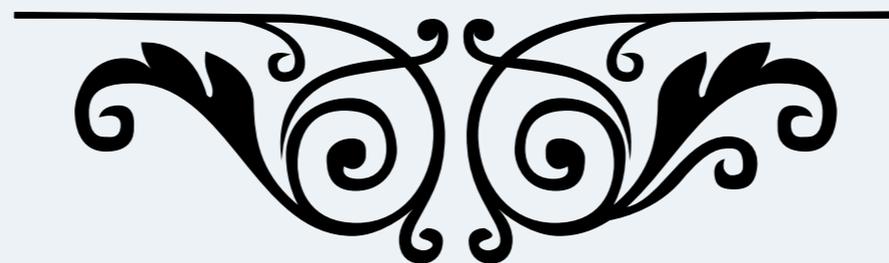
Acostumbrado siempre a conservar la sangre fría, incluso frente a las ideas más extravagantes, el futuro heredero se esforzó por no revelar nada al momento de responder:

—Solo un país totalmente surrealista como el nuestro puede explicar una cláusula contractual de tal naturaleza. Puesto que estoy completamente seguro de poder saldar mi deuda contigo en los plazos estipulados, acepto, no sin expresarte mi asombro, aun mi circunspección, frente a tu petición cuando menos rocambolesca.

Con la ayuda del alcohol, una complicidad hasta ese momento insospechada había permitido establecer el acuerdo de un patriarcalismo inaudito entre los dos hombres que sería rubricado el día siguiente ante notario.

Tres semanas más tarde, en la autopista que conecta Cuernavaca a México, el Ferrari 458 Spider propulsado por un motor V8 de 4.5 litros de inyección directa y atmosférica se estrelló contra un plátano en un viraje en el que bastaba ver la multiplicación de cruces al borde del asfalto para comprender que habría hecho falta pisar suave el pedal. La pareja, muerta en el acto, ni siquiera tuvo tiempo de intercambiar una última mirada.

Al leer la crónica necrológica en una revista *people* de la capital, el prestamista se enteró de que Pablo de Bold dejaba en duelo a una hija de 18 años, fruto de un primer matrimonio con una modelo brasileña. Entonces lamentó amargamente no haber asegurado mejor su préstamo gracias a un conocimiento más profundo de la familia del difunto.





Daniel Castillo Durante

Autor argentino/quebequense y profesor de literatura francesa y comparada en la Universidad de Ottawa. Es autor de artículos, ensayos, novelas, cuentos y microrrelatos que le han valido varios reconocimientos. Entre ellos se destacan el Prix Victor-Barbeau de l'Académie des lettres du Québec, por el ensayo *Du stéréotype à la littérature* (1994); el Prix littéraire Le Droit por *Les Foires du Pacifique* (1998); la Mention d'excellence de la Société des Écrivains francophones d'Amérique, por *Un café dans le Sud* (2007); y el Trillium Book Award, por su novela *La passion des nomades* (2006), y finalista por su colección de microrrelatos *Tango* (2012).

La entrevista

Guy Bélizaire

Traducción del francés de Nidia María Díaz

Había pasado la noche leyendo todo lo que había encontrado sobre la organización, intentando encontrar respuestas a las preguntas que le harían al otro día. Era media noche pasada cuando, cansado, con la cabeza atiborrada y las ideas confusas, decidió irse a la cama.

La noche fue corta y, además, había dormido muy mal, sin contar las pesadillas que habían llenado su sueño agitado. Quería tanto ese puesto. Ya pensaba en la realización de algunos de sus proyectos pues, a fin de cuentas, el salario era atractivo. Nunca había ganado tanta plata en un año. No más fines de mes difíciles, ahora voy a poder planear mi futuro y el de mi familia, pensó. Por rara vez en su vida se sorprendió al invocar a Dios, pidiéndole su ayuda para obtener ese empleo.

Aunque el día anterior ajustó bien la alarma del despertador a las cinco, abrió los ojos una hora tarde y apenas tuvo el tiempo justo para ducharse. Sin siquiera afeitarse, el pelo todavía mojado, salió de su casa a toda velocidad para tomar el metro. El día empezaba mal. Luego de esperar unos buenos diez minutos, se subió a un vagón repleto en el que quedó atascado entre un señor barrigón y el morral de una chica. Para calmarse, se puso a pensar en su mujer y su hijo que todavía dormían y a los que ni siquiera les había dado un beso antes de salir. Su hijo se parecía a él, la misma melena de pelo rubio.



El metro avanzaba, pero le parecía que iba más lento que de costumbre. A ese paso iba a llegar tarde, lo peor que puede pasar cuando uno se presenta a una entrevista. Sintió que el ritmo de su respiración se aceleraba. Le sudaban las manos. Iba a perder su oportunidad, la oportunidad de su vida, el puesto soñado, y sus proyectos se irían al traste.

Consultó su reloj. Solo diez minutos para la entrevista. Salió de prisa del metro y se puso a correr en dirección del edificio donde lo esperaban. Empujó a los peatones, dio codazos

para abrirse camino por donde el gentío era más nutrido. Solo cinco minutos. Sin dejar de correr, atravesó la calle para cruzar las puertas del edificio. El ascensor estaba a unos pasos, pero un hombre negro alto, cuadrado como un jugador de fútbol americano, estaba de pie justo delante de él hablando con una chica bonita. Su estrés estaba al máximo. Por un instante olvidó los buenos modales y empujó al hombre ligeramente, a punto de volcar el café que este sostenía en la mano. Ni siquiera se disculpó, se abalanzó al ascensor, no sin antes lanzarle a regañadientes: «negro de mierda». El ascensor se elevó en el aire y se puso a pensar en lo que acababa de decir. Estaba avergonzado. Era la primera



vez que esa expresión salía de su boca. Por supuesto, como todo el mundo, había hecho bromas de mal gusto sobre los negros, pero nunca había lanzado tales insultos en público. Esperaba de todo corazón que los otros ocupantes del ascensor no lo hubieran oído. Le habría gustado desandar el camino para ir a excusarse, pero eso no era posible, solo le quedaba un minuto para llegar al piso donde lo esperaba el director general. Y además, el otro seguro no había oído nada.

A las 8:30 en punto, estaba frente a la recepcionista que lo recibió amablemente e incluso le ofreció una botella de agua mientras esperaba. Necesitaba el agua. Después de esa carrera, sudaba, tenía calor y su corazón latía muy fuerte, además su estrés se había duplicado. Unos minutos de espera pero muy poco para permitirle calmarse y aún menos para recuperarse. Lo llevaron a la oficina del director general. Nueva espera, que sería breve, le dijeron; su anfitrión tenía un pequeño contratiempo, pero nada grave. Su pulso comenzó a disminuir, recuperó la compostura y estaba casi listo para jugar el gran juego, para responder de forma correcta las preguntas y demostrar sus habilidades. Cerró los ojos, tomó un sorbo de agua y echó la cabeza hacia atrás para tratar de relajarse, aunque solo fuera por unos segundos.

Estaba en esa posición cuando oyó pronunciar su nombre por una voz de hombre. Abrió los ojos de par en par, sintió que los pelos se le paraban en la cabeza, no podía tragar el agua que todavía tenía en la boca, la tenía inusualmente hinchada y su cara se volvió roja con rapidez. En un instante quedó como paralizado mientras que el otro, parado delante de él, tenía la mano extendida y esperaba que se la estrechara. Al ver que no se movía, el hombre le preguntó: «¿Está bien, señor Tremblay?». Quiso responderle, pero todavía en shock,



se olvidó de tragar el agua antes de hablar y al abrir la boca, roció al negro alto, cuadrado como un jugador de futbol americano que permanecía delante de él. Era demasiado, primero quedó sin aire, como si hubiera recibido un golpe en pleno corazón, luego lo agarró un vértigo, perdió el conocimiento y cayó al suelo.



Guy Bélizaire

Nació en Cap-Haïtien (Haití) y vive hace más de cuarenta años en la provincia de Québec. Realizó una licenciatura en ciencias económicas (Université de Montréal) y una maestría en administración pública (ÉNAP). Desarrolló una importante carrera como funcionario público federal, especialmente en el ámbito de la equidad en el empleo. Desde su jubilación, se ha consagrado a su eterna pasión: la literatura. En 2018 publicó una recopilación de nouvelles, *À l'ombre des érables et des palmiers*, finalista del *Prix littéraire des enseignant.e.s de français*. En 2019 publicó su primera novela, titulada *Rue des rêves brisés*.

Nidia María Díaz

Curiosa por otras lenguas-culturas. Sus aprendizajes en traducción literaria le han permitido explorar nuevos mundos para plasmar y compartir emociones de forma creativa. Licenciada en Filología Francesa. Tras cursar el *Diplomado en Traducción de Textos Literarios* del Instituto Caro y Cuervo, se integró a la ACTTI y a su sección Editorial-Literaria en 2018. Ha participado en la traducción colectiva de textos narrativos en los *Talleres de Traducción Literaria* de Mateo Cardona, así como en otros eventos de formación como el *Taller de traducción literaria IDARTES* y la *Escuela de Otoño de Traducción Literaria "Lucila Cordone"*.



Avenida Cyprus

Lucy Caldwell

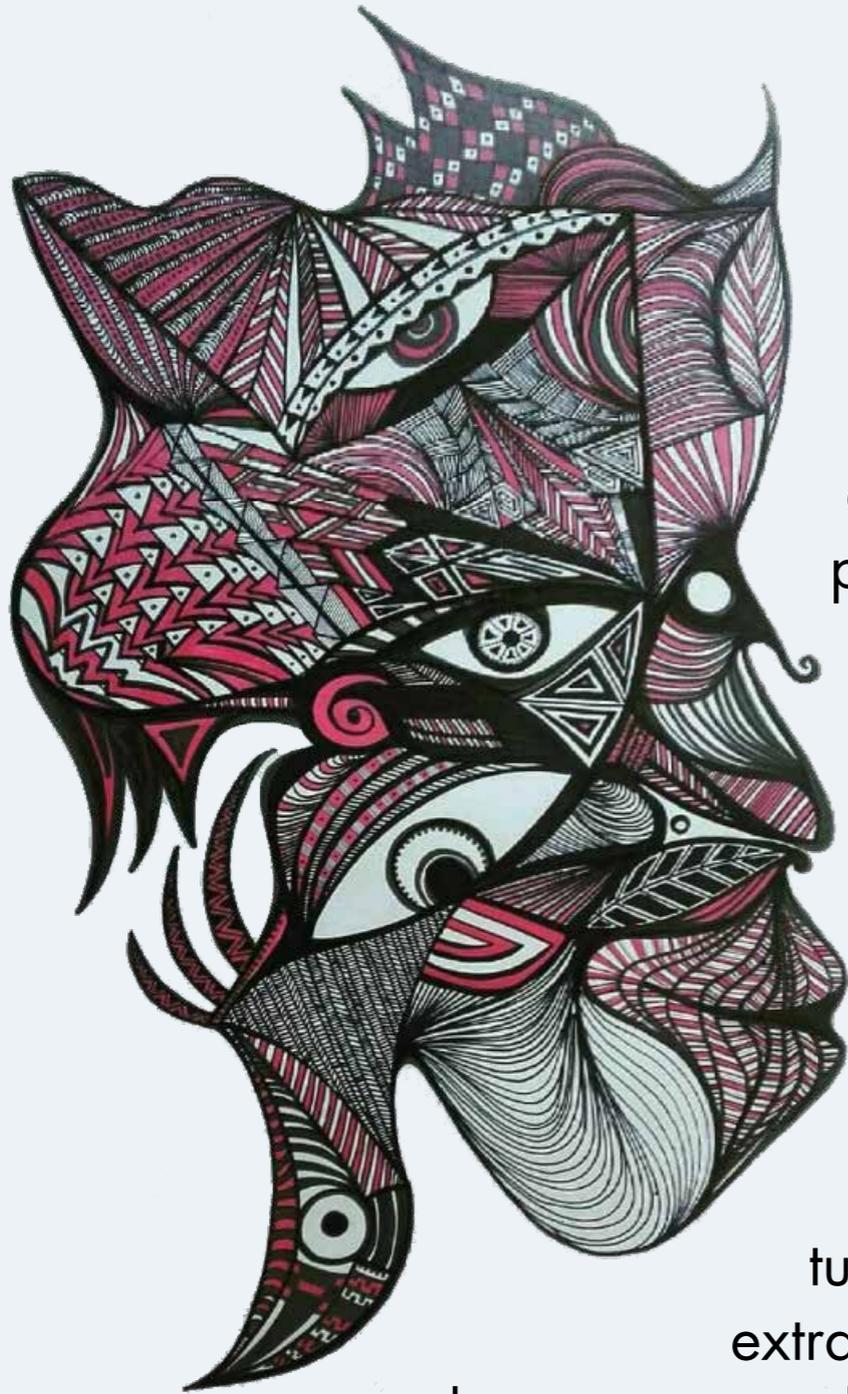
Traducción del inglés de Natasha Besoky



Diciembre siempre fue difícil, pero este año va a ser el diciembre más difícil de todos. Vas a sentir que te esforzás por cargar con el peso de la situación, vas a desear, más que nunca, no darle importancia, solo una vez, solo por un año, y vas a terminar diciéndole a tu mamá por teléfono, No creo que pueda ir a la casa. La última palabra se va a quedar atascada en tu garganta, y vas a escuchar cómo ella la escucha, cómo siente los latidos de tu corazón. Tu mamá se va a aclarar la garganta y no va a decir nada, va a esperar a que le digas, Los vuelos están completamente agotados y Mi jefe...

Pero las excusas que estuviste practicando de manera tan persuasiva en tu cabeza se extinguirán en tus labios. Te la vas a imaginar, de pie en medio del ventoso pasillo con su chaleco acolchado y su bufanda porque incluso con la calefacción central a todo lo que da siente mucho frío últimamente, mientras sostiene el celular con su funda de goma fucsia, la aspiradora, o la ropa sucia, o lo que fuera que estuviera haciendo cuando llamaste y quedaste a merced de ella. Mamá..., le vas a decir, y ella te va a responder, Está bien, entiendo. Y así vas a terminar la llamada diciendo, Ahora me meto a la página, y vas a colgar y putear a tu madre, y te vas a putear a vos misma, y vas a terminar, como siempre, en la sala de embarque un 23 de diciembre, a la espera de que una aerolínea supuestamente económica y eternamente demorada anuncie el abordaje de su vuelo a Belfast.

*



El vuelo a Belfast siempre se relega a un rincón lejano del aeropuerto, un vestigio de cuando era necesario acorralar a sus pasajeros, observarlos. Es un vuelo para personas exiliadas: tal vez haya un puñado de niños ingleses o mitad ingleses que van a visitar a los padres de sus padres norirlandeses para Navidad, pero la mayoría son aquellos que se fueron para siempre, todos vuelven en el último minuto posible; casi todos se sienten culpables, algunos melodramáticos, pocos felices.

Tu vuelo se habrá retrasado por casi tres horas cuando el personal de tierra de la aerolínea, con cara de agobio, vestido con túnicas baratas y gorros de Papá Noel con lucecitas, empiece a entregar cupones para comida y bebida. Hace un tiempo ya que habrás abandonado la lectura de tu libro y te habrás dedicado a estudiar caras, a escuchar. Es extraño lo rápido que tus oídos vuelven a sintonizar todo, cómo, de repente, son las voces inglesas del personal de la aerolínea las que suenan demasiado fuerte y arrogantes, tan seguras de sí mismas y aun así tan fuera de lugar. Vos perdiste tu acento, hace años y a propósito, pero cuando aceptes los cupones vas escuchar que las vocales se tensan y que las inflexiones de tu voz vuelven a aparecer sin que te des cuenta. Una con vos misma, una de nosotros, una de ellos.



Solo hay un bar en esta puerta de embarque y siempre está repleto de gente: pasajeros transpirados y enojados con demasiado equipaje de mano vaciando pintas y grandes copas de vino. Cuando llegues a la barra, vas a terminar apretada contra el joven indio que viste antes parado frente a la ventana que da a la pista de aterrizaje, alto y silencioso, sin moverse, mientras miraba las luces de los aviones sobre el cemento mojado, como si estuviera en un mundo completamente diferente. Perdón, le vas a decir mientras te estampás contra él, y él te va a sonreír y te va a decir, con un acento de Belfast bien marcado, Está bien, no te hagas drama. En un instante, va a notar que te sorprende su acento, y te vas a dar cuenta de que se da cuenta, y él va a sonreír de nuevo, una sonrisa más pequeña esta vez, más tensa.

Disculpe, le dice el barman. Disculpe, señor, ¿qué va a pedir?

Una pinta de Guinness, por favor, le va a decir. A juzgar por la expresión de hartazgo del barman, esta es la centésima vez que el pobre hombre tiene que explicar que los cupones no se pueden canjear por alcohol.

Bueno, si es así, ¿qué podemos pedir? Vas a escuchar que le retrucás al barman, con una pizca de descarro, para sobrecompensar el momento en que, sin darte cuenta, te traicionaste (a vos misma y a ellos, a nosotros). El hombre de Belfast te va a mirar, sorprendido, y después va a sonreír, y luego los dos van a intercambiar una sonrisa mientras el barman enumera las bebidas sin alcohol disponibles y termina con una letanía de papas fritas con sal y vinagre, con queso y cebolla o salteadas; maní pelado marca KP Nuts; y bocaditos de pescado saborizados con panceta. ¡Bocaditos de pescado saborizados con panceta! El hombre de Belfast va a gritar con incredulidad burlona. La última vez que comí eso era un niño. Tomá, quiero



esta cantidad de esos bocaditos, y va a agarrar tus cupones y los de él y se los va a tirar al barman, al que no le da gracia la situación, y los dos van a explotar de la risa.

Ni bien se presenten, te va a invitar un trago. Decí que sí. No, ni siquiera digas que sí, solo no digas que no. Dudá, eso va a ser suficiente.

*

Apoyados sobre la baranda de latón que bordea la barra del bar, vos y Nirupam —ese es su nombre, Nirupam Choudhury— van a brindar y comenzarán la danza habitual de “¿a quién tenemos en común?”. Vas a enterarte de que él creció a unas pocas calles de donde vos vivías, en una de las grandes casas de la avenida Cyprus, y que incluso ambos asistieron, por un corto periodo, a la misma escuela primaria.

De pronto, surgirá un recuerdo: el flaco y tímido niño pakistaní y las dos gordas hermanas chinocas subiendo al escenario para celebrar el Año Nuevo chino, y vas a sentir cómo te morís de vergüenza por él, por la escuela, por esas palabras, y él va a ver todo eso en tu cara y volverá a sonreír con esa sonrisa tensa y triste y va a decir, Sí, ese era yo.

Lo lamento, vas a decir, y él va a tomar un sorbo de la pinta y después va a decir, No te preocupes.

En el breve silencio que viene a continuación, te darás cuenta de que él te llevaba tres años, y se te va a escapar preguntarle, ¿No te acordás de mi hermana? Janey, vas a decir. Su nombre era Janey.



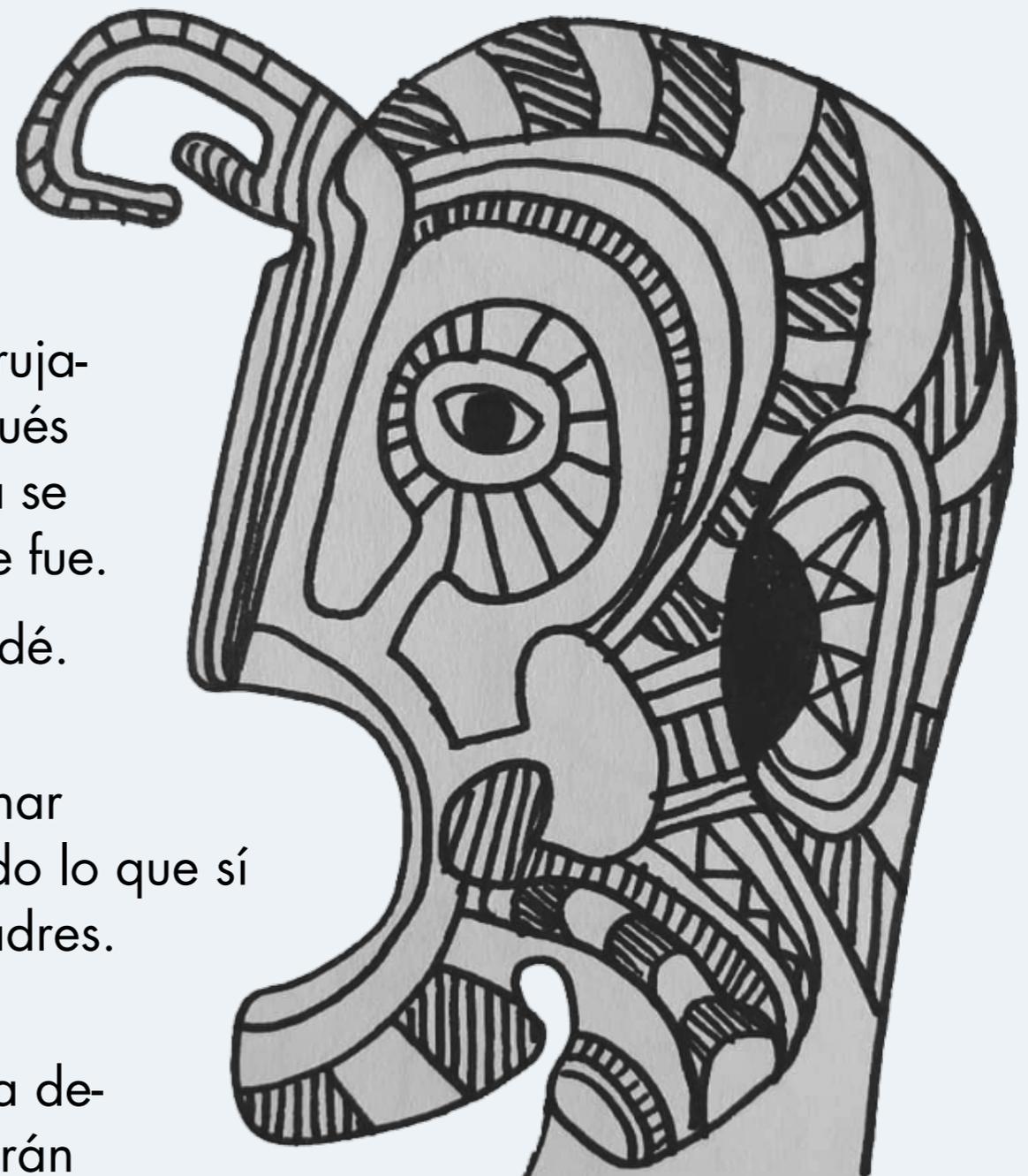
Él va a empezar a negar con la cabeza, después va a parar, notará que usaste el tiempo pasado, y va a decir, ¿No es la Jane que murió en cuarto grado? Y entonces será su turno de decir, Lo lamento, y vos, como siempre, vas a decir, Está bien, y después vas a decir, Tenía seis años cuando Janey murió, ni siquiera yo me acuerdo de ella, la verdad.

Él va a mirar para otro lado y va a decir, Mi papá y mi hermana menor murieron en un accidente automovilístico al año siguiente, y con un sobresalto te vas a dar cuenta de que esto también suena vagamente familiar. Una asamblea especial, tal vez, como la que hicieron por Janey, y toda la clase firmando una tarjeta. Mi papá era cirujano, va a decir Nirupam, en el Royal Victoria, y después de su muerte yo tenía la esperanza de que mi mamá se mudara, que volviéramos a Inglaterra, pero nunca se fue.

Va a terminar su pinta y va a decir, Yo sí me mudé. Me mudé tan pronto como pude.

Yo también, vas a decir, y entonces vas a escuchar que decís, No tengo ningún recuerdo de Janey. Todo lo que sí recuerdo viene de fotos. Fotos e historias de mis padres. No hay nada propio.

Una vez me dio su paquete de papas fritas, va a decir él. Nunca me olvidé de eso. Sus ojos se iluminarán



con el recuerdo. Nadie quería sentarse conmigo o hablarme en el patio, pero ella sí lo hizo y compartió su paquete de papas fritas.

Qué bueno, vas a decir, mientras intentás fingir entusiasmo, porque no pudo haber sido Janey. Tu mamá trabajaba en lo de un nutricionista, y nunca le hubiera dado a ninguna de las dos papas fritas para el recreo. Pero vas a pensar que no vale la pena mencionar ese detalle y, además, no vas a querer arruinar el momento.

*

Vas a pedir otra ronda, y los dos se van a quedar hablando hasta que finalmente anuncien el vuelo, con más de cuatro horas de retraso para ese entonces, y en el amontonamiento de gente en el embarque van a arreglárselas para sentarse juntos, y van a seguir hablando todo el viaje hacia Belfast, y todo el tiempo que tengan que esperar el equipaje y todo el camino hasta la salida.

Cuando camines por la gastada alfombra cuyos mensajes de «Bienvenidos a Belfast» tejidos en cuatro o cinco idiomas siempre te resultaron cansadores, poco entusiastas o irónicos, Nirupam va a proclamar con un acento ridículo, ¡Wilkommen an Belfast!, y se sentirá como si nunca hubiera existido un chiste mejor que ese, y los dos se van a reír y vos vas a terminar llorando. Ey, va a decir él, y te va a tocar el brazo. Tranquila, no pasa nada.

Sí, ya sé, vas a decir, mientras te sonás la nariz. Perdón. Mirá cómo estoy. Es solo que... bueno, vos sabés.



Sí, ya sé, va a decir él.

Habrán hablado de este tipo de cuestiones. Le habrás contado que siempre te sentiste sola. Le habrás contado cómo explicaron en la escuela dominical que las personas que habíamos perdido velaban por nosotros, y cómo se suponía que aquellas palabras te consolaran, pero en cambio te causaban terror, la idea de que Janey estaba sobre tu hombro y seguía cada uno de tus pasos, conocía cada uno de tus pensamientos. Le habrás contado que durante mucho tiempo no sabías dónde terminaba ella y empezabas vos. Solo te empezaron a gustar los libros gracias a Janey. Ella tenía cientos de libros porque había pasado tanto tiempo enferma en la cama sin nada más que hacer que leer, y los heredaste todos, y al principio leíste por culpa, y después leíste por soledad, y después leíste porque se había vuelto un hábito. Ahora sos una asistente en una pequeña editorial, y sabés que tus padres se preguntan, aunque nunca lo dirían, si eso es lo que habría hecho Janey.

Él te habrá contado cómo también intentó compensar a su madre por la pérdida de su padre y su hermana: su padre, el mejor cirujano, su hermana, que no había tenido la oportunidad de ser o hacer nada y que, por esa razón, lo era todo para su madre. No pudo hacerlo: abandonó la facultad de medicina cuando cursaba el tercer año, le llevó casi un año armarse de valor y decirle a su madre que había dejado de estudiar. Ahora es un periodista deportivo, y ella está demasiado orgullosa de él, recorta sus artículos del diario y los pega en un álbum, compra varias copias para mostrárselas a sus amigas y así evitar que los originales se arruinen. También te habrá contado, con un poco de vergüenza, sobre el libro que está escribiendo en su tiempo libre, un libro sobre un joven de Delhi que creció en Belfast y anda en bicicleta por la avenida Cyprus. De repente, habrás recordado una época en la que pen-



saban que Janey estaba mejor y tus padres les compraron a las dos bicicletas nuevas y se pasaron toda la tarde andando en esas bicis hasta que se hizo de noche y vos te quedaste mirando cómo tu hermana mayor te adelantaba y cambiaba de dirección bruscamente mientras entraba y salía de la fila de árboles de la avenida Cyprus.

Entonces te vas a dar cuenta de que no la olvidaste del todo: ella todavía está ahí, en tu interior, ese algo de ella que todavía es tuyo y solo tuyo, y ahora que Nirupam lo trajo de vuelta, nadie podrá quitarte el recuerdo, y sabés cómo recordarla, y es por eso que también vas a reírte y a llorar en la tonta alfombra gastada.

*

Sin pensarlo, mientras cruzan las puertas de vidrio corredizas de la zona de arribos hacia la noche helada, vas a invitar a Nirupam Choudhury y a su madre a la casa de tus padres para tomar vino caliente al día siguiente, en Nochebuena. Ni bien lo invites, te vas a preguntar si cometiste un error, y qué van a decir tus padres, o si Nirupam y su madre van a venir o no. Pero cuando le digas a tus padres que los invitaste, te vas a enterar de que tu madre recuerda a Anjali Choudhury: ambas solían ir al mismo



grupo de madres y bebés en el salón de la Iglesia Presbiteriana de Bloomfield. Pensar que..., va a decir, con un brillo en los ojos que no les has visto en años. Pensar que eso fue cuando nuestra Janey y él eran unos bebés.

En Nochebuena, tu padre va a encender la chimenea en la sala de estar, y los cinco se van a sentar alrededor a tomar vino caliente y comer los pastelitos de fruta que horneó la señora Choudhury. Van hablar de Janey, por supuesto, y también del señor Choudhury y de Nisha. Pero también van a hablar de otras cosas, de Londres, de libros, y de cómo está cambiando Belfast.

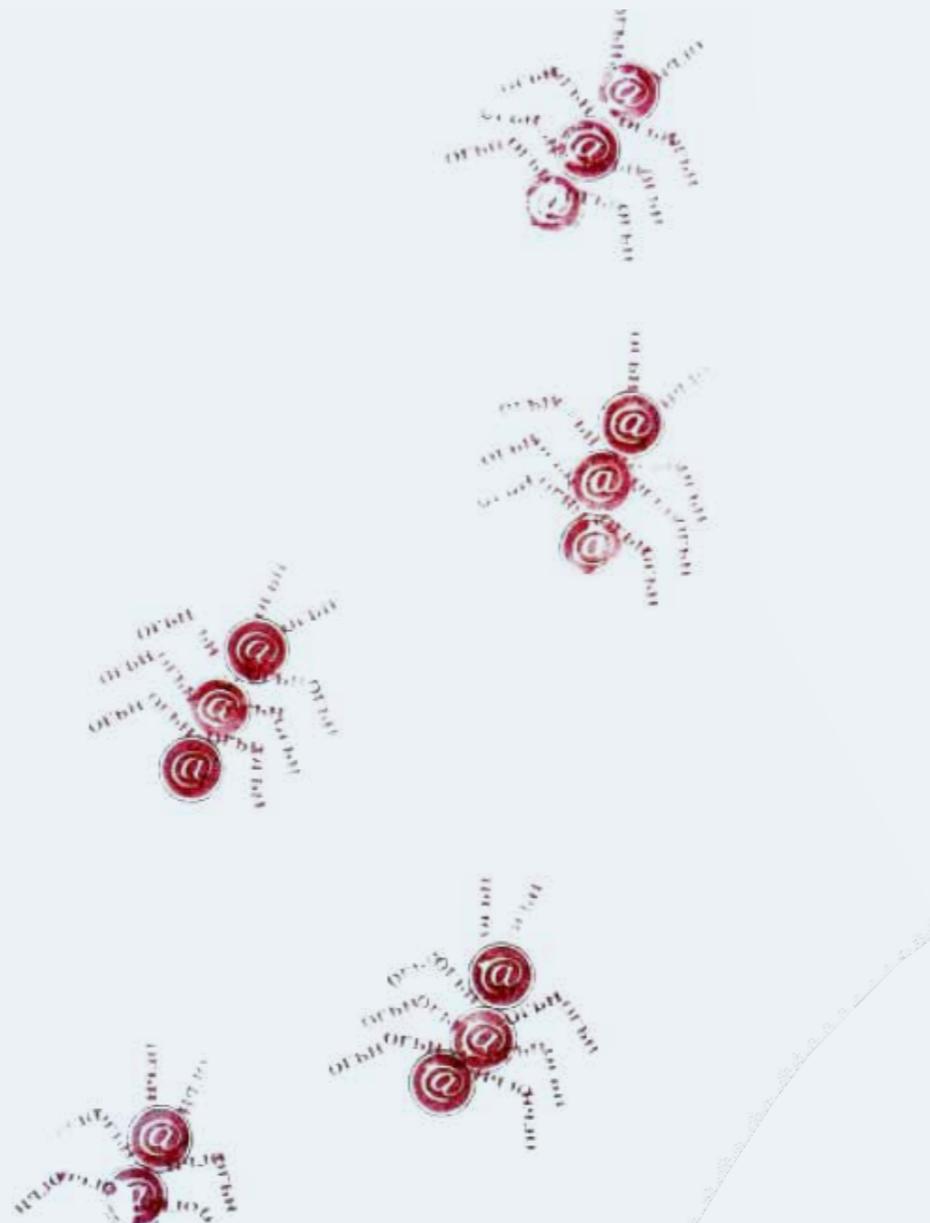
Vas a sentir vergüenza cuando empiecen a hablar de Belfast. Nirupam es más responsable que vos y vuelve muy seguido. Vos volvés una vez al año, para celebrar Navidad y el Boxing Day —el día de Janey— de un tirón, y luego volvés a Londres dos días después, el veintisiete. Pero ahora, por primera vez en tu vida, vas a dejar que tu mente imagine algo distinto, que tal vez vas a volver dentro de unos meses, cuando los días empiecen a alargarse. Vas a caminar por la avenida Cyprus y por todas las calles en las que solías jugar: la avenida Sandford y la avenida Sunbury y la avenida Evelyn y la calle Kirkliston, y tal vez sigas caminando a lo largo de la calle Upper Newtonards y la calle Albertbridge y te detengas en el mismísimo Puente Albert, por desagradable que sea, el tráfico, el centro recreativo destartalado, la estación de tren, para mirar los estorninos que se amontonan y revolotean sobre el este de la ciudad por las tardes.

En ese momento, Nirupam te va a mirar, como si hubiera estado leyendo tus pensamientos.



*

La Navidad va ser tranquila, como siempre, pero este año va a ser una especie de tranquilidad apacible, y por una vez no vas a sentirte ridícula, ustedes tres sentados en el frío comedor con sombreros de papel mientras tu padre corta el pavo y tu madre sirve los vegetales y vos alternás intervalos de silencio con comentarios efusivos sobre cosas tontas e intrascendentes.





Lucy Caldwell

Nació en Belfast en 1981. Dramaturga y novelista. Fue ganadora en 2021 del BBC National Short Story Award. Se destacan *Matando el tiempo* e *Intimidades*. Muchas de sus creaciones aún están por traducir.

Natasha Besoky

Nació en Zapala, Patagonia argentina, en 1994. Es traductora pública en idioma inglés por la Universidad Nacional del Comahue (UNCo). Actualmente se desempeña como traductora independiente y cursa la Especialización en Traducción Literaria en la UBA. En 2021 fue seleccionada por la AATI para formar parte del equipo de traducción que desarrolló el catálogo bilingüe de Argentina Key Titles, un proyecto que busca promover la publicación de libros argentinos en otros idiomas. En sus tiempos libres, traduce y escribe poesía.

Salomé era bailarina

Margaret Atwood

Traducción del inglés de Daniela Arias



Salomé fue tras el profesor de Religión. Fue muy cruel de su parte, él no le daba la talla en absoluto, sin más instinto de conservación que un calabacín, siempre con el sonsonete sobre la moral y esas cosas, pero les metía el dedo a las toronjas en el supermercado de una manera asquerosa, una toronja en cada mano, se quedaba ahí, de pie, prácticamente babeando, uno de esos hombres demacrados que caería de rodillas si una mujer se fijara en él en serio, pero hasta ahora ninguna lo había hecho. Como decía, fue muy cruel de su parte, pero él la había reprobado en su examen trimestral y ella estaba bajo presión en casa, en sus palabras, querían que rindiera, entonces supongo que pensó que ese sería un atajo.

En fin, con una madre como la suya, ¿qué se podía esperar? Divorciada, casada de nuevo, los brazos llenos de pulseras y pestañas postizas así de largas, y cansona como nadie. Comenzó a inscribir a Salomé en esos reinados de cuquitos con volantes desde los cinco, clases de tap, todo eso, embadurnaban a esas pobres chinitas con maquillaje y les enseñaban a menear la colita, qué espectáculo. Y además su padrastro dirigía el banco más importante de la ciudad, entonces supongo que ella pensaba que siempre podía salirse con la suya. No me sorprendería que también hubiera algo de toque toque por ese lado, la manera como le hacía ojitos y lo engatusaba, daba asco ver cómo se le restregaba y hacía ruiditos, él le había prometido un Porsche cuando cumpliera dieciséis.

Hizo de Campanita en la obra escolar a los doce, claro que me acuerdo. Solo llevaba encima siete capas de gasa, se suponía que debía usar una trusa debajo, pero ve tú a saber si la tenía. Y todos esos papás cuarentones sentados con las piernas cruzadas. Ay, ¡ella sabía lo que hacía!

En fin, cuando le pusieron esa pésima nota en Religión comenzó a trabajarse al tipo, quién sabe cómo empezó, pero cuando los pillaron en el depósito, ella estaba sin blusa. El profesor le gruñía al brasier, estaba encartado con los broches, o eso dicen, qué risa. Si uno quiere lo que hay en el regalo al menos hay que saber quitar el moño, digo yo. En fin, tremendo escándalo, y luego se puso a hablar pestes de ella, dijo que era una putita y que lo había incitado, le lanzó indirectazos a la madre de gratis. Todos le creyeron, por supuesto, pero con Salomé se sabía que, si iba a rodar la cabeza de alguien, no sería la suya. Acusó al pobre imbécil de abuso sexual, y como técnicamente ella era menor de edad —y por supuesto su padrastro banquero movió sus influencias— logró que calara. La última vez que lo vieron, el tipo estaba pidiendo limosna en las estaciones del metro, allá en Toronto, con barba, se parece a Jesús, loco como un chinche. Perdió la cabeza por completo.

Salomé tampoco terminó bien. Se presentó a la escuela de ballet, pensaba que la danza moderna sería lo suyo, mostrar mucha piel, enfocar la mente en la pelvis, descalza, lanzándose de un lado a otro, pero no la admitieron. Se fue de la casa después una especie de agarrón entre la mamá y el padrastro, gritos a medianoche sobre la Señorita princesa y sus andanzas, volaron muebles. Después le dio por hacer striptease en bares, apuesto que solo para fastidiarlos. La atacaron en su camerino una noche, justo antes del espectáculo, qué mal por la administración, le reventaron la cabeza con un florero, solo llevaba un bikini de cuero



negro en macramé y ese collar de castigo con tachas que excitaba a los clientes, no es que me conste. Vieron a dos tipos salir corriendo por la puerta de artistas vestidos de bicimensajeros, en todo caso una especie de uniforme, aunque nunca los agarraron. Según un rumor eran matones contratados por el padrastro, poseído por los celos. Los tipos se ponen así cuando se les cae el pelo. Todo fue culpa de la madre, si me preguntan.



Margaret Atwood

Nació en Ottawa en 1939. Es una poeta, novelista, crítica literaria, profesora y activista política y ambientalista canadiense. Empezó a escribir a los 16 años; se graduó como licenciada en filología inglesa en la Universidad Victoria de Toronto y luego cursó una maestría en la Universidad de Harvard. Su poesía inicial (*Double Persephone*) se inclina a los mitos y los arquetipos. Con este libro obtuvo la Medalla E.J. Pratt. Ha sido profesora en las universidades de Columbia Británica, Sir George Williams de Montreal, Alberta y Nueva York. Es una escritora que ha explorado diversos géneros: novela, ensayo, relato y poesía, así como guiones para televisión. Se describe como escritora feminista. Su obra es muy vasta. En el año 2000, publicó *El asesino ciego*, con el que ganó el *Premio Booker* y el *Premio Hammett*.

Daniela Arias

Profesional en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia, con estudios de maestría en Teoría e Historia del Cine de la Universidad Estatal Rusa para las Humanidades. Miembro de la Asociación Colombiana de Traductores, Terminólogos e Intérpretes (ACTTI). Trabaja como traductora audiovisual. Ha traducido textos especializados del italiano al español y textos literarios del inglés y del ruso al español.



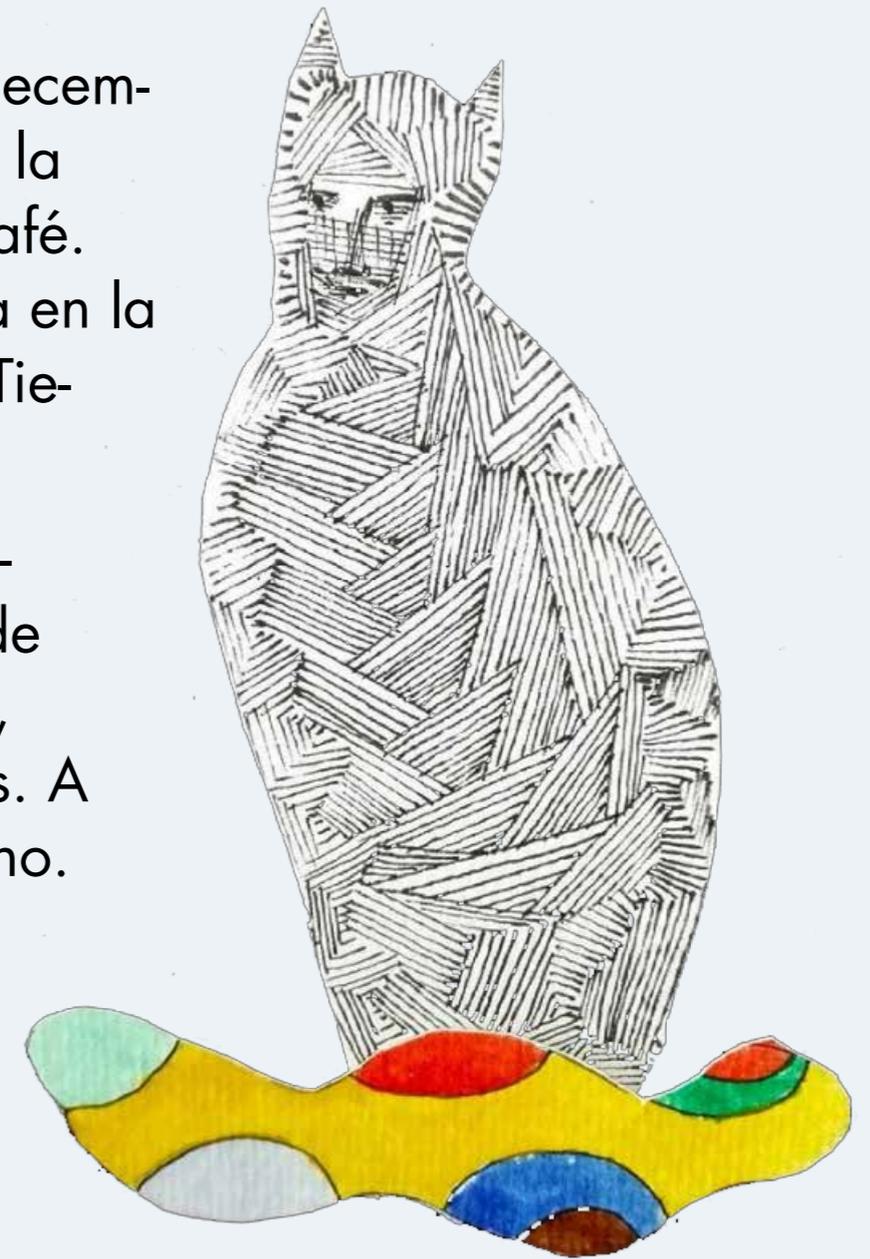
La cena de Navidad

Hélène Rioux

Traducción del francés de Roberto Rueda Monreal

Ha pensado en algo. Este año, por aquello de las fiestas decembrinas, a ella le han entrado ganas de invitar gente para la cena de Navidad. Él deja su portafolios sobre la mesa para café. Viene llegando de la oficina. Él le dice que sí, que es una idea en la que bien vale la pena reflexionar. Veinticuatro de noviembre. Tienen un mes entero para organizar todo eso.

Al día siguiente, él le dice que habló con Perron y que, justamente, ellos no tienen nada contemplado para las vísperas de Navidad. «Nosotros podríamos preparar una rica cena ligera, un menú sencillo y refinado a la vez, salmón escalfado, quizás. A la mantequilla blanca o a la acedera. Los Perron traerían el vino. ¿Qué dices, mi muñequita?». Ella le hace muecas. «¿Qué ya no te acuerdas la última vez que ese idiota se tomó todo mi vodka?», le dice. Él se sorprende: ella no acostumbra a mostrarse rencorosa. Todos sus amigos la admiran por su corazón de oro y están de acuerdo en reconocer que la gene-



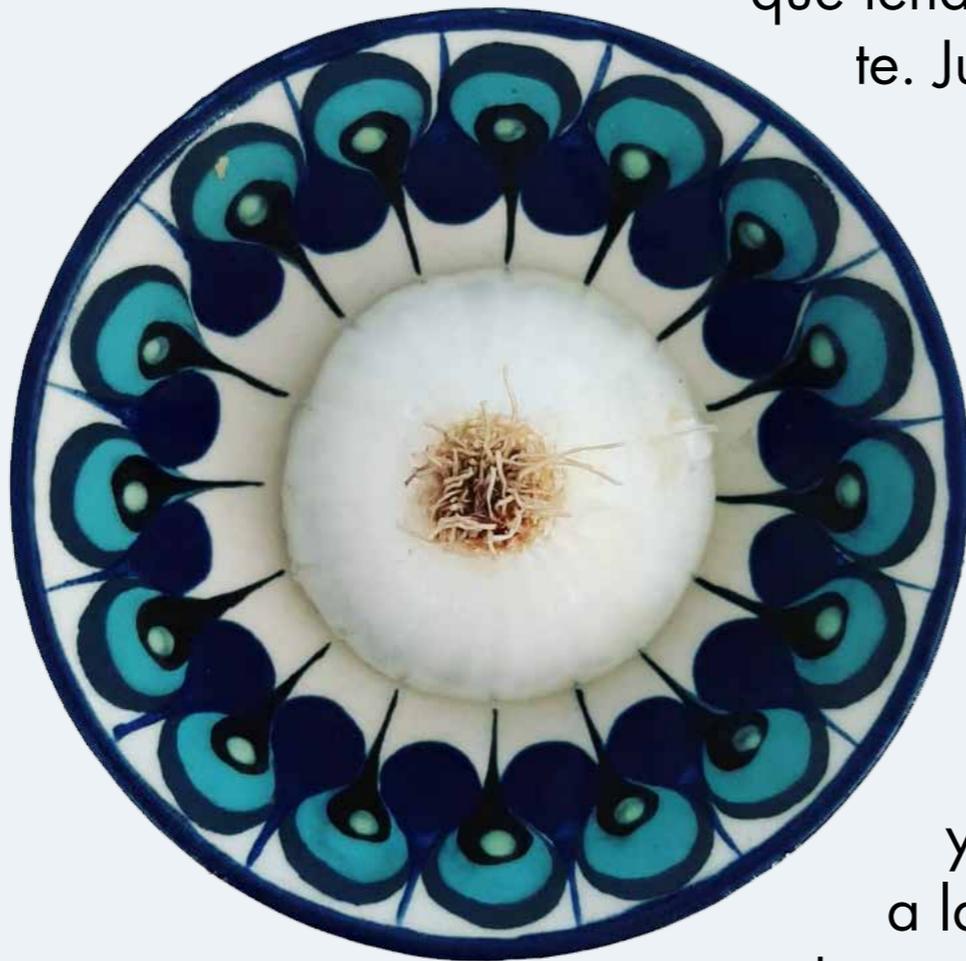


rosidad es una de sus más grandes cualidades. Entonces, ¿por qué darle importancia al desafortunado suceso de la botella de vodka! El incidente tuvo lugar ya hace meses. Ella explica que tenía previsto algo más ligero aún, casi *light*. Quería comprar serpentinas, poner música exótica, salsa, merengue. Así que, una noche con los Perron no era precisamente la idea que tenía de una fiesta, resume ella. Son tan aburridos como la lluvia. Y, hasta eso, la lluvia, a veces, puede tener algo de reconfortante. En especial los domingos, en otoño, con un gato ronroneando en la esquina de la chimenea. Él considera más diplomático ignorar esa alusión. «Y lo que más me horroriza es que ustedes, los hombres, siempre terminan hablando de la chamba», retoma ella. «Y yo con... ¿cómo dices que se llama?... ¡Ah, sí!, con Carole, con la que no tengo nada que ver; tú tuviste que haberte dado cuenta perfectamente de eso. En cuanto intercambiamos nuestras recetas de cocina, se nos agotaron todos los temas de conversación». El proyecto yace en la cuerda floja.

El 3 de diciembre, ella vuelve a la carga. Desea absolutamente una cena de Navidad, no ceja en ello. Quiere invitar a todo mundo. Así que, ¡sin más!, ha preparado la lista de invitados. Léa e Iaroslav, su nuevo amante búlgaro, Bernadette y sus tres hijos, y Dédé y Pablito. Y los Perron, por supuesto, ya que él los ha tomado en cuenta. Él prefiere dejar la discusión para mañana. Ya pasan de las doce de la noche, y tiene que irse a dormir. Mañana le espera un día pesado: tiene un encuentro con el vicepresidente adjunto. Si logra convencerlo, la oficina tiene grandes oportunidades de hacerse con ese increíble contrato. Varios millones están en juego, precisa él, y ellos los necesitan. «¿Te das cuenta, chiquita, que para mí esa cita representa una responsabilidad muy pesada?». Ella insiste: no quiere discutir, sino simplemente saber su opinión antes de mandar las invitaciones. Él pone cara de indeciso. El grupo le parece por lo menos extraño, se atreve a expresar. Y es verdad: una madre soltera con sus

princesitos, dos homosexuales visiblemente afeminados y una pareja buga. «Léa sigue siendo pasable, ¿pero Iaroslav? Apuesto a que no habla ni media palabra de francés».

—Ahí sí que te equivocas, él asiste a cursos en uno de los centros de orientación y de formación para los inmigrantes. En uno de los cofi, pues. Y tiene un acento adorable. ¿Cuánto apostamos a que sí lo habla, ahorita?... Bueno, dejémonos de trivialidades. Ya quieres irte a dormir, lo sé. Así que, escucha: estoy pensando en una comida tradicional, pavo relleno, tartas y pastel de frutas. Groseramente pesado, me dirás, y hasta excesivamente carnívoro, pero, bueno, una vez al año no hace daño. Así, esa será la primera cena típica de Navidad que tendrán Iaroslav y Pablito. También los hijos de Bernadette. Juntos seremos como una familia extendida.



Ya que ella lo desea tanto, él no se opone, se resigna. Sin embargo, él cree que ella debería de preparar una ensalada, de cítricos tal vez, que pueda servirse entre las tartas y el pavo, para comer también algo ligero. A él le gustan las toronjas rosadas. O bien, una nieve de té que facilite la digestión. Si es cuestión de comer algo ligero, responde ella, ella puede cambiar el relleno de puerco de las tartas por uno de verduras, puerro, zanahoria y nabo. Él frunce el ceño: semejante falta de respeto a las tradiciones no le hace nada de gracia. Si a esas iban, ¿por qué no cambiar el pavo por un guiso de tofu?

Ella se disgusta. ¡Quién podría arrancarle siquiera un esbozo de sonrisa con ese tipo de humor! A partir de ese instante, a ella no le va a importar su opinión si él no quiere cooperar. Él enciende el radio, ella hojea sus libros de recetas de cocina. Una media hora transcurre así. Ella toma notas en una libreta, él apaga el radio y enciende la tele para el noticiero. Durante la sección de deportes, él piensa en algo —un aspecto de la recepción le preocupa—. ¿Estará previendo ella algo para que los niños jueguen? Porque, si no, él teme que se mueran de aburrimiento en medio de todos esos adultos que ni conocen.

El 5 de diciembre, él dice que ha estado pensando y que el pavo no lo tiene muy contento que digamos. Y es que ellos van a tener que estárselo comiendo durante semanas. ¿Por qué no optar mejor por un platillo original, una gallina preparada al oporto, un pato laqueado? Ella responde que la sola idea de ponerse a cocinar un pato le repugna. Esa ave es demasiado adorable, demasiado conmovedora. Además, laqueado, ¡qué no se da cuenta! Eso implicaría horas y horas de preparación. ¿Acaso él piensa ayudarla? ¡Y luego la gallina!, ¿de dónde la van a sacar? Ciertamente, no de los locales del barrio.

Pasan tres días. Ella le anuncia que Léa tiene una amiga deprimida que estará sola para las fiestas. Y encima su pareja le acaba de dar el tiro de gracia. Su madre acaba de morir de cáncer el verano pasado: primero le invadió el seno, luego se generalizó. Su padre, como la mayoría de los hombres, por desgracia, se vio rápidamente consolado: ya anda hibernando en Florida con una nueva novia a la que le lleva veinte años. Pero ella no tiene hijos —quedó estéril luego de un aborto mal manejado. Él farfulla que, de cualquier manera, ese buen hombre ya debe de haber rebasado la edad de procrear. «Pero yo no te estoy hablando de ninguna novia. Es la amiga de Léa la que es estéril. Le dije que podía traerla. Después de todo,



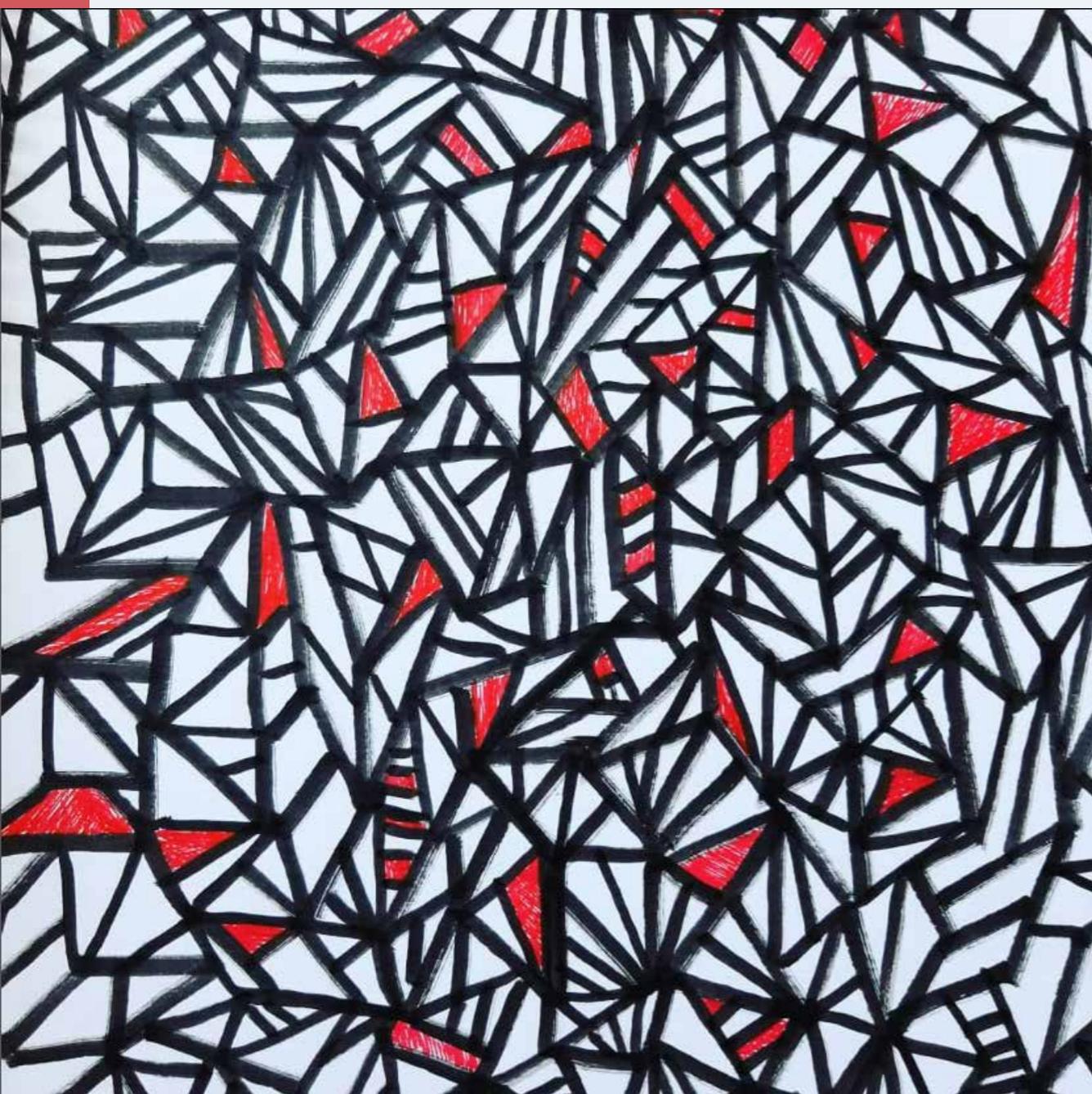
donde comen tres comen cuatro, y siempre hay comida de sobra. ¿No lo crees?». Él pone una cara de decepción. Y es que, opine lo que opine, eso no va a cambiar las cosas, él lo sabe desde hace mucho tiempo. Ella continúa argumentando. «Y ya que no vamos a hacer ni pavo ni pato, ¡qué me dices de preparar un buen *strógonoff* acompañado de una pasta recién hecha y de unos ejotes tiernos en forma de abanico! Voy a poner jitomatitos cortados en dos en cada plato, para darles color. De postre, niño envuelto, ¡no!, mejor *mousse* de castañas. En mi libro de recetas de cocina le dicen *mont-blanc*. Y la verdad, tengo la impresión de que está succulento. He ahí, pues, este menú que tiene la pinta de que le va a gustar a todos... ¿Tienes alguna sugerencia para la entrada?». Él dice que no.

El 10 de diciembre, él se pregunta si no sería preferible organizar un buffet. «Todos podrían traer un guiso, ¿ves? Y así, es menos trabajo para nosotros». De ninguna manera. Ella había soñado con una cena exuberante, con todos alrededor de la mesa, con velas al centro, con la vajilla bonita, con los cubiertos de plata. Sería la ocasión perfecta para desempolvar el menaje que le había heredado su tía abuela. Ellos nunca lo usan. De cualquier manera, a ella le pone los pelos de punta tener que llevar su propio sándwich cuando la invitan a cenar. «Sólo era una sugerencia», suspira él. Y ya que a ella el asunto le pone los pelos de punta, él se guarda su opinión.

Hablando del menaje, ella vio un magnífico juego de platos de porcelana de Limoges en el aparador del nuevo anticuario, en la esquina de la calle. Con pajaritos minúsculos, azules y amarillos, y los bordes plateados. Se verían verdaderamente lindos sobre el mantel de Damasco. «¿Y si lo compramos? Ya pedí informes: de verdad, vas a aullar cuando te diga el precio, pero te juro que es adorable. Una verdadera ganga, de hecho, comparada con las



que te ofrecen en las tiendas de prestigio. Podemos estrenarla en la cena de Navidad». Pero él piensa que, con tres niños en la mesa, aquello es demasiado riesgoso, la porcelana de Limoges. Si ya de por sí el mantel de Damasco de seguro va a terminar manchado, él podría jurarlo.



Al siguiente día en la mañana, ella esboza un rostro catastrófico. «Ya hice cálculos. ¿Sabes que, contando a la amiga de Léa, vamos a ser trece en la cena?». Él protesta: todo eso no son más que supersticiones. No obstante, ella no quiere jugar con las cosas de la mala suerte. Es parecido a cuando ve una escalera: ella jamás pasa por abajo, y eso él lo sabe muy bien. El número trece, ¡no puede estar hablado en serio! «Uno de los invitados podría morir este año. ¡No quiero ser la culpable de que algo semejante le pueda ocurrir!». Entonces, él sugiere dejar fuera de la lista de invitados a Bernadette y a sus hijos, que de verdad no tienen nada que ver con el resto del grupo, o bien a la amiga deprimida que, de todos modos, no la conocen ni en su casa. Demasiado tarde, lo interrumpe ella. Todos ya han aceptado la invitación. Ellos ya no pueden echarse para atrás.

Él se va a trabajar. Ella tiene un montón de telefonazos que echar. Un sondeo sobre el regalo de Navidad más comprado este año. Al regresar, él anuncia que el problema está resuelto. Stéphane pasó de pisa y corre por la oficina. Acaba de regresar de una misión en Senegal y prometió darse una vuelta el 24. «Llega para el postre, pues a fuerza tiene que pasar parte de la velada con su hija. Pero al menos seremos catorce en algún momento de la cena. ¿Contenta?».

—¡Fantástico...! Vamos a abrir los regalos cuando estemos comiendo los canapés. Solo espero que no se les vaya a olvidar traérmelos. Me refiero a los regalos.

¿Acaso tenía previsto ofrecerles regalos a todos los invitados? Ella jamás le comentó nada de eso. Él piensa que ella está exagerando. Si seguía así, ella iba a dejarlos en la ruina.

Ya los compré, dice ella. En el «Royaume du dollar». Algo pequeño meramente simbólico para poner al pie del árbol, para hacerlos felices... «¿Sabías que a algunos hombres les sigue gustando que les regalen corbatas? Aunque la mayoría me dijo que prefieren una computadora o una Alexa. Las mujeres se dividen entre las que les gustan los productos para baño o los libros de recetas exóticas. Tal falta de originalidad es desesperanzadora, ¿no crees?».

Él permanece impávido.

Lo cual no sería tan grave si ella no estuviera tranquilizándolo al ver su aterrada cara, justo como el año pasado, cuando ella le regaló un baño de burbujas. Ella lo perdona de antemano. En el fondo, ella no es tan original. Para dejar las cosas en paz, ella le obsequiará una corbata. De macramé.



Hablando de recetas de cocina, ella encontró una para el ponche de Navidad. Vodka, jugo de arándano y jarabe de granadina. Se le agregan tres gotitas de *Cointreau*, se le echan rebanadas de naranja y listo. Él no luce entusiasmado. Todo el tiempo hay gente enferma por cosas demasiado azucaradas como esa.

Surgen dos problemas el 15 de diciembre. Ella se ha enterado de que la amiga de Léa es vegetariana. Hay que replantear el menú. Y él acaba justo de recordarle que los Perron militan en una liga de antifumadores bastante intolerantes. «¡Y por supuesto que no vamos a enviar a Léa a que se fume sus *Gauloises* al balcón! Tampoco a Pablito con sus "cigarrillos" ¡Y mucho menos a ti, que, en ese tipo de ocasiones, fumas como chacuaco!». Él tiene miedo de que la velada se venga abajo. Ella también. Y es que, además, Perron siempre se pone a contar chistes sexistas malos cuando se pasa de copas. Bernadette va a querer sacarle los ojos, eso es seguro. Él masculla que no hay cosa que encuentre más graciosa que las feministas radicales. No es de sorprenderse que su marido haya puesto pies en polvorosa. «Pero si ella nunca ha estado casada, replica ella, con un toque de impaciencia en la voz. Los tres niños son de progenitores distintos. Espero que no vayas a cometer ninguna indiscreción el 24». Progenitor, ¡es que de verdad! Él se alza de hombros. Si hay una palabra que deteste, es justo esa.

Al día siguiente, ella se pregunta si las castañas forman parte de la familia de las nueces. «Es que Fanny es alérgica».

—¿Y quién es Fanny?, pregunta él. ¿Una invitada nueva?

—Es la hija más chica de Bernadette, ¿a poco no te acuerdas de ella, amor? Ok. Entonces, pensándolo bien, yo creo que voy a hacer un niño envuelto, no, mejor un *fondue* de chocolate. ¡A todos les encanta!



El 20 de diciembre, ella compró una lámpara Berger que absorbe el humo y los malos olores. Una original. El aceite desprende un ligero perfume de canela, eso deja sentir la Navidad. Ella espera que los Perron den muestra de un mínimo de tolerancia. Él le dice que no se preocupe. «Todo va a salir bien, ya verás. Yo tengo confianza en que así será». En cuanto al menú, él propone dos lasañas, una para los carnívoros y otra para los vegetarianos. Es una idea, aprueba ella sin demasiado entusiasmo. En cuanto al postre, él le avisa: que tenga cuidado con el chocolate. Algunas marcas tienen algo de nuez. Que lea muy cuidadosamente los ingredientes. Así que, ahora que lo piensa mejor, un niño envuelto no sería una mala idea tampoco, le dice él. Hasta podrían mandar pedirlo. En su opinión, el pastelero, el de la esquina, debe hacer unos excelentes. Ella no lo había pensado, pero él tiene razón, el postre se había convertido en una piedra en el zapato. Ella va a ocuparse de eso mañana temprano. «Un problema menos», suspira ella, aliviada.

El 23 en la noche, suena el teléfono. «Esto te va a poner de buenas, le dice él luego de haber colgado. Perron acaba de cancelar. A su suegra le dio un ataque y está en coma. Está en cuidados intensivos en el Hospital d'Alma. Tienen que salir para allá ahorita mismo». ¡Ay!, pero, para ella, eso viene a descomponerle todo, porque al final Stéphane decidió que sí va a llegar junto con su hija. «¿Y entonces?», se sorprende él.



—Pues, entonces, si los Perron no van a venir, pero sí la hija de Stéphane, vamos a ser de nuevo trece en la mesa.

Él dice que ya no puede más. Ella está a punto de cancelar todo lo que ha mandado a comprar.

El 24, a las diez de la mañana, en una ida al supermercado, ella tiene una idea genial. «¡Romeo!», grita. Él deja de empujar el carrito y se la queda viendo, desconcertado. «¿Romeo?».

—Sí, Romeo, ya sabes. El perro de Dédé.

—¿No estarás pensando en poner en la mesa a ese insoportable French Poodle? —le dice él rebelándose.

—¿Cómo que insoportable? Pensaba que te gustaban los French Poodle. Además, Romeo está muy bien educado. Tienes que admitir que la cosa sería simpática.

Pero él se pone furioso. Si ella invita al perro, él se irá a un restaurante. ¿Sin reservación? ¿En plena noche de Navidad? Ella le desea suerte con eso. «Romeo comerá la entrada en la mesa con nosotros, luego lo ponemos en el nacimiento», propone ella entonces, para ablandarlo. «Para que la haga de borreguito».

—¿Qué nacimiento?

—¡Ah! Ok, mira, sí, es muy simple. Tú solo te dedicarás a poner uno mientras yo preparo el ponche de arándanos.



Hélène Rioux

Nació en Montreal en 1949. Es escritora y traductora. Se educó en la Cégep du Vieux-Montréal, y luego estudió ruso en la Universidad de Montreal. Sus historias han sido publicadas en varias publicaciones periódicas, como XYZ, Moebius, Arcade y Possibles. Entre sus libros se cuentan: *Traductora de sentimientos* (2009), *Miércoles en la noche en el fin del mundo: solsticio de invierno* (2014), *Almas en pena en el paraíso perdido (equinoccio de primavera)* (2017), *Diálogos íntimos* (2021).

Roberto Rueda Monreal

Nació en Ciudad de México. Es politólogo por la Universidad Autónoma Metropolitana y traductor literario por el Instituto Francés de América Latina. Ha publicado dos novelas y una autobiografía, *La Cloaca, el infierno aquí, Pétalos Negros* y *El duelo entre la tuna y la cantera*. Como traductor literario ha publicado y difundido en México a autores como Patrice Favaro, Arnal Ballester, Lucie Dufresne, Olivier Clément, Robert Anteleme, Jean Meyer, Jacques Serena, Guy Stresser-Péan, Aimé Césaire y Hélène Rioux, de quien ha traducido cuatro novelas. Colaborador habitual de *Milenio Semanal*, *Milenio Diario*, *El Sol de México*, *Nexos*, *El Malpensante* (Colombia), *Vasos Comunicantes* (España), *Huffington Post* (Estados Unidos), *Animal Político*, *La Gaceta* y el *Portal del FCE*, *La Revista de la Universidad de México*, *Replicante*, *La Silla Rota*, *Recodo* (Ecuador), *Bizco*, *Traspatio* (*Milenio Diario*), *El Heraldo de México*, entre otros. Miembro fundador de la Asociación Mexicana de Traductores Literarios (Ametli); miembro fundador de la Alianza Iberoamericana para la Promoción de la Traducción Literaria (alital), y en su país forma parte del Sistema Nacional de Creadores de Arte (2018).



El huésped

Albert Camus

Traducción del francés de Alfonso Conde Rivera



El maestro miraba a los dos hombres subir hacia donde él estaba. Uno iba a caballo, el otro a pie. Aún no habían tomado la abrupta pendiente que llevaba a la escuela, construida en el flanco de una colina. Avanzaban a paso lento y penoso en medio de la nieve, entre las piedras, por la inmensa extensión del altiplano desierto. De vez en cuando, se veía al caballo trastabillar. Aún no se le escuchaba, pero se podía ver el chorro de vapor que le salía de los ollares. Al menos uno de los hombres conocía la región. Seguían el sendero, pese a que había desaparecido desde hacía varios días bajo una capa blanca y sucia. El maestro calculó que no llegarían a lo alto de la colina antes de una media hora. Hacía frío; volvió a entrar a la escuela para buscar un abrigo.

Atravesó el salón de clases vacío y gélido. En el tablero, los cuatro ríos de Francia, dibujados con cuatro tizas de colores diferentes, corrían hacia su estuario desde hacía tres días. La nieve había caído de modo intempestivo a mediados de octubre, tras ocho meses de sequía, sin transición alguna de la lluvia, y la veintena de alumnos que vivían en los pueblos diseminados por la meseta ya no venían. Había que esperar el buen tiempo. Daru no calentaba sino la única habitación en la que consistía su alojamiento, contigua al salón de clase, y que miraba también hacia la meseta, al este. Una ventana daba, además, como las del salón, hacia el mediodía. Por ese lado, la escuela se encontraba a algunos kilómetros del lugar en el

que la meseta empezaba a descender hacia el sur. Cuando el tiempo era claro, se podían divisar las masas violetas del contrafuerte montañoso donde se abría la puerta del desierto.

Después de recobrar algo de calor, Daru regresó a la ventana desde la que había divisado por primera vez a los dos hombres. Ya no se les veía. Habían entonces acometido la pendiente. El cielo estaba menos oscuro: durante la noche, la nieve había dejado de caer. La mañana se había alzado sobre una luz sucia que escasamente había cobrado fuerza a medida que el techo de nubes subía. A las dos de la tarde, parecía como si el día apenas empezara. Pero eso era mejor que aquellos tres días en los que la nieve espesa caía en medio de unas tinieblas incesantes, con pequeñas ráfagas de viento que venían a sacudir la puerta doble del salón. Daru aguardaba con paciencia durante largas horas en su cuarto, del que no salía sino para ir al cobertizo, cuidar las gallinas y procurarse carbón del depósito. Por fortuna, la camioneta de Tadjid, el pueblo más cercano hacia el norte, había traído las provisiones dos días antes de la tormenta. Volvería dentro de cuarenta y ocho horas.

Tenía además con qué resistir un sitio, con los costales de trigo que abarrotaban el pequeño cuarto y que la administración le dejara como reserva



para distribuirles a aquellos entre sus alumnos cuyas familias habían sido víctimas de la sequía. En realidad, la desgracia los había alcanzado a todos, pues todos eran pobres. Cada día, Daru les distribuía una ración a los pequeños. Bien sabía que les había hecho falta durante esos malos días. Quizás uno de los padres o de los hermanos mayores viniera esa tarde y él podría abastecerlos de granos. Solo era cuestión de hacer el empalme con la siguiente cosecha. Los navíos con trigo ya llegaban de Francia; lo más duro había pasado. Pero sería difícil olvidar esa miseria, ese ejército de fantasmas andrajosos que erraban bajo el sol, las mesetas calcinadas un mes tras otro, la tierra resquebrajándose poco a poco, literalmente torrefacta, con cada piedra deshaciéndose en polvo bajo los pies. Los carneros morían entonces por millares, así como algunos hombres, aquí y allá, a veces sin que nadie se enterara.

Frente a esa miseria, él, que vivía casi como un monje en aquella escuela perdida, contento por lo demás con lo poco que tenía y con esa vida ruda, se había sentido como un señor, con sus rugosas paredes enlucidas, su diván estrecho, sus estantes de madera blanca, su pozo y su provisión semanal de agua y alimentos. Y, de repente, aquella nieve, sin advertencia, sin la distensión de la lluvia. La región era así, cruel para vivir, incluso sin los hombres, que tampoco es que arreglaran nada. Pero Daru había nacido allí. En cualquier otro lugar se sentía exiliado.

Salió y avanzó por el terraplén delante de la escuela. Los dos hombres iban ya en la mitad de la pendiente. Reconoció en el jinete a Balducci, el viejo gendarme que conocía desde hacía largo tiempo. Balducci llevaba, en el extremo de una cuerda, a un árabe que avanzaba detrás de él, las manos atadas, la cabeza gacha. El gendarme hizo un gesto de saludo al que Daru no respondió, por entero ocupado en observar al árabe vestido con una chilaba



otrora azul, los pies calzados con sandalias, pero cubiertos con medias de gruesa lana cruda, la cabeza tocada con un turbante corto y angosto. Se acercaban. Balducci mantenía al animal al paso para no lastimar al árabe, y el grupo avanzaba lentamente.

Cuando estuvieron al alcance de la voz, Balducci gritó:

—¡Una hora para recorrer los tres kilómetros desde El Aneur hasta aquí!

Daru no respondió. Pequeño y cuadrado en su grueso abrigo, los miraba subir. El árabe no había levantado la cabeza ni una sola vez.

—Hola —dijo Daru, cuando desembocaron en el terraplén—. Entren a calentarse.

Balducci se bajó penosamente del animal sin soltar la cuerda. Le sonrió al maestro bajo el bigote erizado. Sus pequeños ojos oscuros, bien hundidos bajo la frente morena, y la boca rodeada de arrugas, le daban un aspecto atento y aplicado. Daru tomó la brida, condujo al animal hacia el cobertizo y regresó donde los dos hombres, que ahora lo esperaban dentro de la escuela. Los hizo entrar a su cuarto.

—Voy a calentar el salón —dijo—. Allí estaremos más cómodos.

Cuando volvió al cuarto, Balducci estaba en el diván. Había desanudado la cuerda que lo ataba al árabe y este se había puesto en cuclillas junto a la estufa. Con las manos aún atadas, el turbante ahora echado para atrás, miraba hacia la ventana. Daru al comienzo no vio sino sus labios enormes, abultados, lisos, casi negroides; la nariz, sin embargo, era recta, los ojos oscuros, febriles. El turbante dejaba ver una frente obstinada y, bajo la piel quemada pero un poco descolorida por el frío, todo su rostro tenía un aire a la vez inquieto y rebelde que impresionó a Daru cuando el árabe, volviendo el rostro hacia él, lo miró directo a los ojos.



—Vayan al lado —dijo el maestro—, voy a hacerles un té de menta.

—Gracias —dijo Balducci—. ¡Qué suplicio! No veo la hora de jubilarme.

Y dirigiéndose en árabe a su prisionero:

—Ven aquí.

El árabe se levantó y, lentamente, con las muñecas juntas por delante, pasó al salón.

Con el té, Daru trajo una silla. Sin embargo, Balducci se entronaba ya sobre el primer pupitre y el árabe se había acuclillado contra el estrado del maestro, de cara a la estufa que se hallaba entre el escritorio y la ventana. Cuando le tendió el vaso de té al prisionero, Daru titubeó ante sus manos atadas.

—Podríamos desatarlo, quizá.

—Seguro —dijo Balducci—. Era para el viaje.

Hizo ademán de levantarse, pero Daru, dejando el vaso en el suelo, se había arrodillado junto al árabe.

Este, sin decir palabra, lo miraba con sus ojos febriles. Con las manos libres, se frotó las muñecas hinchadas una contra la otra, tomó el vaso de té y bebió el líquido ardiente a sorbos pequeños y rápidos.

—Bien, dijo Daru. ¿Y a dónde van así?

Balducci sacó el bigote del té:

—Aquí, hijo.



—¡Curiosos alumnos! ¿Van a pasar la noche aquí?

—No. Yo voy a regresar a El Aneur. Y tú entregarás al camarada en Tinguít. Lo esperan en la comuna mixta.

Balducci miraba a Daru con una sonrisita amistosa.

—¿Qué dices? —replicó el maestro—. ¿Te estás burlando de mí?

—No, hijo. Esas son las órdenes.

—¿Las órdenes? Yo no soy... —Daru titubeó; no quería apenar al viejo corso—. En fin, ese no es mi trabajo.

—¡Eh! ¿Qué quiere decir eso? En la guerra se hacen todos los trabajos.

—¡Entonces esperaré la declaración de guerra!

Balducci asintió.

—Bueno, pero esas son las órdenes y te conciernen a ti también. Parece que las cosas están agitadas. Se habla de que pronto va a haber una revuelta. Estamos movilizados, en cierto sentido.

Daru conservaba su aire obstinado.

—Escucha, hijo —dijo Balducci—. Yo te aprecio; tienes que entender. Somos una docena en El Aneur para patrullar el territorio de un pequeño departamento, y debo regresar. Me han dicho que te confíe a este sujeto y regrese sin demora. No podíamos tenerlo allá. Su pueblo se inquietaba y querían recuperarlo. Debes llevarlo mañana a Tinguít. No es como



si una veintena de kilómetros fueran a asustar a un fortachón como tú. Después de eso, todo habrá acabado. Volverás a tus alumnos y a la buena vida.

Detrás de la pared, se escuchaba al caballo resoplar y golpear con los cascos. Daru miraba por la ventana. Sin duda, el tiempo se aclaraba. La luz se extendía sobre la meseta nevada. Cuando toda la nieve se hubiese fundido, el sol reinaría de nuevo y abrasaría una vez más los campos de piedra. Durante días, el cielo inalterable volcaría de nuevo su luz seca sobre la extensión solitaria donde no había nada que recordara al hombre.

—A fin de cuentas —dijo, volviéndose hacia Balducci—, ¿qué es lo que hizo?

Y, antes de que el gendarme hubiese abierto la boca, preguntó:

—¿Habla francés?

—No, ni una palabra. Lo buscábamos desde hacía un mes, pero ellos lo escondían. Mató a su primo.

—¿Está en contra nuestra?

—No creo, pero uno nunca puede estar seguro.

—¿Por qué lo mató?

—Asuntos de familia, creo yo. Parece que uno le debía grano al otro. No está claro. En fin, en pocas palabras, mató a su primo de un golpe de podón. Ya sabes, como a un carnero, ¡zac!...

Balducci hizo el gesto de pasarse una cuchilla por la garganta y el árabe, cuya atención había atraído, lo miraba con una especie de inquietud. A Daru lo invadió una cólera súbita





contra aquel hombre, contra todos los hombres y su sucia maldad, sus odios infatigables, su locura por la sangre.

Pero la tetera cantaba sobre la estufa. Le volvió a servir té a Balducci, dudó, después le sirvió de nuevo al árabe que, por segunda vez, bebió ávidamente. Sus brazos levantados entreabrían ahora la chilaba y el maestro vislumbró su pecho delgado y musculoso.

—Gracias, pequeño —dijo Balducci—. Y ahora me escapo.

Se levantó y se dirigió hacia donde estaba el árabe, sacando una cuerda pequeña del bolsillo.

—¿Qué haces? —preguntó secamente Daru. Balducci, desconcertado, le mostró la cuerda.

—No vale la pena.

El viejo gendarme titubeó:

—Como quieras. Obviamente, estás armado, ¿cierto?

—Tengo mi fusil de caza.

—¿Dónde?

—En el baúl.

—Deberías tenerlo cerca de la cama.

—¿Por qué? No tengo nada que temer.

—Estás loco, hijo. Si se rebelan nadie va a estar a salvo. Todos estamos en el mismo barco.

—Me defenderé. Tengo el tiempo para verlos llegar.

Balducci se rio. Luego el bigote volvió de repente a cubrirle los dientes aún blancos.

—¿Tienes el tiempo? Bueno. Eso es lo que yo decía. Siempre has sido un poco chiflado. Es por eso que me agradas. Mi hijo también era así.

Mientras decía esto sacó su revólver y lo puso encima del escritorio.

—Tómalo. No necesito dos armas de aquí a El Aneur.

El revólver brillaba sobre la pintura negra de la mesa. Cuando el gendarme se volvió hacia él, el maestro sintió su olor a cuero y a caballo.

—Escucha, Balducci —dijo Daru de repente—. Todo esto me repugna, y en especial este tipo tuyo. Pero no voy a entregarlo. Combatir, sí, si es necesario. Pero eso no.

El viejo gendarme permanecía frente a él y lo miraba de un modo severo.

—Estás portándote como un tonto —dijo lentamente—. A mí tampoco me gusta esto. A pesar de los años, uno no se acostumbra a amarrar con una cuerda a un hombre, e incluso da vergüenza, sí. Pero no se les puede dejar hacer lo que quieran.



—No voy a entregarlo —repitió Daru.

—Es una orden, hijo. Te lo repito.

—Eso es. Repíteles lo que te dije: no voy a entregarlo.

Balducci hacía un esfuerzo visible por reflexionar. Miraba al árabe y a Daru. Al fin se decidió.

—No. No les voy a decir nada. Si quieres abandonarnos, puedes estar tranquilo, no te voy a denunciar. Tengo la orden de entregar al prisionero: así lo hago. Ahora me vas a firmar el papel.

—Es inútil. No voy a negar que me lo dejaste.

—No seas cruel conmigo. Yo sé que vas a decir la verdad. Eres de aquí; eres un hombre. Pero debes firmar, esa es la regla.

Daru abrió el cajón, sacó una botellita cuadrada de tinta violeta, el portaplumas de madera roja con la pluma *Sergent-Major* que usaba para trazar los modelos de caligrafía y firmó. El gendarme dobló cuidadosamente el papel y lo guardó en la billetera. Luego se dirigió hacia la puerta.

—Te acompaño —dijo Daru.

—No —dijo Balducci—. No vale la pena que seas cortés. Me has hecho una afrenta.

Miró al árabe, inmóvil, en el mismo lugar, resopló con desencanto y se volvió hacia la puerta:



—Adiós, hijo.

La puerta se sacudió tras él. Balducci surgió frente a la ventana y luego desapareció. La nieve ahogaba sus pasos. El caballo se agitó detrás del tabique; las gallinas se espantaron.

Un momento después, Balducci volvió a pasar frente a la ventana tirando del caballo por la brida. Avanzaba hacia la pendiente sin volverse. Desapareció él primero y el caballo le siguió. Se escuchó una gran piedra rodar suavemente. Daru se volvió hacia el prisionero, que no se había movido, pero que no le quitaba los ojos de encima.

—Aguarda —dijo el maestro en árabe, y se dirigió hacia el cuarto.

Al cruzar el umbral, cambió de parecer, fue hasta el escritorio, tomó el revólver y se lo metió en el bolsillo. Después, sin volverse, entró a su cuarto.

Permaneció un largo rato tendido en el diván, mirando cómo el cielo se cerraba poco a poco, escuchando el silencio. Era aquel silencio lo que le había parecido penoso durante los primeros días tras su llegada, des-

pués de la guerra. Había pedido un puesto en la pequeña ciudad al pie de los contrafuertes que separaban el desierto de los altiplanos. Allá, murallas rocosas, verdes y negras al norte, rosas o malva al sur, marcaban la frontera del eterno verano. Lo habían nombrado en un



puesto más al norte, en la meseta misma. Al comienzo, la soledad y el silencio le habían resultado duros en aquellas tierras ingratas que solo las piedras habitaban. A veces, los surcos hacían pensar en cultivos, pero se habían excavado para desenterrar alguna piedra propicia para la construcción. Aquí no se araba más que para cosechar guijarros. Otras veces, se raspaban algunas virutas de tierra, acumulada en los hoyos, con las que se engordaban los magros jardines de los pueblos. Así era, tres cuartas partes de la región estaban cubiertas de guijarros. Allí las ciudades nacían, brillaban y luego desaparecían; los hombres pasaban, se amaban o se mordían la garganta, y luego morían. En aquel desierto, nadie, ni él ni su huésped, era nada. Y sin embargo, fuera de ese desierto, ni el uno ni el otro, Daru lo sabía, habrían podido vivir realmente.

Cuando se levantó, no llegaba ruido alguno del salón. Se sorprendió de esa alegría franca que lo invadía con el solo pensamiento de que el árabe hubiera podido huir y de que él iba a encontrarse de nuevo solo, sin ninguna decisión que tomar. Pero el prisionero estaba allí. Únicamente se había acostado, cuan largo era, entre la estufa y el escritorio. Con los ojos abiertos, miraba el techo. En esa posición, se veían sobre todo sus labios abultados, que le daban un aire mohíno.

—Ven —dijo Daru.

El árabe se levantó y lo siguió. En el cuarto, el maestro le indicó una silla junto a la mesa, bajo la ventana. El árabe se sentó sin dejar de mirar a Daru.

—¿Tienes hambre?

—Sí —dijo el prisionero.



Daru puso dos cubiertos. Tomó harina y aceite, amasó en un plato una galette y encendió el hornillo de butano. Mientras la galette se cocía, salió para traer del cobertizo queso, huevos, dátiles y leche condensada. Cuando la galette terminó de cocerse, la puso a enfriar en el alféizar de la ventana, calentó leche condensada diluida con agua y, para terminar, batió los huevos para hacer una tortilla. En uno de sus movimientos, chocó con el revólver que tenía metido en el bolsillo derecho. Dejó el tazón, fue al salón de clase y puso el revólver en la gaveta del escritorio. Cuando volvió al cuarto, la noche caía. Encendió la luz y le sirvió al árabe:

—Come —dijo.

El otro tomó un trozo de galette, se lo llevó presuroso a la boca y se detuvo.

—¿Y tú? —dijo.

—Después de ti. Yo también voy a comer.

Los gruesos labios se abrieron un poco, el árabe dudó y luego mordió la galette resueltamente.

Acabada la comida, el árabe miraba al maestro.

—¿Tú eres el juez?

—No, yo te cuido hasta mañana.

—¿Por qué comes conmigo?

—Tengo hambre.



El otro se quedó callado. Daru se levantó y salió. Trajo un catre del cobertizo, lo extendió entre la mesa y la estufa, perpendicular a su propia cama. De una valija grande que, de pie en un rincón, servía de estante para papeles, sacó dos cobijas que dispuso sobre el catre. Después se detuvo, se sintió ocioso, se sentó en la cama. No tenía nada más que hacer ni que preparar. Había que mirar a aquel hombre, así que lo miraba, intentando imaginar ese rostro arrastrado por la furia. No lo conseguía. Solo veía la mirada, a la vez sombría y brillante, y la boca animal.

—¿Por qué lo mataste? —dijo con una voz cuya hostilidad le sorprendió.

El árabe apartó la mirada.

—Se escapó. Yo corrí tras él.

Volvió a alzar los ojos hacia Daru y estaban llenos de una suerte de triste interrogación.

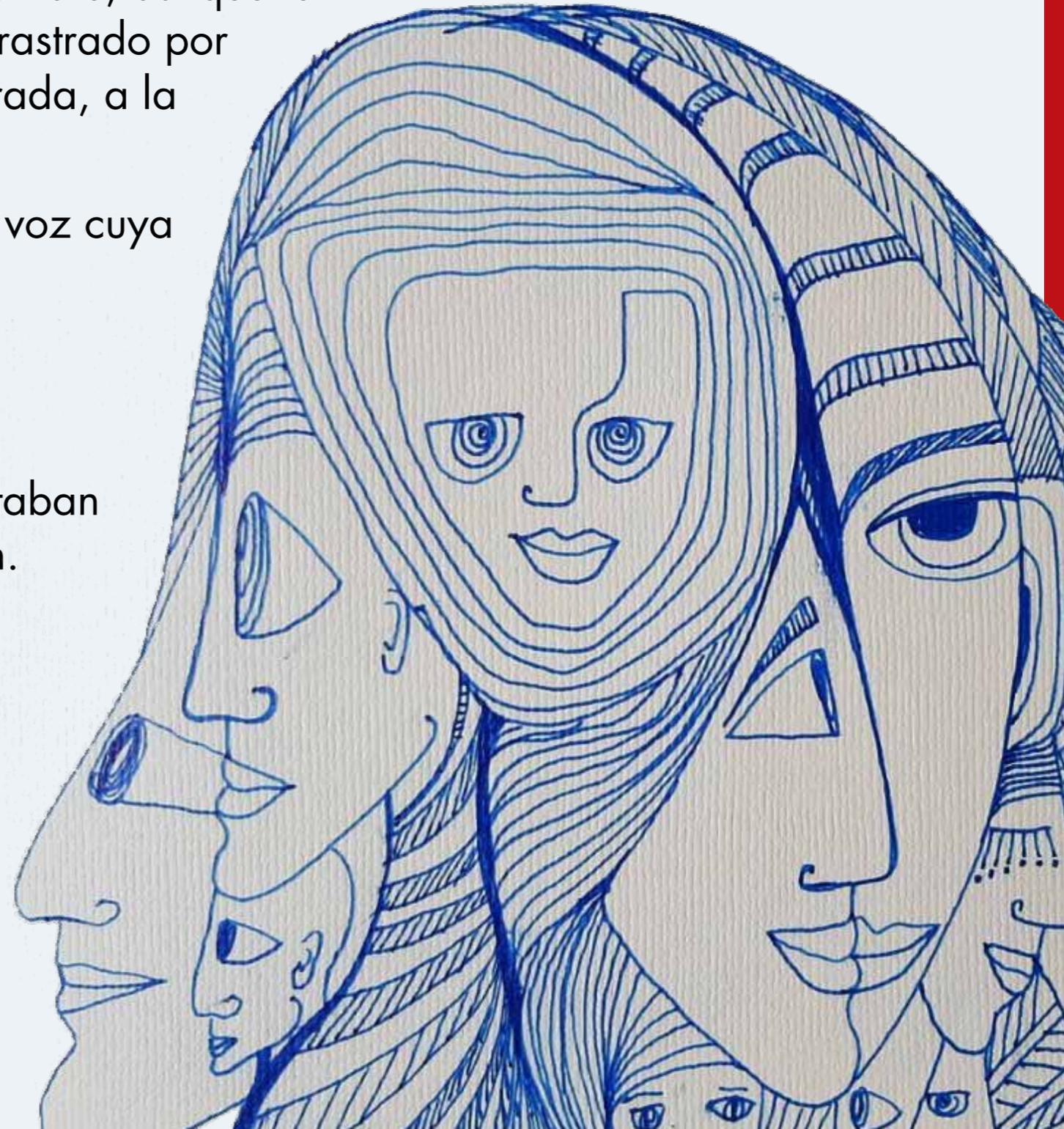
—¿Qué van a hacerme ahora?

—¿Tienes miedo?

El otro se puso rígido, apartando los ojos.

—¿Te arrepientes?

El árabe lo miró, con la boca abierta.



Era evidente que no comprendía. La irritación se iba apoderando de Daru. Se sentía, al mismo tiempo, torpe y poco natural en su enorme cuerpo, atrapado entre las dos camas.

—Acuéstate ahí —dijo con impaciencia—. Esa es tu cama.

El árabe no se movía. Llamó a Daru.

—¡Dime!

El maestro lo miró.

—¿El gendarme regresa mañana?

—No lo sé.

—¿Tú vienes con nosotros?

—No sé. ¿Por qué?

El prisionero se levantó y se echó sobre las cobijas, con los pies hacia la ventana. La luz de la bombilla eléctrica le caía directo en los ojos, que cerró enseguida.

—¿Por qué? —repitió Daru, plantado delante de la cama.

El árabe abrió los ojos bajo la luz enceguecedora y lo miró haciendo un esfuerzo por no pestañear.

—Ven con nosotros —dijo.

A mitad de la noche, Daru aún no dormía. Se había metido en la cama después de desvestirse por completo: habitualmente dormía desnudo. Pero cuando se encontró sin ropa en

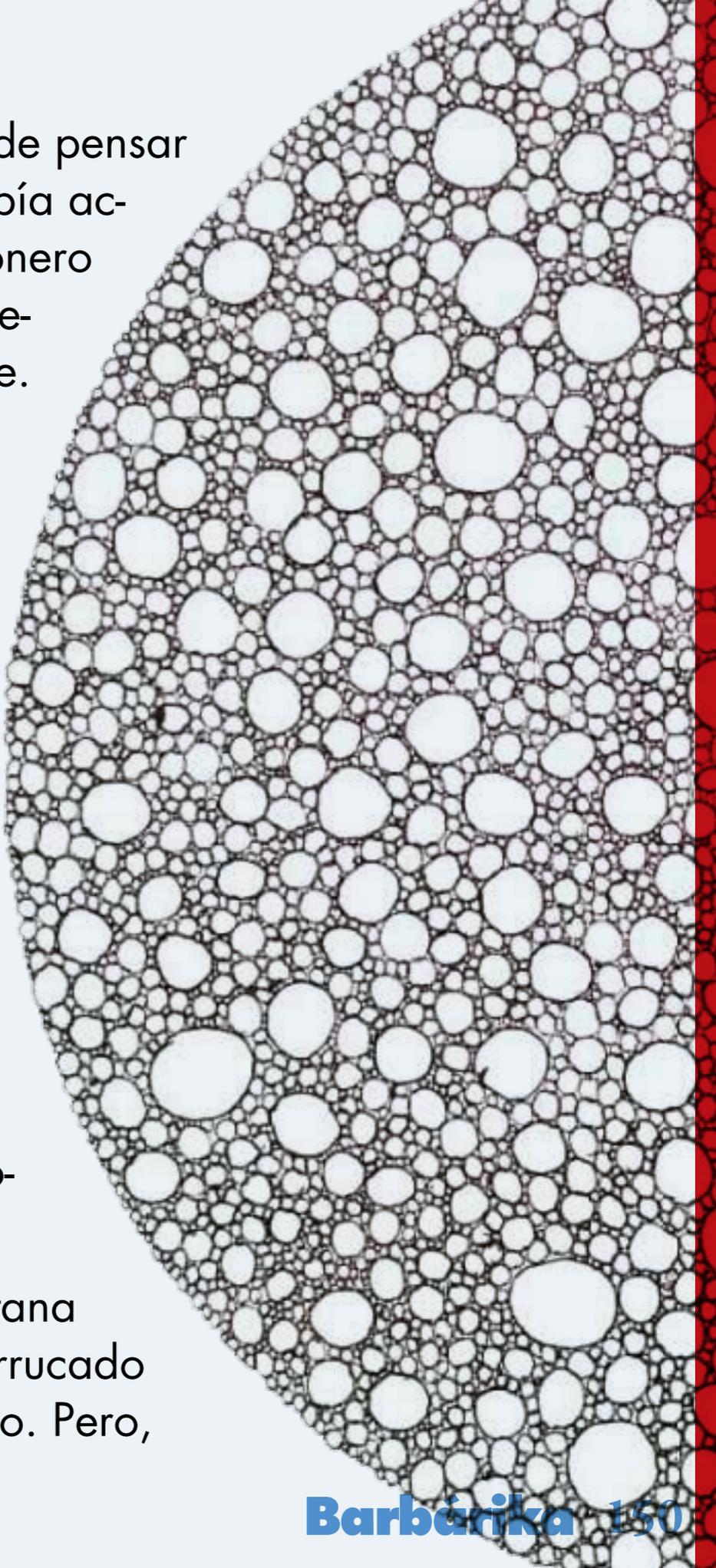




medio del cuarto, titubeó. Se sentía vulnerable y lo invadió la tentación de volverse a vestir. Luego alzó los hombros; no es como si fuera el primero que veía y, si hacía falta, partiría en dos a su adversario. Desde la cama, podía observarlo, tendido de espaldas, siempre inmóvil y con los ojos cerrados bajo la luz violenta. Cuando Daru la apagó, las tinieblas parecieron congelarse de golpe. Poco a poco, la noche volvió a cobrar vida en la ventana, donde el cielo sin estrellas se agitaba dulcemente. El maestro pronto distinguió el cuerpo extendido delante de él. El árabe seguía sin moverse, pero sus ojos parecían abiertos. Un viento ligero rondaba la escuela. Ahuyentaría quizás a las nubes y el sol volvería.

Durante la noche, el viento arreció. Las gallinas se agitaron un poco y luego se callaron. El árabe se volvió sobre un costado, dando la espalda a Daru, quien creyó oírlo gemir. Acechó entonces su respiración, que se había vuelto más fuerte y más regular. Escuchaba ese aliento tan próximo y fantaseaba sin poder dormirse. En el cuarto donde, desde hacía un año, dormía solo, aquella presencia le molestaba. Pero le molestaba también porque le imponía una suerte de fraternidad que en estas circunstancias rechazaba y que conocía bien: los hombres que comparten los mismos cuartos, soldados o prisioneros, contraen un vínculo extraño, como si, habiéndose quitado las armaduras junto con las ropas, se reunieran cada noche, por encima de sus diferencias, en la antigua comunidad del sueño y la fatiga. Pero Daru se sacudía. No le gustaban esas tonterías, había que dormir.

Un poco más tarde, sin embargo, cuando el árabe se movió de forma imperceptible, el maestro aún no dormía. Al segundo movimiento del prisionero, se tensionó, alerta. El árabe se levantaba lentamente apoyándose en los brazos, con un movimiento semejante al de un sonámbulo. Sentado en la cama, esperó, inmóvil, sin volver la cabeza hacia Daru, como si



escuchara con toda su atención. Daru no se movió: acababa de pensar que el revólver había quedado en la gaveta del escritorio. Debía actuar de inmediato. Continuó sin embargo observando al prisionero que, con el mismo movimiento sigiloso, ponía los pies en el suelo, esperaba todavía y luego comenzaba a pararse lentamente. Daru iba a interpelarlo cuando el árabe se puso en marcha, esta vez con movimientos naturales, pero extremadamente silenciosos. Iba hacia la puerta del fondo que daba al cobertizo. Levantó el pestillo con precaución y salió, empujando la puerta detrás de sí, sin cerrarla. Daru no se había movido: «Se escapa», pensaba solamente. «¡Pues buena suerte!». Aguzó, sin embargo, el oído. Las gallinas no se movían, por lo que el otro debía estar en la meseta. Le llegó entonces un débil ruido de agua, del que solo comprendió lo que era cuando el árabe apareció de nuevo bajo el marco de la puerta, la volvió a cerrar con cuidado y vino a acostarse sin hacer ruido. Entonces Daru le volvió la espalda y se durmió. Más tarde aún le pareció escuchar, desde las profundidades de su sueño, pasos furtivos alrededor de la escuela. «¡Estoy soñando, estoy soñando!», se repetía. Y dormía.

Cuando se despertó, el cielo estaba despejado; por la ventana desajustada entraba un aire frío y puro. El árabe dormía, acurrucado ahora bajo las cobijas, con la boca abierta, en total abandono. Pero,



cuando Daru lo sacudió, tuvo un sobresalto terrible. Miraba a Daru sin reconocerlo, con ojos de loco y una expresión tan atemorizada que el maestro dio un paso hacia atrás.

—No tengas miedo. Soy yo. Hay que comer.

El árabe sacudió la cabeza y dijo que sí. La calma había vuelto a su rostro, pero su expresión seguía siendo ausente y distraída.

El café estaba listo. Lo bebieron, sentados ambos en el catre, mientras mordisqueaban sus trozos de galleta. Luego Daru llevó al árabe al cobertizo y le mostró el grifo donde él se lavaba. Volvió al cuarto, dobló las cobijas y el catre, tendió su cama y arregló la pieza. Salió entonces al terraplén, pasando por la escuela. El sol se alzaba ya en el cielo azul; una luz suave y viva inundaba la meseta desierta. Sobre la pendiente, la nieve se fundía aquí y allá. Las piedras volverían a aparecer. En cuclillas al borde de la meseta, el maestro contemplaba la extensión desierta. Pensaba en Balducci. Lo había lastimado. Lo había enviado de vuelta, de cierta manera, como si no quisiera estar con él en el mismo barco. Escuchaba aún el adiós del gendarme y, sin saber por qué, se sentía extrañamente vacío y vulnerable. En ese momento, del otro costado de la escuela, el prisionero tosió. Daru lo escuchó, casi a su pesar, y luego, furioso, lanzó un guijarro que silbó en el aire antes de hundirse en la nieve. El crimen imbécil de aquel hombre lo indignaba, pero entregarlo era contrario al honor: solo pensarlo lo enloquecía de humillación. Y maldecía al mismo tiempo a los suyos, que le enviaban a aquel árabe, y a este, que había osado matar y no había sabido huir. Daru se levantó, dio una vuelta por el terraplén, esperó, inmóvil, y luego entró a la escuela.

El árabe, inclinado sobre el suelo de cemento del cobertizo, se lavaba los dientes con dos dedos. Daru lo miró y luego dijo:





—Ven.

Volvió a entrar al cuarto, delante del prisionero. Se puso una chaqueta de caza sobre el abrigo y se calzó zapatos de viaje. Esperó de pie a que el árabe se pusiera el turbante y las sandalias. Pasaron a la escuela y el maestro le señaló la salida a su compañero.

—Anda —dijo.

El otro no se movió.

—Yo ya voy —dijo Daru.

El árabe salió. Daru volvió a entrar al cuarto e hizo un paquete con biscotes, dátiles y azúcar. En el salón, antes de salir, vaciló un segundo frente a su escritorio. Luego cruzó el umbral de la escuela y cerró la puerta.

—Es por allá —dijo.

Se dirigió hacia el este, seguido por el prisionero. Pero, a escasa distancia de la escuela, le pareció escuchar un leve ruido detrás de él. Volvió sobre sus pasos, inspeccionó los alrededores de la casa: no había nadie. El árabe lo miraba con aire de que no comprendía.



—Vamos —dijo Daru.

Caminaron durante una hora y descansaron junto a una especie de pico calizo. La nieve se fundía más y más rápido, el sol absorbía los charcos enseguida, limpiaba a toda prisa la meseta que, poco a poco, se secaba y vibraba como el aire mismo. Cuando retomaron el camino, el suelo resonaba bajo sus pasos. De vez en cuando, un pájaro surcaba el espacio delante de ellos con un chillido alegre. Daru bebía, aspirando profundamente, la luz fresca. Una suerte de exaltación nacía en él ante el gran espacio familiar, ahora casi por completo amarillo, bajo su bóveda de cielo azul. Caminaron durante otra hora, bajando hacia el sur. Llegaron a una especie de eminencia achatada, hecha de rocas friables. A partir de allí, la meseta descendía, hacia el este, a una llanura baja en la que podían distinguirse algunos árboles escuálidos y, hacia el sur, a unos cúmulos de rocas que le daban al paisaje un aspecto tormentoso.

Daru inspeccionó en ambas direcciones. No había más que el cielo en el horizonte. No se veía hombre alguno. Se volvió hacia el árabe, que lo miraba sin comprender. Daru le tendió un paquete:

—Toma —dijo—. Son dátiles, pan y azúcar. Puedes aguantar dos días. Aquí tienes también mil francos.

El árabe tomó el paquete y el dinero, pero mantenía las manos llenas a la altura del pecho, como si no supiera qué hacer con lo que le daban.

—Ahora mira —dijo el maestro mientras señalaba hacia el este—. Esa es la ruta de Tinguít. Son dos horas de camino. En Tinguít está la administración y la policía. Ellos te esperan.



El árabe miraba hacia el este, todavía asiendo contra sí el paquete y el dinero. Daru lo tomó del brazo y lo hizo dar, sin delicadeza, un cuarto de vuelta hacia el sur. Al pie de la elevación en la que se encontraban, se adivinaba un camino apenas trazado.

—Ese de ahí es el sendero que atraviesa la meseta. A un día de camino, encontrarás los pastizales y los primeros nómadas. Ellos te acogerán y te resguardarán, según su ley.

El árabe se había vuelto ahora hacia Daru y una especie de pánico asomaba a su rostro:

—Escucha —dijo.

Daru sacudió la cabeza:

—No, calla. Ahora te dejo.

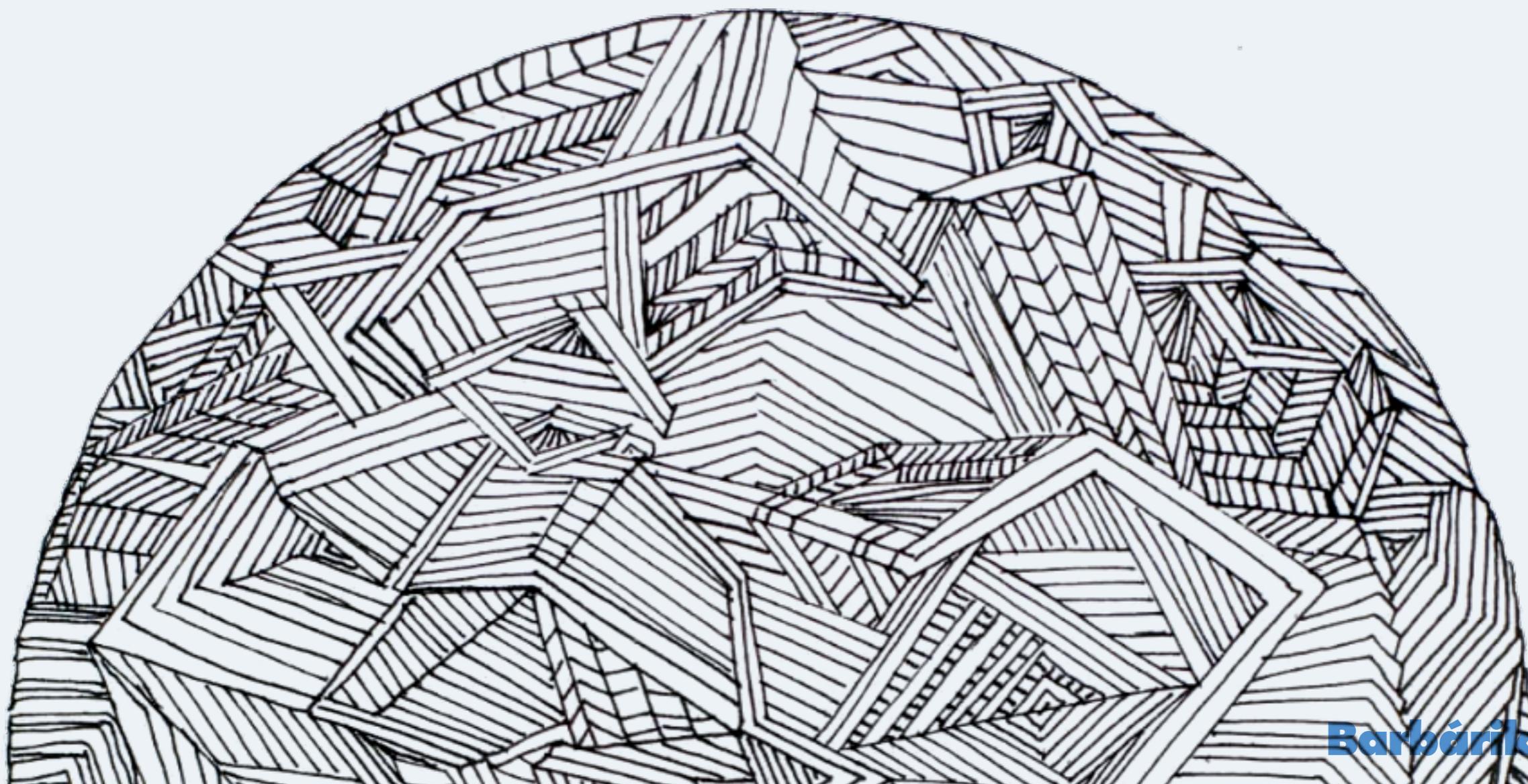
Le volvió la espalda, dio dos largos pasos en dirección a la escuela, miró con aire indeciso al árabe inmóvil y siguió su camino. Por unos minutos, no escuchó más que sus propios pasos, sonoros sobre la tierra fría, y no volvió la cabeza. Al cabo de un momento, sin embargo, se volteó. El árabe estaba aún ahí, al borde de la colina, ahora con los brazos colgando, y miraba al maestro. Daru sintió que se le hacía un nudo en la garganta, pero maldijo con impaciencia, hizo un gran gesto y continuó. Ya estaba lejos cuando se detuvo de nuevo y miró. No había nadie sobre la colina.

Daru titubeó. El sol estaba ahora muy alto en el cielo y comenzaba a devorarle la frente. El maestro volvió sobre sus pasos, al comienzo con un poco de incertidumbre, después con decisión. Cuando llegó a la pequeña colina, estaba empapado de sudor. La escaló a toda prisa y se detuvo, sin aliento, en la cima. Los campos de roca, al sur, se dibujaban nítidamente contra el cielo azul, pero en la llanura, al este, ya se alzaba un vaho de calor. Y en esa bruma



ligera, Daru, con el corazón oprimido, descubrió al árabe que caminaba lentamente por la ruta hacia la prisión.

Un poco más tarde, plantado delante de la ventana del salón de clases, el maestro miraba sin ver la luz nueva que saltaba desde las alturas del cielo sobre la superficie entera de la meseta. Detrás de él, en el tablero negro, entre los meandros de los ríos franceses, se extendía, trazada con tiza por una mano torpe, la inscripción que acababa de leer: «Entregaste a nuestro hermano. Lo pagarás». Daru miraba el cielo, la meseta y, más allá, las tierras invisibles que se prolongaban hasta el mar. En esa vasta región que tanto había amado, estaba solo.

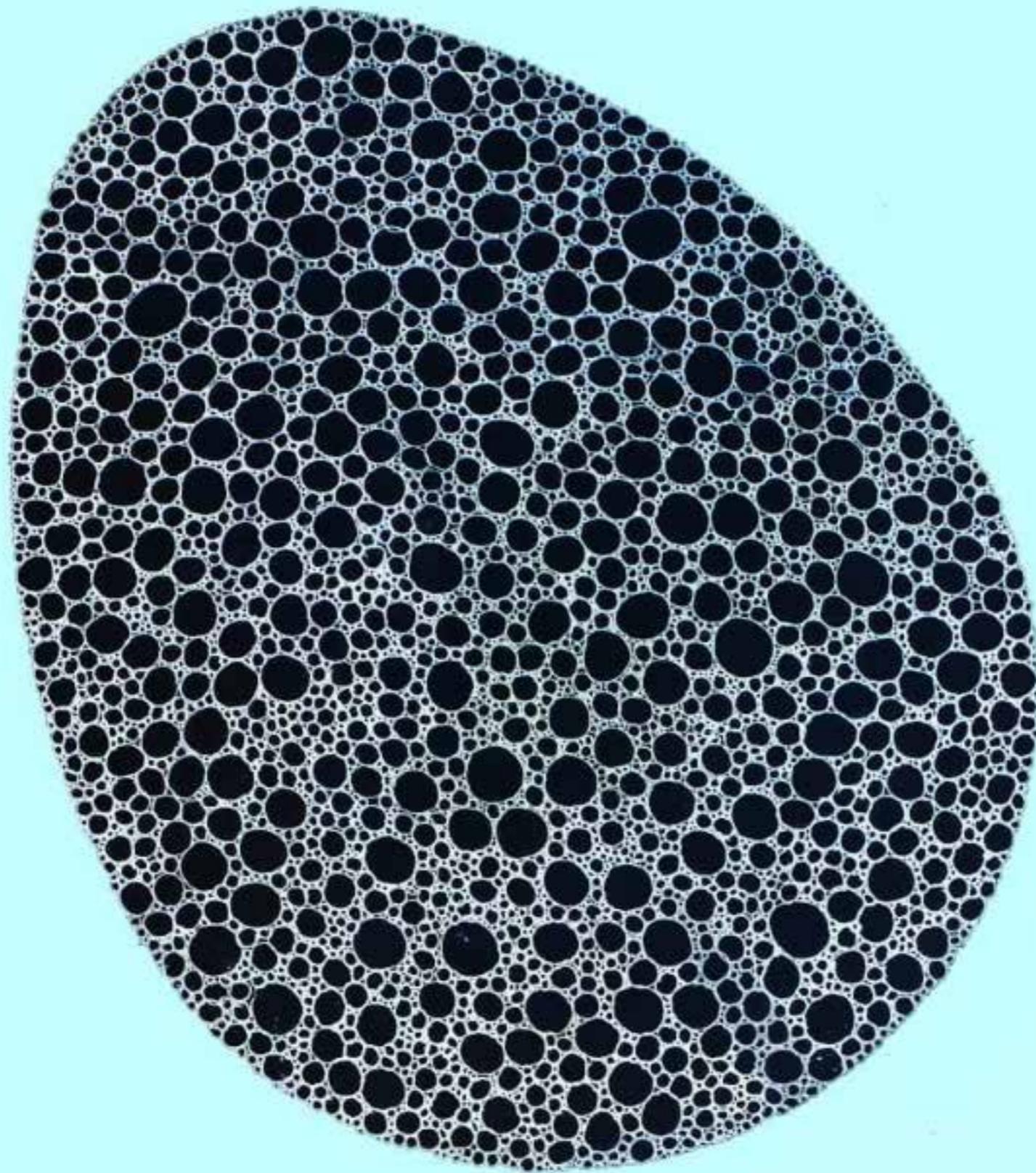


Albert Camus

Nació en Mondovi, Argelia, en 1913 y murió en Villeblerin, Francia, en 1960. Fue novelista, dramaturgo y ensayista. Su infancia y gran parte de su juventud transcurrieron en Argelia en el seno de una familia modesta de migrantes franceses. Empezó estudios de filosofía en la Universidad de Argel, que no pudo concluir debido a tuberculosis. Dirigió obras de teatro y ejerció como periodista. En 1940 se radicó en París y trabajó como redactor de *Paris Soir*. En 1942 publicó *El extranjero* y el ensayo *El mito de Sísifo*, en donde se evidenció la influencia que el existencialismo tuvo sobre él. Durante la Segunda Guerra Mundial, militó en la Resistencia y fundó el periódico clandestino *Combat*. En 1947 escribió *La peste*, novela realista que reconfigura las emociones de los europeos de la posguerra. En 1957 obtuvo el Premio Nobel de Literatura y en 1960 falleció en un accidente automovilístico.

Alfonso Conde Rivera

Doctor en filosofía de la Universidad Nacional de Colombia y miembro de la sección literaria de la Asociación Colombiana de Traductores, Terminólogos e Intérpretes (ACTTI). En 2020 fue ganador de la beca de traducción de Idartes, en la categoría Francés, por su traducción de *Un cœur simple*, de Gustave Flaubert. En 2021 fue jurado de la beca de traducción de Idartes, en la categoría Inglés. Ese mismo año recibió una mención honorífica por ocupar el segundo puesto en el Premio Internacional de Traducción de Poesía del italiano al español *M'illumino d'immenso*, por sus traducciones de "Silenzio notturno", de Antonella Anedda y "Se", de Giovanni Orelli





asociación colombiana de traductores,
terminólogos e intérpretes